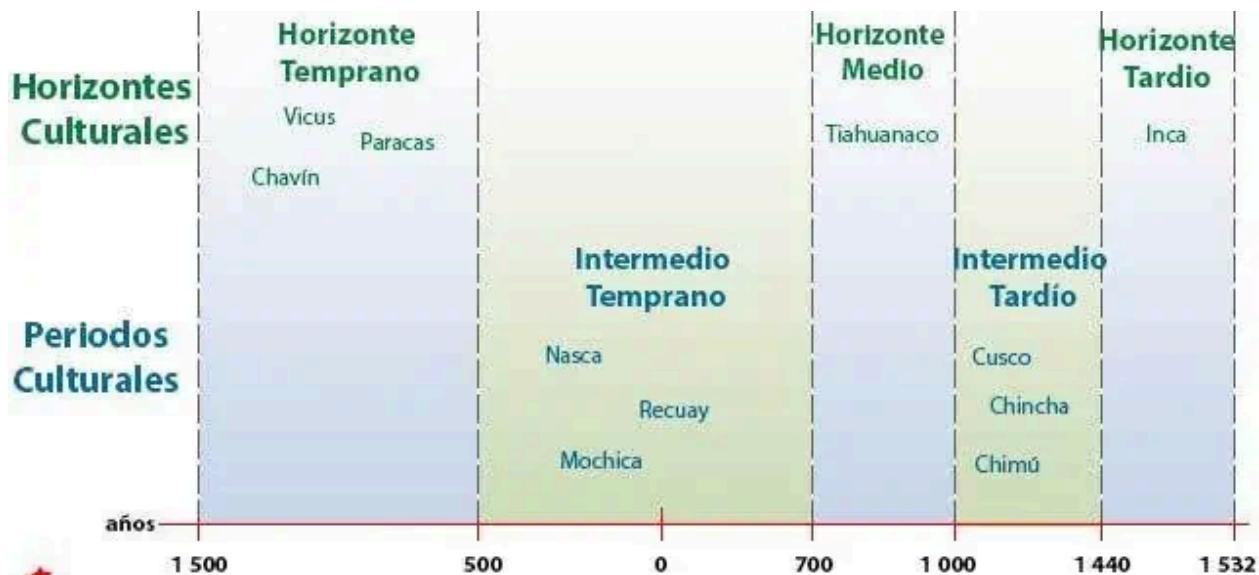


UNIDAD SIETE

- **Período Precerámico o Arcaico Tardío** – 10.000 a 2.000 años a. n. e. – predominio de los sitios del valle del Supe, centralizados en Caral.
- **Período Inicial** – 2.000 a 400 años a. n. e. – predominio de Cerro Sechín, caracterizado por la introducción de la cerámica



Daniel Villar – El área andina y su periodización: Los Períodos Precerámico e Inicial y el Horizonte Temprano

I. El texto comienza presentando la síntesis publicada en 1946 por el arqueólogo norteamericano Wendell C. Bennett, quien definió un **"patrón andino básico"** para las tierras altas de los Andes centrales. Bennett identificó una **base cultural común** entre estos pueblos, destacando que la **agricultura intensiva** constitúa la base primaria de subsistencia, complementada con la caza, recolección, pesca y pastoreo de camélidos. Cultivos como maíz, frijoles, calabazas, papas y quinoa, junto con la coca y el algodón, eran ampliamente compartidos. Las herramientas comunes incluían el palo cavador, la azada y la hoz simple, y se desarrollaron técnicas como andenes, sistemas de irrigación y métodos de conservación de alimentos.

La metalurgia, alfarería y textilería alcanzaron un desarrollo notable, con producción tanto utilitaria como ceremonial. Otras "artes menores" como la cestería y el trabajo en madera y calabazas también estuvieron presentes. El patrón de asentamiento predominante fue el aldeano, con ciudades de menor tamaño que en Mesoamérica. La actividad religiosa estuvo a cargo de **sacerdotes especializados**, diferenciados de los shamanes, y los entierros se caracterizaron por **tumbas elaboradas y ofrendas mortuorias de calidad**.

II. Con respecto a la periodización, el texto destaca la influyente contribución de Edward Lanning, John Rowe y Dorothy Menzel. Su sistema conceptual se basa en la alternancia entre **"horizontes"** –etapas de integración supraregional caracterizadas por la rápida expansión de elaboraciones ideológicas y políticas– e **"intermedios"** –períodos de resurgimiento de la regionalización.

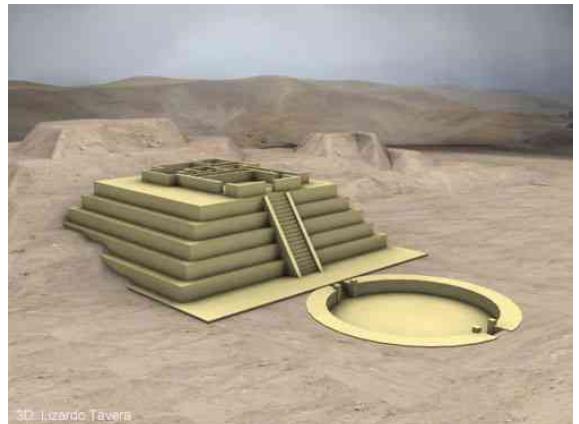
Se identifican **tres horizontes (Antiguo, Medio y Tardío)** y **dos intermedios (Temprano y Tardío)**, precedidos por los períodos **Precerámico e Inicial**, y sucedidos por la conquista española a partir de 1532. Los horizontes se definen por indicadores como la **similitud en estilos cerámicos** (morfológicos e iconográficos) y la **imposición de una homogeneidad sobre las variaciones locales**, acompañada de una **epigrafía propagandística**. Los **intermedios**, en cambio, se caracterizan por la recuperación de autonomías, el surgimiento de liderazgos competitivos y una **gran diversidad ideológica, cultural y cerámica**.

III. Durante gran parte del siglo XX prevaleció la idea de que la **arquitectura monumental** y la **cerámica** surgían simultáneamente con la **complejidad socio-cultural**. Sin embargo, descubrimientos en sitios como Áspero, El Paraíso, Caral, Kotosh y La Galgada demostraron que este proceso de complejidad socio-cultural comenzó antes de

la incorporación de la cerámica. Estos sitios, datados entre el 3000 y 1800 a.C. (llamado **Período Precerámico**), evidencian una **temprana complejidad social**.

En **Áspero**, cerca de la desembocadura del río Supe, se encontraron montículos como **la Huaca de los Ídolos**, con muros de piedra pintados y hornacinas, así como el entierro de un niño con tejidos de algodón y objetos ceremoniales de procedencia exótica. También aparecieron las primeras "**plazas hundidas**" y **diseños en "U"**.

Caral, un sitio precerámico de 4.600 años de antigüedad, presenta **siete pirámides, un templo y un anfiteatro**, demostrando una **clara monumentalidad**. Los hallazgos de materiales foráneos (valvas de moluscos, achiote, instrumentos musicales) revelan un **sistema de intercambio con comunidades costeras como Áspero**, donde se intercambiaban **productos agrícolas y algodón** por **recursos marinos**.



Michael Moseley argumentó que la complejidad en la costa surgió de un sistema alimentario basado en **recursos marinos**. En la sierra, sitios como La Galgada mostraron obras de irrigación incipientes, fundamentales para el desarrollo agrícola posterior.

Sitios principales del Precerámico, especialmente los del Valle del Supe

IV. Hacia el 1800 a.C., muchos sitios costeros fueron abandonados, ganando importancia los **asentamientos serranos** con **sistemas agrícolas de regadío**. Esto posiblemente se debió a **cambios ambientales** que **afectaron los recursos marinos**. Esta reorientación no implicó una ruptura cultural, sino una **continuidad en la arquitectura y otros aspectos**.

La **cerámica** apareció en la sierra septentrional peruana alrededor del **1800 a.C.**, procedente del Norte, relacionada con tradiciones alfareras ecuatorianas más antiguas. Con su introducción, junto con el telar y la metalurgia del oro, comenzó el **Período Inicial** (hasta el 1200 a.C.). Este período se caracteriza por la **producción de cerámica Cupisnique**, estatuillas de felinos y nuevas técnicas de explotación agrícola. Los sitios aumentaron en tamaño y la arquitectura monumental se incrementó.



Un ejemplo destacado es **Cerro Sechín**, en el valle de Casma, donde una plataforma escalonada presenta más de 400 grabados en granito que muestran guerreros y escenas de decapitación. Richard Burger interpreta estas escenas no como una batalla humana, sino como una **colisión celestial entre ejércitos de deidades**, dos sistemas de creencias, que, de esta forma, dirimen simbólicamente su influencia sobre el estilo, mostrando por primera vez un **contenido militarista** en la región, con rasgos que luego se verían en Chavín de Huántar.



V. El Horizonte Temprano (1200 - 200 a.C.) fue el tercer tramo de la secuencia, inicialmente considerado por Julio Tello como el primero, aunque hoy se sabe que fue precedido por el **Precerámico** y el **Inicial**. Durante este período, la sierra central peruana lideró el proceso cultural bajo la influencia de **Chavín de Huántar**, un **centro ceremonial** ubicado entre los ríos Santa y Mosna.

Chavín de Huántar (fundado hacia el 900 a.C.) dio nombre tanto a un **sitio arqueológico** como a un **"estilo extendido por vastas áreas**. Sus construcciones más conspicuas son el **Templo Antiguo** y el **Nuevo** (o **"El Castillo"**). El Templo Antiguo presenta una **plataforma en U** asociada a una **plaza hundida y muros decorados con cabezas humanas y animales**. En su interior, galerías interconectadas albergaban al **"Lanzón"**, una **gran estela** de 4.5 metros con la figura del **"Dios Sonriente"**: un hombre-jaguar que exhibe grandes colmillos, tiene ojos excéntricos y largas uñas, y serpientes en lugar de cabellos. Esta deidad aparece reproducida en otros lugares muy distantes. Burger sugiere que algunas galerías del Templo Antiguo funcionaban como almacenes y alojamiento para sacerdotes.



El Castillo, construido unos 300 años después, combinaba una pirámide con una plaza hundida, un diseño que se difundió por el área andina central e influyó en sitios posteriores como Tiwanaku. En él destaca la **Estela Raimondi**, que repite motivos del Templo Antiguo, y el **Obelisco Tello**, una síntesis de elementos humanos, animales y vegetales. La iconografía Chavín, con jaguares, caimanes, águilas y serpientes, sugiere **influencias amazónicas**, mientras que elementos como las valvas de moluscos y cangrejos indican **contactos con la costa pacífica**.

Aunque Tello pensaba en una influencia pan-andina, hoy se sabe que esta fue intensa en la sierra y costa centro-septentrional y centro-meridional, pero no en la sierra sur, donde las vinculaciones fueron con las culturas del Titicaca.

Burger definió a Chavín de Huántar como una **sociedad compleja y estratificada**, cuyos rasgos distintivos se originaron en períodos previos. Luis Lumbreras lo denominó un **"centro integrador"**, donde **confluían redes de intercambio que vinculaban la selva, sierra y costa**. Su élite sacerdotal sintetizó elementos diversos, generando una influencia que trascendió su región y le permitió acumular poder, justificando su rol y reforzando el nuevo orden social emergente.

Ruth Shady Solís – Caral-Supe y su entorno natural y social en los orígenes de la civilización

INTRODUCCIÓN

Para comprender el desarrollo de Caral es necesario conocer las condiciones naturales y sociales del área norcentral del Perú, donde se identifican varios asentamientos del **período Arcaico Tardío**. La investigación se centra en el **valle de Supe**, específicamente en la zona comprendida entre los valles de Fortaleza y Huaura, donde Caral emerge como el eje de irradiación social y cultural más destacado. Las excavaciones, iniciadas en 1996, han revelado un sistema social complejo y jerarquizado, sustentado por una economía autosuficiente y articulado en una esfera de interacción supralocal.

LOS ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN: NUESTROS PLANTEAMIENTOS

La sociedad de Supe durante el Arcaico Tardío (3000-1800 a.C.) residía en **asentamientos nucleados de diversos tamaños, distribuidos a lo largo del valle**. Estos 18 asentamientos **compartían características arquitectónicas**, como edificios públicos anexos a plazas circulares hundidas, pero **variaban en extensión y complejidad**. Se sostiene que cada asentamiento, o **"pachaca"**, **mantenía su propio gobierno y territorio**, pero estaban **integrados en un sistema social mayor y jerarquizado**, con Caral como la **sede de mayor prestigio** y desarrollo en el área norcentral. Caral no solo construyó las **primeras ciudades planificadas de América**, sino que también produjo

conocimientos avanzados en **ciencia y tecnología**, sentando las bases estructurales del sistema social andino. Este proceso se desarrolló en **total aislamiento**, adelantándose en 1500 años al de Mesoamérica.

PUEBLOS Y CULTURAS DEL ÁREA NORCENTRAL Y SU MAYOR DESARROLLO

El **área norcentral**, articulada geográficamente por valles conectados a través de la meseta altoandina, **reunió las condiciones sociales, culturales y naturales para el surgimiento de la civilización**. En esta área se identifican asentamientos con arquitectura pública y doméstica en la costa (El Paraíso, Áspero, Bandurria), sierra (La Galgada, Huaricoto) y selva andina (Kotosh, Piruro). Estos no eran meros santuarios, sino **asentamientos autosuficientes** con especialización laboral, que participaban en redes de intercambio de productos, bienes manufacturados, conocimientos y prácticas ceremoniales. La **ubicación estratégica de Caral-Supe en el centro de esta área, con acceso a producciones diversas, comunicada por el mar en la costa, por la meseta altoandina en la sierra y por los ríos de la Amazonía en la selva y articulada por rutas de intercambio vertical**, fue clave para su desarrollo y su capacidad de acumular excedentes procedentes de una economía complementaria agropesquera.

EL TERRITORIO HABITADO POR LA SOCIEDAD DE SUPE

El valle de Supe es un valle estrecho, con escasas tierras y un río de régimen irregular. Sin embargo, durante el Arcaico Tardío albergó 18 asentamientos con arquitectura pública, de los cuales más del 50% presentaba obras monumentales. La zona del valle medio inferior concentraba el mayor número de asentamientos, incluidos los de mayor extensión y complejidad, como Caral, Pueblo Nuevo, Miraya y Lurihuasi. Esta "zona central" era un espacio estratégico, morfológicamente controlable y bien comunicado con valles vecinos y rutas de intercambio.

LA CIUDAD SAGRADA DE CARAL

Caral, ubicada en el valle medio inferior de Supe, ocupa 66 hectáreas y presenta un **diseño urbano planificado**. Su espacio nuclear, con 32 estructuras públicas y conjuntos residenciales, se organiza bajo una **división dual** (Hanán y Hurin), reflejando una **organización social jerarquizada y divisiones simbólicas de linajes**. La **mitad alta** alberga los volúmenes piramidales más destacados, como la **Pirámide Mayor** con su plaza circular hundida, alrededor de una gran plaza abierta. La **mitad baja** contiene estructuras más pequeñas, como el **Templo del Anfiteatro** conectado a la plaza circular hundida más grande de la ciudad. Las unidades residenciales muestran diferencias en tamaño, ubicación y materiales, indicando una clara estratificación social. La ciudad estuvo en funcionamiento durante un milenio, **entre 2900 y 2000 a. C.**, con sucesivas fases constructivas y remodelaciones que respetaron un diseño general y estuvieron posiblemente vinculadas a ciclos astronómicos y eventos sociales.

LAS UNIDADES RESIDENCIALES MULTIFUNCIONALES

En la ciudad hay varios sectores residenciales, que contienen conglomerados de unidades domésticas; éstos varían en cuanto a ubicación, contexto ambiental, dimensiones, técnica y materiales constructivos; y al igual que los edificios públicos muestran sucesivos cambios a través del tiempo. Se distinguen las siguientes clases de unidades residenciales:

1. **El Conjunto residencial Mayor:** conglomerado de unidades domésticas, dispuesto en un ordenamiento espacial en la mitad alta de la ciudad.
2. **El Conjunto residencial Menor:** de la mitad baja de la ciudad; el tamaño de las viviendas es comparativamente más reducido que en el conjunto residencial de la mitad alta de la ciudad. Se interpreta que sus ocupantes constituyían un grupo más reducido y un estatus de menor jerarquía de los habitantes de la mitad alta.
3. **El Conjunto residencial de la Periferia:** está conformado por varios subconjuntos o islotes ubicados a lo largo de la terraza que colinda con el valle. Las unidades domésticas son más pequeñas.
4. **Las unidades residenciales de la élite:** se encuentran en torno a cada uno de los edificios públicos con los cuales estuvieron vinculados; en general son de mayores dimensiones que las unidades domésticas de los otros sectores.

SISTEMA ECONÓMICO DE LA SOCIEDAD DE SUPE

La economía se basaba en una **complementariedad agropesquera articulada por el intercambio**. Los agricultores del valle producían **algodón** (el cultivo más importante), **mates, alimentos y plantas industriales**. Los pescadores del litoral extraían anchovetas, sardinas y moluscos. El algodón era fundamental para la **confección de redes de pesca**, generando una interdependencia económica. Este intercambio interno se complementaba con un intercambio

externo a larga distancia, a través del cual las autoridades de Caral obtenían bienes suntuarios como Spondylus, maderas, piedras semipreciosas y pigmentos. Esta actividad favoreció la acumulación de riqueza, el incremento del prestigio y la formación de clases sociales. Los excedentes se invertían en obras de infraestructura, construcción y mantenimiento de edificios públicos, y en el sostenimiento de funcionarios y especialistas.

LA ORGANIZACIÓN SOCIAL, POLÍTICA Y LA FORMACIÓN DEL ESTADO

La **comunidad** o "pachaca" era la **unidad básica de producción**, eran autosuficientes y multifuncionales, pero integradas en un sistema mayor bajo un gobierno centralizado. El trabajador pertenecía a una pachaca y a través de ella accedía al medio de producción. Las diferencias en la extensión, inversión de trabajo y complejidad de los asentamientos indican una marcada jerarquización. La recurrencia de elementos arquitectónicos específicos, como el edificio escalonado (ushnu) o las hornacinas, que perdurarán como símbolos de poder en los Andes, sugiere una ideología estatal. La desigualdad social es evidente en el **tratamiento diferencial de los entierros** y en estudios paleopatológicos que revelan las **duras condiciones de vida de la clase trabajadora**, incluyendo evidencia de sacrificios humanos.

EL ROL DE LA RELIGIÓN

La religión fue el **instrumento principal de cohesión y control social** en este estado prístino. La ideología, prestigiada por el Estado, actuó como nexo de unión entre las "pachacas" bajo el gobierno centralizado. Divinidades como Huari eran vistas como enseñantes que instruían en el cultivo y la gestión del agua. El culto al sol, la luna, la tierra y el agua, asociado a un calendario de ceremonias, reforzaba la identidad cultural y justificaba el orden social y la inversión de trabajo en obras públicas.

CONCLUSIONES

La civilización de Supe se originó gracias a la complejización de los sistemas sociales en el área norcentral, los cuales producían excedentes y participaban en redes de intercambio. La sociedad de Supe se caracterizó por una división compleja del trabajo y una economía complementaria agropesquera que fomentó el intercambio y la acumulación desigual de riqueza. Esto propició la integración de las "pachacas" en un sistema político estatal, con un ámbito de control directo sobre los valles de Supe, Pativilca, Fortaleza y Huaura. Caral fue el centro urbano donde residían las autoridades, especialistas y servidores, y el valle medio inferior de Supe fue la sede del primer gobierno centralizado alrededor del 2600 a.C. El Estado utilizó la religión como instrumento de cohesión y control, y el modelo de organización social de Caral sentó un precedente que se desarrollaría en sociedades posteriores en el territorio peruano.

Henry Tantaleán – Chavín de Huántar y la definición arqueológica de un Estado teocrático andino

La aparición u origen del Estado prehistórico siempre ha estado en un lugar bastante privilegiado puesto que como ente político que genera un quiebre en la forma de vida pasada hasta nuestros días es importante para explicarnos a nosotros mismos como sociedad. En los Andes, casi siempre la explicación del origen o aparición del estado ha estado condicionada por estudios o teorías que han sido generados en lugares alejados donde se planteó por primera vez la existencia del Estado temprano. De esa forma, se han generado características o elementos arqueológicos que deben estar presentes tanto allá como aquí para vindicar a un fenómeno arqueológico como el Estado, casi siempre dejando de lado la forma de producir la vida social en condiciones particulares, como es el caso del mundo andino.

En este artículo planteamos una definición del **estado teocrático andino** y que también surge como una propuesta teórico-práctica que nace desde la evidencia concreta y que **pretende superar dialécticamente a la ampliamente utilizada categoría de "Jefatura Compleja"** y que se aplica a diferentes sociedades que no alcanzan a cubrir los requisitos necesarios para ser definidas como un estado, como en el caso de Chavín de Huántar. Dicha categoría fue generada y es utilizada ampliamente por la arqueología procesualista neoevolucionista anglosajona, para el caso peruano principalmente, es de origen norteamericano. Dicha categoría daría cuenta, principalmente, de una organización sociopolítica intermedia entre las sociedades simples y los Estados y que se materializaría en la concentración de arquitectura monumental más allá de la capacidad de las unidades domésticas y que tiene un territorio y una población importante aunque también intermedia entre esos dos extremos de la escala evolutiva de las sociedades. Más importante y a nivel antropológico esta categoría explica que en dicho tipo de sociedad no existirían clases sociales o explotación de un grupo social hacia otro sino más bien mecanismos (extraídos de la

antropología económica) que explicarían la monumentalidad mediante la redistribución (incluida la asimétrica) y la existencia de líderes carismáticos o “Big Men” que generan u obtienen su “prestigio” mediante el auspicio y ofrecimiento de grandes banquetes instalados y celebrados en dichos espacios monumentales.

No obstante, creemos que mediante la evidencia arqueológica disponible en la actualidad también es posible caracterizar objetivamente a las sociedades que mostraron una desigualdad socioeconómica y sociopolítica como un estado teocrático. Esta propuesta está basada en una perspectiva de los objetos arqueológicos **materialista histórica** que **trata de explicar a Chavín de Huántar no solamente como consecuencia de una evolución general universal de las sociedades sino más bien como producto histórico social con sus propias condiciones materiales de existencia y relaciones sociales específicas y particularidades históricas** donde, en un tiempo determinado en su trayectoria histórica, **un grupo de la sociedad halló las condiciones necesarias, aunque generadas por la misma sociedad, para ubicarse ventajosamente con respecto a otros individuos y produjo artefactos e instauró prácticas para sancionar, controlar y/o manipular a otros individuos con el objetivo de reproducir dicha situación ventajosa**, mediante “tecnologías del poder”, en este caso las prácticas religiosas coercitivas y sus materializaciones.

La contradicción principal para poder generar una teoría arqueológica del Estado Andino está en que, por un lado, existirían **principios y manifestaciones universales del Estado** y, por el otro, las **condiciones materiales concretas** conducirían a un particularismo histórico esencialista. La ubicación en cualquiera de esos dos extremos perjudica la concepción y consecuente comprobación de un fenómeno particular en los Andes. Se trata aquí de **tomar en cuenta ambas esferas que han sido polarizadas y unirlas para realizar una síntesis en que ambas esferas sean complementarias y no excluyentes**. Esto permitiría proponer una explicación de Chavín de Huántar en tanto formación económica social asimétrica estatal que es una forma universal pero reconociendo sus particularidades propias forjadas en una realidad concreta como la andina.

Contextualizando al Estado teocrático andino

En primer lugar, un **estado teocrático** puede ser, como lo es posiblemente en los Andes y en otras áreas del mundo, **una de las primeras formas de institucionalización de la desigualdad socioeconómica y sociopolítica**. Aunque desde una perspectiva evolucionista parece que es la primera forma más extendida de la aparición de dichas desigualdades no es un camino que no pueda desandarse ni es una trayectoria social con rumbo definido, y por lo tanto, no es un requisito para el paso hacia otro tipo de sociedad más “evolucionada”. Generalmente se asume que tras un estado teocrático, al complejizarse las relaciones sociales, especialmente las socioeconómicas, se daría paso a una sociedad de tipo estatal laica, secular o militarizada. Es necesario tener en cuenta que **aunque el estado teocrático andino es una forma original y tal vez “prístina” de estado en los Andes, este fue una manifestación que apareció en algunas áreas concretas coexistiendo con otras formas sociales** que contribuyeron en mucho a su conformación o simplemente se mantuvieron expectantes y, en algunos casos, la rehuyeron o escaparon a su influencia o control directo.

De lo anterior se desprende que la formación estatal no puede o no debería verse como una forma mejor o más desarrollada de sociedad puesto que desde una perspectiva antropológica desde diversas tendencias teóricas (marxista, procesualista, postcolonial) esto supone la existencia de desigualdad social, el control de la mano de obra, la acumulación de excedentes, el control de la élite sobre la vida humana, etc. A pesar que los estados se relacionan y, sobre todo los teocráticos, con logros artísticos impresionantes, hay que observar que estos objetos no se utilizan o consumen en todos los grupos sociales a los que pertenecería esta “cultura”. Hay una distribución desigual de la producción social. Asimismo, es necesario indicar que **aunque parece existir un más temprano y único “origen” del estado teocrático andino, esto no significa que los demás hayan tenido que ver directamente con dicha primera aparición** pues áreas diferentes tienen trayectorias sociales históricas diferentes.

En nuestra propuesta un estado teocrático andino es:

★**Estado:** Porque supone la **institucionalización de las desigualdades sociales** (no su aparición, pues este puede ser un proceso previo) donde principalmente se da la estructuración de la sociedad en base a una **división clara entre productores y no productores**. Un estado, así, supone la existencia de una contradicción objetiva entre dos grupos sociales antagónicos (clases sociales) de los cuales uno domina y controla la producción y distribución de los bienes materiales (explotación). Es la **consolidación sancionada y reproducida de una nueva organización de las**

relaciones sociales en las cuales un grupo minoritario de la sociedad se distancia de la producción básica y se dedica a manipular, controlar y consumir el trabajo social de la población a la que tiene sujeta. Una forma de manipulación social en este contexto claramente surge de la religión.

★**Teocrático:** porque las anteriores desigualdades sociales están originadas, mantenidas, controladas, normadas y justificadas institucionalmente mediante una práctica socio-ideológica llámese religión o mito dominante que se practica y dirige como medio de reproducción de la asimetría social (sistema político y económico) y que tiene como objetivo concentrar productos mediante el monopolio del miedo o terror o la generación y ostentación de violencia fáctica y/o psicológica. De este modo, la religión subsume en sus narrativas las contradicciones objetivas de las clases sociales y se hace necesaria como medio de equilibrar y amainar las tensiones sociales que supone la existencia de la explotación, encubriendola y haciéndola más dinámica, conformándose en el medio principal de control social. El “Templo” o Centro Político Religioso es la principal propiedad de los teócratas y su instrumento de producción principal. Su defensa necesariamente supuso la existencia de un grupo de individuos afiliado a la élite que encontraba en la religión y en las armas la justificación de las propiedades de la élite.

A diferencia de los estados burocráticos que suponen la existencia de burócratas o especialistas políticos (“funcionarios”) que reciben su manutención mediante dinero o algún objeto que encarne un valor de cambio estandarizado y adjudicado por la institución política, los teócratas o especialistas religiosos reciben su medio de vida en productos, en primera instancia, alimenticios y bienes básicos.

★**Andino:** porque es una manifestación o fenómeno social con características locales (andinas) y que estaba basado en formas de producción también originarias dadas las condiciones sociales de la producción en el territorio andino. Dicha forma de producción andina tuvo un proceso histórico relacionado con los estados pero también independiente de ellos. En algunos casos, los estados asimilan dicha forma original de producción andina y las relaciones sociales que esta supone para su beneficio. Durante la existencia de los primeros estados teocráticos en los Andes, la propiedad de la tierra (hecha productiva) siguió en manos de los comuneros y, salvo las tierras sobre las que se asientan los Centros Políticos Religiosos y alrededores directamente relacionados, las demás tierras estaban fuera de su control directo. Adicionalmente, habría que explorar la cuestión del control de las fuentes de aguas donde justamente, como veremos hacia el final, varios de los otros candidatos de Centros Políticos Religiosos ejercen un control espacial y suponían un control indirecto de la tierra agrícola que era beneficiada.

Asimismo, queremos detenernos en algo que nos parece clave para entender a los estados andinos pre-capitalistas y otros y que tiene que ver con que la producción no es individual sino más bien social o colectiva, situación que para tiempos prehispánicos incluso se observa hasta tiempos Incas, según las crónicas. Así pues, no podemos ver el trabajo de forma neoliberal pues los seres humanos del Formativo, como si se hace en contextos capitalistas, no pueden cambiar horas de su fuerza de trabajo por un salario. Por ello, si existió algún tipo de “pago” por parte de las élites hacia los constructores y artesanos (“peregrinos”) de Chavín de Huántar este debió haberse dado de forma muy asimétrica, en el mejor de los casos mediante “pagos” en artefactos extraídos de la producción social también mediante ofrendas. De todo esto se colige que las élites no consumen trabajo individual sino consumen trabajo social. Por consecuencia, las ofrendas de fuerza de trabajo o bienes no son una entrega individual sino que encarnan la producción social. De este modo, la arquitectura de los edificios principales y las ofrendas que aparecen en los llamados “banquetes” no son entregas individuales sino que consumen el trabajo social de un grupo (dominado) a través de las élites de Chavín de Huántar o las élites locales “intermedias” que se acercan a Chavín.

También, desde nuestra perspectiva, para que la aparición de grandes concentraciones de objetos y restos arqueológicos pueda ser consideradas y reconocidas como materializaciones de un estado, no nos detenemos exclusivamente en la constatación de dichas grandes acumulaciones de materiales arqueológicos sino más bien en la investigación de las formas o mecanismos sociales por los cuales se generaron y mantuvieron dichas concentraciones de materiales arqueológicos. La ocurrencia de grandes volúmenes de materiales arqueológicos en un solo lugar y que suele ser visto automáticamente como la existencia de un estado, esperamos superar la clásica ecuación entre monumentalidad y estado, dejando para la investigación arqueológica las relaciones sociales materializadas en el territorio nuclear de la sociedad que alberga dicho monumento.

Para nosotros **el mejor candidato para un estado teocrático** andino sigue siendo el **Chavín de Huántar** del primer milenio antes de nuestra era y del cual, además, poseemos una mayor cantidad de datos arqueológicos recuperados sistemáticamente y fechados radiocarbónicos suficientes como para darle una temporalidad consistente a las manifestaciones arquitectónicas y artefactuales allí concentradas. Se ha generado toda una literatura sobre Chavín de Huántar que lo homologa con un “centro ceremonial” u “oráculo” o, en otros casos, aunque en la misma senda, se habla de Chavín de Huántar como la sede de una “Confederación” donde los diferentes grupos sociales que componen esta confederación (especialmente, sus élites) se encuentran para re-generar sus vínculos y realizar grandes banquetes o fiestas. Nosotros no negamos que todas esas prácticas ceremoniales, oraculares o festivas se hayan podido dar en el sitio de Chavín de Huántar. Sin embargo, lo que nosotros queremos explicar es cómo un sitio del volumen, longevidad y hegemonía como **Chavín de Huántar se origina, construye y, sobre todo, cómo se mantiene socioeconómica y sociopolíticamente “desde dentro” para luego proyectarse hacia las élites de menor rango** y comuneros, a través también de esos banquetes vinculados con la “ostentación”, la “competencia” o la “reciprocidad asimétrica” pero que solo representarían una **externalización de prácticas sociopolíticas y socioeconómicas más profundas centradas y desarrolladas en Chavín de Huántar**. En suma, nos interesa conocer la estructura económica y política que le dió sustento a la élite de Chavín de Huántar que debe tener necesariamente una manifestación objetiva y concreta más allá de las percepciones subjetivas que podrían haberse generado de cara a la sociedad y que son muy difíciles de evidenciar y mucho menos valorar cuantitativamente en el presente.

Chavín de Huántar: un estado teocrático andino en el Callejón de Conchucos

Chavín de Huántar es un sitio arqueológico enclavado en un **valle interandino de la cordillera de los Andes** a unos 3150 msnm, en una **gran cuenca interandina que se conoce popularmente como el Callejón de Conchucos**. El sitio descansa sobre una **pequeña terraza aluvial justamente en la confluencia de los valles de varios ríos**. **Ha despertado gran interés por su carácter monumental y por las representaciones iconográficas relacionadas con esta** y los objetos que se adscribieron a dicho sitio. Este interés también fue motivado por haber sido definido como la **“cultura matriz de la civilización andina”**.

Indicadores arqueológicos, materialidad social y prácticas sociales

Se proponen ciertos **indicadores eminentemente arqueológicos para explicar su pertenencia a ciertas prácticas sociales que sugieran una sociedad de tipo estatal teocrático andino** tal como definimos aquí para Chavín de Huántar. La inexistencia de algún indicador secundario (indicadores del 14 al 16) no invalida su identificación como Estado Teocrático Andino. Asimismo, es necesario reconocer que la cuestión de la magnitud o cuantificación de ciertos indicadores es una cuestión que se deberá valorar local o regionalmente puesto que no son indicadores comparables entre regiones o tiempos debido a la propia trayectoria histórica de generación de dichos estados teocráticos en cada área y tiempo. Los primeros 13 indicadores deberían ser vistos como requisitos para la existencia de un estado teocrático andino aunque los restantes tres harían más consistente su existencia a un nivel regional.

Indicadores arqueológicos en el área de edificios principales

★1) **Ubicación estratégica:** Chavín de Huántar está ubicado en la confluencia de los valles Mosna y Wacheqsa, un nodo clave de rutas que conectaban la costa, la sierra y la Amazonía. Su posición le permitió controlar el acceso a recursos diversos y rutas de intercambio entre regiones ecológicas distintas. Aunque la zona tenía limitada capacidad agrícola, se realizaron importantes obras de ingeniería hidráulica para modificar el paisaje, canalizar ríos y mejorar la producción. El sitio también presenta características astronómicas y paisajísticas significativas.

★2) **Arquitectura monumental a gran escala:** Es el conjunto arquitectónico más grande de la región para su época, con un volumen estimado de 450,000 m³ de piedra y tierra movidos. Se utilizaron materiales traídos de canteras lejanas, como granito blanco. Este despliegue refleja una movilización masiva de trabajo social que trasciende el esfuerzo comunal, posiblemente organizado mediante un sistema teocrático que empleó la religión para concentrar y dirigir la fuerza laboral.

★3) **Desarrollo prolongado durante unos 700 años:** El sitio mantuvo un patrón constructivo básico a lo largo de siglos, lo que sugiere la existencia de un plan maestro y la capacidad de la élite para reproducir y mantener su poder. Las remodelaciones indican una evolución desde espacios más inclusivos hacia otros más exclusivos y ceremoniales.

★4) **Diseños vinculados a fenómenos celestes:** La arquitectura presenta orientaciones relacionadas con el sol y otros astros, utilizadas para calendarizar ciclos agrícolas. Este conocimiento especializado fue controlado por la élite, que lo empleó para reforzar su autoridad religiosa y su control sobre la producción agrícola y los fenómenos naturales.

★5) **Síntesis de elementos arquitectónicos e iconográficos de diversas regiones:** Chavín reunió formas y símbolos de la costa norte, costa central y tradiciones anteriores (como Kotosh), creando un discurso religioso original y centralizado. El Lanzón Monolítico es el elemento principal alrededor del cual se organiza el complejo, otorgando al sitio una profundidad histórica y simbólica.

★6) **Espacios arquitectónicos jerarquizados (abiertos y cerrados):** Existían plazas grandes para reuniones masivas y rituales públicos, y galerías internas reservadas para prácticas rituales exclusivas de la élite. Esta diferenciación espacial refleja el control sobre el acceso y la experiencia religiosa.

★7) **Iconografía compleja y estandarizada con rasgos antropomorfos:** El sitio contiene cerca de 200 esculturas líticas que representan seres con forma humana realizando actividades rituales. Esta iconografía institucionalizada materializaba el sistema de creencias y servía como herramienta de legitimación del poder teocrático, vinculando a la élite con fuerzas sobrenaturales.

★8) **Evidencia de violencia ritual y coercitiva:** Se hallaron restos humanos con señales de sacrificio y canibalismo, así como representaciones de armas y guerreros. Esto indica el uso de la violencia física y simbólica para ejercer control, disuadir disidencia y demostrar el poder sobre la vida y la muerte.

★9) **Acumulación de objetos elaborados como ofrendas:** En depósitos como la Galería de las Ofrendas se concentraron cientos de artefactos de alta calidad procedentes de diversas regiones. Estos objetos, obtenidos como tributos o ofrendas, reflejan la capacidad del centro para centralizar bienes de prestigio y recursos, sustentando la economía política de la élite.

Indicadores arqueológicos en las áreas asociadas directamente a los edificios principales

★10) **Áreas domésticas y laborales vinculadas al centro:** Excavaciones recientes han identificado estructuras residenciales y de trabajo alrededor de los edificios principales. Durante su fase de mayor expansión (Janabariu), el asentamiento cubría unas 43 hectáreas y albergaba entre 2.000 y 3.000 personas. Esto indica una población permanente y jerarquizada —desde la élite gobernante hasta artesanos y trabajadores— que sostenía las actividades rituales y productivas del centro ceremonial.

★11) **Artefactos estandarizados:** Se observa uniformidad en la producción de cerámica, lítica, metalurgia y otros objetos, tanto en el núcleo monumental como en las áreas domésticas cercanas. Esta estandarización refleja un control centralizado sobre la producción artesanal, orientada a reforzar el discurso religioso y simbólico de la élite. Los talleres probablemente estaban asociados directamente al centro, asegurando la coherencia del mensaje ideológico.

★12) **Viviendas de mayor calidad para la élite:** En sectores como La Banda y el Campo Oeste se han encontrado residencias construidas con mejores materiales y técnicas, contemporáneas a los edificios monumentales. Estas estructuras, que incluyen espacios rituales y domésticos de alto estatus, evidencian una clara diferenciación social y sugieren que los miembros de la élite residían cerca del centro ceremonial, aunque no necesariamente dentro de las pirámides principales.

★13) **Acumulación selectiva de objetos valiosos en contextos domésticos:** Algunas viviendas presentan concentraciones de artefactos de alta calidad, locales o importados, mientras que otras carecen de ellos. Esto refleja un acceso desigual a bienes de prestigio y marca diferencias socioeconómicas al interior de la comunidad. A diferencia de sociedades posteriores como la Moche, en Chavín no se han hallado tumbas ostentosas con grandes acumulaciones, lo que podría deberse a prácticas culturales que evitaban exhibir la riqueza de manera individual en contextos funerarios.

Indicadores arqueológicos en las áreas alejadas del centro político religioso y zona residencial de Chavín de Huántar

★14) **Presencia de centros secundarios que replican rasgos arquitectónicos de Chavín:** Varios sitios en valles como Jequetepeque, Casma, Nepeña y Rímac muestran elementos constructivos y estilísticos similares a los de Chavín de Huántar. Es posible que fueran élites locales las que adoptaron estos rasgos para fortalecer su propio prestigio, aunque algunos asentamientos como Pojoc y Wamanwain pudieron ser fundaciones directas bajo la esfera

de influencia de Chavín. Esta difusión sugiere influencia ideológica más que un control territorial directo, ya que la expansión militar parece poco probable debido a la ausencia de una fuerza militar significativa.

★15) **Distribución de objetos con iconografía y morfología chavinense fuera del núcleo central:** Artefactos producidos en Chavín o inspirados en su estilo aparecen en contextos de élite en regiones alejadas. A la vez, objetos de otras zonas llegaron a Chavín, lo que indica relaciones de intercambio y prestigio entre élites regionales. El control territorial directo de Chavín quizás se limitó al valle alto del Mosna, pero su influencia cultural y religiosa se extendió a través de redes de intercambio y apropiación simbólica.

★16) **Asentamientos domésticos en zonas alejadas vinculados a Chavín:** En la cuenca del Mosna se han identificado comunidades con esculturas líticas que imitan el estilo de Chavín, sugiriendo vínculos directos con el centro ceremonial. Estas comunidades podrían haber proporcionado fuerza de trabajo, alimentos o materias primas necesarias para sostener a la élite teocrática. Su relación con Chavín reflejaría un sistema de explotación y dependencia que extendía la influencia socioeconómica del centro más allá de su área nuclear.

Comentarios finales

La génesis del estado teocrático andino en Chavín de Huántar se encuentra en la confluencia de factores económicos y políticos que, reappropriados y reproducidos por las élites, se mantuvieron exitosamente durante unos setecientos años. La religión, retomando prácticas socio-ideológicas previas como el chamanismo, se tornó en una institución política que ordenaba y mantenía la estabilidad social dentro de una creciente contradicción social. Este sistema generó un mejoramiento de la vida para algunos individuos asociados a la élite y creó un espacio de encuentro social, pero estos grupos no fueron beneficiados de manera equitativa, sino que se volvieron dependientes de la élite dominante. Aproximadamente **alrededor del 400 a.C., el desarrollo del sitio se detuvo**, los edificios principales fueron reutilizados para fines domésticos y **el sistema se desintegró**, lo que generó diversas reacciones en los Andes y dio paso a una **época de conflictos y producciones más regionalistas**. Se plantea que Chavín **no fue el único caso de estado teocrático andino temprano**, y se proponen otros candidatos como Moxeke-Sechín Alto en Casma, Caballo Muerto en Moche, Kunturwasi en Jequetepeque, Pacopampa en Chotano, los Templos en U de la costa central como Garagay, los sitios Paracas en Chincha y Pukara en el Titicaca. Todos estos casos comparten la mayoría de los indicadores planteados para Chavín y estuvieron relacionados con una agricultura basada en técnicas hidráulicas desarrolladas. **Al contrastar brevemente con el caso de Caral, se sugiere que, de ser un estado, este podría haber sido un Estado Pragmático, basado en el control de ciclos marítimos y agrícolas y con una religión posiblemente naturalista o animista sin las representaciones iconográficas complejas y estandarizadas propias de los estados teocráticos como Chavín.** Se espera que esta propuesta, basada en los indicadores arqueológicos presentados, sirva para generar una discusión académica más amplia y fundamentada, que permita desarrollar una teoría arqueológica andina con potencial explicativo para dar cuenta de fenómenos sociales propios, sin dejar de lado su universalidad.

UNIDAD OCHO

Raúl Mandrini – El apogeo de las sociedades urbanas en los Andes centrales

El desarrollo de las sociedades urbanas en los Andes centrales entre aproximadamente el 200 a.C. y el 1000 d.C. representa un proceso complejo de experimentación política, diversificación cultural e integración imperial que **sentó las bases para la posterior formación del Tahuantinsuyo**. Este período, **dividido en el Período Intermedio Temprano y el Horizonte Medio, no fue una simple sucesión de culturas, sino un tejido de tradiciones que se influyeron mutuamente**, donde las formas de organización urbana, los mecanismos de control económico y las expresiones artísticas evolucionaron en respuesta a condiciones ecológicas, demográficas y políticas específicas.

Tras el declive del horizonte Chavín, el **Período Intermedio Temprano (200-600 d.C.)** se caracterizó por una **profunda regionalización**. En la **costa norte**, los **mochicas** desarrollaron una sociedad compleja sin una ciudad nucleada tradicional. Su patrón de asentamiento se basaba en grandes centros ceremoniales, como las Huacas del Sol y de la Luna, rodeados de una población dispersa en aldeas agrícolas. Este modelo respondía a la necesidad de optimizar el uso de las tierras de cultivo en los valles desérticos, sustentadas por extensos sistemas de riego. Los mochicas alcanzaron un notable desarrollo artístico y tecnológico, especialmente en cerámica realista y metalurgia, como lo demuestran los tesoros de Sipán. En la **costa sur**, los **nazcas**, aunque también con centros como Cahuachi, destacaron por su textilería policroma y por la creación de los **enigmáticos geoglifos en las**

pampas, cuya función probablemente estuvo **vinculada a rituales relacionados con el agua**, un recurso crucial en un ambiente árido.

Paralelamente, en las **tierras altas del sur**, junto al lago Titicaca y en el valle de Ayacucho, comenzaron a surgir asentamientos de un carácter distinto: **las primeras verdaderas ciudades andinas. Pucará, Tiahuanaco y Wari** presentaban un **núcleo monumental con plazas y templos**, pero también **extensas áreas residenciales**, reflejando una **concentración poblacional y una diferenciación funcional interna**. Este incipiente urbanismo fue posible **gracias a la intensificación agrícola**, basada en andenes y camellones, que permitió sostener a una población en rápido crecimiento. Este crecimiento, sin embargo, también **generó competencia. La proliferación de fortificaciones, armas y representaciones de cabezas-trofeo en la cerámica mochica** indica que los conflictos por tierras y recursos se habían generalizado, transformándose en guerras de conquista. Este contexto de rivalidad regional y desarrollo desigual sentó las condiciones para el surgimiento de proyectos políticos de mayor alcance.

El **Horizonte Medio (600-1000 d.C.)** presenció el **primer intento de integración supraregional a gran escala**, liderado por **Wari y Tiahuanaco**. La **rápida diseminación de sus estilos artísticos**, particularmente la iconografía del "dios de los Báculos" de Tiahuanaco, por gran parte de los Andes centrales es el indicador arqueológico más visible de su influencia. Sin embargo, la **naturaleza de esta expansión sigue siendo un tema de debate**. La **evidencia sugiere que Wari constituyó el primer imperio propiamente dicho de los Andes, un estado de tipo "conquistador"**. Su objetivo no era solo difundir una iconografía, sino **establecer un control político directo sobre regiones lejanas para extraer sus excedentes**. La arquitectura estandarizada de centros provinciales como Pikillaqta o Viracochapampa, con sus grandes áreas de almacenamiento, barracas y espacios administrativos, difiere claramente de los templos ceremoniales de Tiahuanaco y apunta a una burocracia encargada de gestionar los recursos.

El mecanismo clave del imperio Wari fue la **imposición de un sistema de extracción basado en la mano de obra**. El estado reclamaba a las comunidades campesinas contingentes de trabajadores para cultivar tierras designadas, cuyos productos fluían hacia los centros administrativos. Este sistema, un claro **precedente de la mita incaica, subordinaba la economía rural a las necesidades de la élite estatal y urbana**. Wari promovió activamente la vida urbana en las regiones que controlaba, integrándolas en una red de intercambio y tributo. **Tiahuanaco**, en cambio, parece haber representado un modelo distinto, **más cercano a un estado "colonizador" que expandía su influencia mediante el establecimiento de colonias para explotar diversos pisos ecológicos, con un fuerte énfasis en la ideología religiosa compartida**. Sus áreas de influencia, al sur del Perú y hacia Chile y Argentina, apenas se superponían con la esfera norteña de Wari.

Hacia el 800-1000 d.C., el sistema Wari colapsó, sus centros fueron abandonados y su red imperial se desintegró. Le siguió el **Período Intermedio Tardío (1000-1450 d.C.)**, una nueva fase de regionalismo, pero con desarrollos profundamente desiguales. En la costa norte, el legado mochica y los aportes de Wari cristalizaron en el **reino Chimú (Chimor)**, con su capital **Chan-Chán**. Esta ciudad era la expresión física de una **sociedad altamente estratificada y centralizada**. Sus enormes "ciudadelas" amuralladas, cada una **asociada a un gobernante y su linaje**, albergaban palacios, plataformas funerarias y áreas administrativas, rodeadas de barrios de artesanos y sirvientes. El estado Chimú, **heredero de la tradición hidráulica mochica, controló un vasto territorio mediante conquista y desarrolló una producción artesanal masiva y estandarizada**, como la cerámica negra moldeada. Su **conquista por los incas en el siglo XV** representó la anexión del estado costeño más poderoso.

Mientras en la costa florecían estados centralizados, en las **tierras altas del sur**, particularmente en el **valle del Cuzco**, la **desintegración de Wari condujo a un retroceso hacia formas de organización más locales y aldeanas**. La economía se ruralizó y los **asentamientos se hicieron más pequeños y defensivos**. En este contexto, el **Cuzco era poco más que la aldea principal de una confederación de linajes en competencia**, los ayllus, **gobernados por jefes guerreros o sinchis**. Las leyendas de origen inca, que vinculaban a sus fundadores con el sagrado lago Titicaca y el dios Sol (Inti), fueron una herramienta ideológica crucial. **Buscaban legitimar a los señores del Cuzco otorgándoles un origen divino y conectándolos simbólicamente con las grandes tradiciones anteriores de Tiahuanaco y Wari**.

La transformación de este modesto curacazgo en un imperio comenzó, según la tradición, con la **victoria del Inca Pachacuti sobre los chancas a mediados del siglo XV**. Este evento, mitificado en las crónicas, marcó el punto de inflexión: **el Cuzco se convirtió en un estado conquistador. Los incas no partieron de cero, fueron los herederos sintéticos de las tradiciones andinas previas: adoptaron el modelo de extracción de mano de obra y la red de**

centros administrativos de Wari; incorporaron y reelaboraron la iconografía y el prestigio religioso de Tiahuanaco; e integraron la maestría artesanal y la burocracia estratificada de los Chimú. A esto sumaron sus propias innovaciones, como el sistema de caminos y tambos, y una ideología estatal poderosa que los presentaba como ordenadores del mundo.

Wari demostró la viabilidad de un imperio extractivo basado en el control administrativo; los estados costeños como el Chimú perfeccionaron el modelo de estado centralizado y jerárquico; y los señoríos serranos mantuvieron formas de organización comunal. Los incas, emergiendo de este último contexto, supieron sintetizar selectivamente estos legados, combinando la eficacia administrativa de Wari, el simbolismo unificador de Tiahuanaco y la fuerza de los estados costeños para construir el Tahuantinsuyo, la culminación imperial de un milenio de experimentación social andina.

Butters y Castillo – The Mochicas

El poder Mochica no se sustentó primordialmente en la coerción militar o el control económico centralizado, sino en una sofisticada estrategia ideológica que legitimó y perpetuó un orden social profundamente desigual. Esta ideología, materializada en templos, rituales, arte y en la propia persona de la élite, actuó como el núcleo gravitacional alrededor del cual orbitaron las otras fuentes de poder —militar, económico y político—, combinándose de manera dinámica según las circunstancias históricas.

El origen y la consolidación del poder Mochica se explican como un proceso de diferenciación social interno a la tradición cultural Gallinazo, que dominaba la **costa norte peruana**. Entre los años 200 y 500 d.C., en valles como Lambayeque, Jequetepeque, Chicama y Moche, emergió dentro de la sociedad Gallinazo un nuevo segmento social favorecido por el éxito de una agricultura en expansión. Este grupo, que devendría en la élite Mochica, fue paulatinamente transformando todas las manifestaciones de la sociedad. La transición fue un período de gran creatividad, donde la necesidad de legitimar las nuevas relaciones económicas desiguales y la existencia de un grupo privilegiado requirió el desarrollo de una superestructura ideológica revolucionaria. Esta se expresó en una arquitectura monumental para nuevos rituales y en una producción de bienes muebles (cerámica, metalurgia, textiles) de una calidad y destreza artística sin precedentes. Estos objetos y edificios sirvieron para diferenciar materialmente a las élites Mochicas del común de la población, que mantenía una filiación cultural y prácticas cotidianas más vinculadas a la tradición Gallinazo. Así, el surgimiento Mochica no fue una invasión o reemplazo, sino una compleja evolución y estratificación interna, donde grupos Gallinazo fueron consolidados bajo el liderazgo de las nuevas élites.

La estructura social Mochica reflejaba esta profunda desigualdad y se organizaba en tres estratos claramente diferenciados, como lo demuestran los contextos domésticos, las representaciones iconográficas y, sobre todo, los tratamientos funerarios. En la cúspide se encontraba la elite gobernante, compuesta por hombres, mujeres y niños de **linajes reales**. Sus tumbas, de cámara y ubicadas en plataformas funerarias, eran complejos rituales que incluían múltiples acompañantes sacrificados y un ajuar de excepcional riqueza: finos objetos de metal, cerámica ritual, piedras semipreciosas y una parafernalia específica (cetros, coronas, vestimentas elaboradas) que les permitía seguir desempeñando sus roles ceremoniales en el más allá. Ejemplos emblemáticos son las tumbas de los Señores de Sipán y de las Sacerdotisas de San José de Moro. Estas últimas sugieren, además, que **ciertas funciones religiosas de alto rango eran hereditarias y estaban reservadas a mujeres de linajes específicos**. Las residencias de la élite eran espaciosas estructuras de adobe, conectadas a los complejos templarios. En el arte, los miembros de la élite eran representados de manera inconfundible, asumiendo roles de comando militar, como receptores de tributo o encarnando deidades en narrativas míticas, siempre ataviados con indumentaria y ornamentos extremadamente elaborados.

El segmento intermedio y más numeroso era el de los comuneros. Sus entierros, ya sea en cámaras-nicho en el sur o en tumbas de bota en el norte, muestran una alta variabilidad. Aunque podían incluir varias vasijas de cerámica, a veces con iconografía compleja, el acceso a objetos de metal era limitado. Este estrato parece haber tenido acceso a las narrativas ceremoniales (representadas en la cerámica que poseían), pero no habría desempeñado roles protagónicos en ellas. Sus entierros frecuentemente incluían conjuntos de herramientas vinculadas a especializaciones artesanales, como husos y agujas en mujeres (textilería) o herramientas de metalurgia en hombres, lo que sugiere que su identidad funcional y laboral era un elemento central de su estatus social. Sus viviendas eran considerablemente más modestas y pequeñas que las de la élite.

En la base de la pirámide social se encontraban los **sectores demunidos**, los menos comprendidos por la arqueología. Su tratamiento funerario era radicalmente distinto y denotaba exclusión. En sitios como San José de Moro, sus cuerpos —especialmente de mujeres y niños— eran depositados de manera sumaria en hoyos, sin orientación ritual clara, a menudo asociados a áreas de producción de chicha y con escasos o nulos bienes asociados. La alta frecuencia de entierros infantiles en estos contextos sugiere que los niños no heredaban automáticamente el estatus de sus padres y podían ser tratados como demunidos. En Pacatnamú, se halló un cementerio de baja jerarquía con entierros más organizados pero donde los bienes asociados eran muy escasos y las vestimentas aparecían remendadas y usadas hasta los harapos. **Las viviendas de este sector**, estudiadas en Galindo, eran estructuras estrechas de piedra, ubicadas en laderas con acceso limitado a recursos y a veces separadas por muros; se ha argumentado que podrían haber funcionado más como refugios defensivos para la comunidad en tiempos de conflicto. La evidencia material sugiere que **los demunidos mantuvieron una conexión más fuerte con la tradición cotidiana Gallinazo**, lo que los diferenciaba culturalmente de la ideología de elite Mochica que impregnaba a los otros estratos.

Esta sociedad, marcada por brechas sociales tan profundas y exclusiones, fue inherentemente conflictiva. Los estudios señalan que el período Moche Tardío fue una época de crisis social, con indicadores de enfrentamientos, revueltas y la quema deliberada de símbolos de la élite. Aunque factores externos como eventos climáticos de El Niño pudieron agravar las tensiones al provocar crisis de subsistencia, la estructura social misma generaba fricción constante. Buena parte del esfuerzo ideológico Mochica, por tanto, estuvo precisamente dirigido a legitimar estas diferencias y los roles sociales establecidos, que asignaban "mucho a pocos y poco a muchos".

La ideología, entonces, no fue un mero reflejo del poder, sino su fuente más perdurable y activa. Los Mochicas invirtieron más recursos en la construcción y mantenimiento de templos que en cualquier otra infraestructura. En estos espacios sagrados se realizaban rituales que consumían cuantiosos bienes y que transformaban la realidad social: la guerra se convertía en batalla ceremonial y la imposición de tributo en una contribución al bienestar colectivo. La producción de artefactos rituales fue una actividad económica y tecnológica de primer orden, que impulsó avances técnicos y redes comerciales. Fundamentalmente, la élite misma se transformaba en la encarnación material del sistema ideológico durante las performances rituales, personalizando deidades y seres sobrenaturales. De este modo, su autoridad se presentaba no como una imposición arbitraria, sino como un orden natural y divino.

Las otras fuentes de poder se articularon en torno a este núcleo ideológico. El poder militar fue crucial para enfrentar amenazas externas o para conquistar vecinos débiles, pero la evidencia sugiere que la guerra fue ritualizada e integrada al sistema de creencias. El poder económico, basado en el planeamiento y control de los recursos (especialmente el agua para la agricultura de riego), era decisivo en tiempos de crisis ecológica. Y el poder político se ejercía a través de interacciones y alianzas entre las élites de los distintos valles, donde los matrimonios entre casas reales podían ser más efectivos que la fuerza militar. Sin embargo, cuando las circunstancias cambiaron drásticamente —posiblemente por una seguidilla de eventos climáticos devastadores combinados con crisis sociales internas—, las estrategias de legitimación y control que habían funcionado durante siglos colapsaron. La falla en calcular adecuadamente las nuevas capacidades y amenazas, sumada a estos factores externos inesperados, condujo al ocaso del poder Mochica. En última instancia, el estudio de esta sociedad revela que su longevidad y éxito no residieron en la pura coerción, sino en la capacidad de sus élites para tejer una compleja red de poder donde la ideología, materializada en cada templo, cada ritual y cada objeto suntuario, fue el hilo maestro que sostuvo, durante siglos, un orden profundamente desigual.

Silverman y A Proulx – The Nasca

A continuación se analiza la organización económica y la estructura social de la cultura Nasca desde el marco teórico de la economía política, examinando si existió un control por parte de las élites sobre la producción y distribución de bienes suntuarios, como la cerámica y la orfebrería, como mecanismo de legitimación y reproducción del poder. A diferencia de lo observado en otras sociedades andinas coetáneas como los Mochica, los Sicán o los Chimú, la sociedad Nasca no desarrolló una economía política clásica donde una élite claramente definida monopolizara y controlara la producción de bienes simbólicos para afianzar su estatus y ejercer un poder exclusivo.

El análisis parte de los conceptos teóricos sobre la especialización artesanal y el control de la producción como indicadores de complejidad social y desigualdad. **En sociedades jerárquicas, las élites suelen intervenir y controlar la producción de bienes suntuarios o de prestigio**, ya que estos objetos, al estar cargados de iconografía y simbolismo, son esenciales para su propia reproducción social y la legitimación de su autoridad. Este control se manifiesta arqueológicamente en la concentración de talleres especializados cerca de los centros de poder, en la estandarización de los productos y en una distribución restrictiva de los bienes más finos.

Sin embargo, al aplicar estos criterios al caso Nasca, la evidencia arqueológica disponible pinta un panorama distinto. En primer lugar, **no se ha identificado con seguridad una especialización artesanal a tiempo completo en la producción de cerámica**, que es el bien cultural más emblemático de esta sociedad. A pesar de que en la fase Nasca 3 (aproximadamente 200-400 d.C.) hubo un incremento notable en la producción y consumo de cerámica, probablemente vinculado al clímax del culto religioso en el gran centro ceremonial de Cahuachi, los indicadores arqueológicos de una producción centralizada y controlada —como desechos de producción concentrados, uso de moldes o una morfología excesivamente estandarizada— no son concluyentes. Por el contrario, **la distribución de la cerámica fina Nasca**, incluyendo las complejas vasijas con iconografía simbólica y hasta instrumentos musicales como las flautas de Pan, **es amplia y prácticamente irrestricta**. Se encuentra en contextos domésticos, en enterramientos comunes y en centros ceremoniales, lo que **sugiere que todos los segmentos de la sociedad tenían un acceso más o menos equitativo a estos bienes y, por ende, a la información ideológica que contenían**.

Este patrón de distribución contrasta fuertemente con el de las sociedades de la costa norte, donde la cerámica y los objetos de metal de élite estaban claramente restringidos a contextos funerarios y domésticos de la aristocracia. La iconografía Nasca, aunque compleja y probablemente vinculada a un culto religioso compartido, no parece haber funcionado como un símbolo de estatus social excluyente en el mismo sentido. La llamada "tableta Tello", que representa una escena de peregrinación familiar hacia un sitio de culto, apuntala la idea de que la producción y el uso de estos bienes podrían haber estado más descentralizados, quizás a nivel de unidades domésticas o de artesanos talentosos dentro de la comunidad, y no bajo el férreo control de un gremio al servicio del poder.

El surgimiento de figuras de élite en la sociedad Nasca es reconocible, pero de manera más tardía y sutil. Es recién en la fase Nasca 5 (alrededor del 500 d.C.) cuando se hace más evidente en el registro arqueológico, principalmente a través de los llamados "vasos retrato" y de **entierros cada vez más complejos y elaborados**, como los hallados en el sitio de La Muña. Estos indicios **señalan una creciente diferenciación social**. No obstante, **este proceso no parece haber estado acompañado por el control económico característico de otras sociedades estatales andinas. La orfebrería y el uso de materiales exóticos** como el Spondylus y el oro **son extremadamente escasos en el conjunto de la sociedad Nasca**, y los pocos objetos metálicos recuperados parecen haber tenido una función más ritual que de ostentación de estatus. Por lo tanto, **no hubo una base material significativa para que una élite monopolizara y utilizara estos bienes suntuarios como herramientas de "materialización ideológica"**, es decir, para hacer tangible y legitimar su poder de manera exclusiva.

La sociedad Nasca, al menos durante su apogeo en el Período Intermedio Temprano, operó con una lógica diferente. **La economía política, entendida como el sistema mediante el cual las élites movilizan y controlan bienes y servicios para su beneficio exclusivo, no es claramente identifiable.** En su lugar, **se observa una sociedad donde los bienes simbólicamente más potentes —la cerámica iconográfica— circularon ampliamente, integrando a la comunidad en torno a un culto religioso común** centrado en lugares como Cahuachi. **El poder y el prestigio, que en los Andes a menudo se expresan a través del control del trabajo y la producción, no parecen haberse canalizado aquí hacia la creación de una esfera económica elitista y excluyente.** La desigualdad social, aunque presente y en aumento hacia fases tardías, no se consolidó mediante el monopolio económico sobre los bienes de prestigio. Así, el caso Nasca presenta un modelo alternativo de complejidad social en los Andes prehispánicos, donde la integración ritual y el acceso comunitario a los símbolos culturales pudieron haber sido tan o más importantes que la acumulación y el despliegue exclusivista de riqueza por parte de una élite emergente.

Santillana – Economía prehispánica en el área andina

La economía prehispánica en el área andina, durante el vasto periodo que abarca desde el año 200 antes de Cristo hasta 1476 después de Cristo, constituye un complejo entramado de relaciones entre las sociedades humanas, su entorno natural y su universo simbólico. Su desarrollo **no puede comprenderse sin considerar dos fuerzas fundamentales y entrelazadas: el medio ambiente, sujeto a fenómenos climáticos cílicos y severos, y una cosmovisión profundamente religiosa que impregnaba toda actividad material**. Este sistema económico, ajeno a los conceptos de mercado y moneda tal como los entiende la tradición occidental, **se organizaba en torno a la producción de bienes de subsistencia y, de manera muy destacada, de bienes de prestigio y rituales, destinados a cimentar el poder político, expresar identidades y negociar con lo divino**. Es crucial reconocer los límites de nuestro conocimiento: aspectos como los sistemas de medición, la instrumentación astronómica aplicada a la agricultura, o el funcionamiento detallado del transporte y almacenamiento a gran escala, permanecen como áreas de investigación por culminar.

La naturaleza andina, ya de por sí difícil, se veía periódicamente alterada por el Fenómeno de El Niño (Enso). Este evento, de manifestación cíclica, provocaba un aumento drástico de la temperatura del mar, devastando la vida marina y **alterando por completo los patrones de lluvia**. En la costa, podían generarse **lluvias torrenciales que arrasaban asentamientos y campos de cultivo**, mientras que en las tierras altas los efectos podían traducirse en **sequías prolongadas** o inundaciones igualmente catastróficas. Estas oscilaciones climáticas **forzaban migraciones poblacionales, desestabilizaban las sociedades** y ponían a prueba la resiliencia de sus sistemas productivos. **La adaptación a esta incertidumbre ambiental fue, por tanto, un motor constante de innovación tecnológica proactiva**. Las sociedades no solo reaccionaban a las crises, sino que desarrollaron sofisticadas obras de ingeniería para domesticar sus entornos específicos: los pukios o galerías filtrantes de Nazca para captar agua en el desierto, los camellones o campos elevados de Tiwanaku para mitigar las heladas en el altiplano, y las chacras hundidas en la costa son ejemplos de esta adaptación creadora. **El colapso de algunas de estas sociedades, como Tiwanaku hacia el 1100 d.C.**, ilustra el lado más dramático de esta relación: una **megasequía prolongada** no solo provocó el abandono de la agricultura intensiva, sino una reestructuración económica total, con un desplazamiento poblacional hacia zonas de pastoreo, un incremento masivo de la ganadería de camélidos y la fragmentación política en reinos altiplánicos en constante conflicto por los recursos restantes.

Paralelamente, la percepción que estas sociedades tenían del mundo era de carácter religioso. **El paisaje no era un simple contenedor de recursos, sino un espacio sagrado poblado por divinidades**. Las montañas (apus), las fuentes de agua y la propia tierra eran entidades vivas, generadoras de sustento, a las que había que propiciar mediante el trabajo y, sobre todo, el rito. Esta concepción **explica que una parte sustancial de la producción económica, ya fuera agrícola, ganadera o artesanal, tuviera como destino final la esfera ceremonial**. Las ceremonias políticas, sociales y religiosas eran el ámbito donde se consumían los excedentes, se invocaba la fertilidad de los campos y el ganado, y se reafirmaba el orden cósmico y social. **El trabajo, en este sentido, era un acto ritual, y los bienes producidos, especialmente los más finos, eran vehículos de significado sagrado y poder político**.

Este sistema económico funcionaba a través de dos circuitos entrelazados pero distintos: una economía doméstica de autosubsistencia, gestionada por las unidades familiares, y una economía política dirigida por las élites y los Estados, orientada a la producción y distribución de bienes de prestigio. La división social del trabajo era compleja y marcaba estatus. Junto a la masa de agricultores y pastores, existían estamentos especializados de ceramistas, tejedores, metalurgistas, constructores, talladores de hueso y madera, pintores, mercaderes y caravaneros, además de la gente de servicio que atendía los palacios. El consumo diferenciado es un fiel reflejo de esta estratificación. Estudios arqueológicos, como los realizados en asentamientos huanca, muestran que la élite tenía acceso a una dieta significativamente más rica en proteínas (carne de camélido y cérvido), mayor cantidad de maíz, y bienes suntuarios como ají, coca y tabaco, importados de zonas tropicales. El común, en cambio, basaba su dieta en tubérculos, gramíneas y una menor proporción de carne, a menudo de perro. Esta desigualdad en el acceso a los recursos era una manifestación material de las jerarquías de poder.

Dos actividades económicas fundamentales, la agricultura y la ganadería, estaban orientadas a la producción de bienes preferidos y de prestigio. **En la agricultura, el cultivo del maíz ocupaba un lugar central**. Su importancia iba

más allá de la nutrición; el maíz era la materia prima para la producción de chicha o aqha, una bebida fermentada que se consumía diariamente pero que alcanzaba su máxima relevancia en todo evento ceremonial, desde festines comunales hasta rituales estatales. El cultivo del algodón en la costa permitía obtener la fibra para la textilería, otra actividad económica de primer orden. En la ganadería, los camélidos andinos —principalmente la llama y la alpaca— proveían lana, carne, abono y fuerza de carga. La llama, además, era un animal de sacrificio en rituales y el medio de transporte esencial para las caravanas que articulaban el intercambio a larga distancia.

La textilería representa uno de los logros culturales y tecnológicos más espléndidos de los Andes prehispánicos. Impulsada por el interés de las élites y los Estados, la producción textil alcanzó niveles extraordinarios de especialización, organizada a menudo en cadenas operativas integradas. Por ejemplo, en centros como Pampa Grande (Chimú) o los talleres estatales, el proceso involucraba desde la cosecha del algodón o la esquila, el transporte, el procesamiento de la fibra (desmotado, hilado, teñido), hasta el tejido propiamente dicho en talleres dispersos o centralizados, y la distribución final del producto. No se trataba solo de una necesidad básica de vestimenta; los tejidos eran el soporte privilegiado para comunicar complejos mensajes ideológicos y religiosos. Su producción formaba parte tanto de la economía doméstica familiar como de la economía política de las instituciones estatales. Los tejidos acompañaban a los individuos a lo largo de su vida y, de manera muy significativa, en su muerte, como lo demuestran los numerosos fardos funerarios encontrados en tumbas de todas las condiciones sociales. La finura de las fibras, la complejidad de las técnicas (como el brocado, la doble tela, la gasa o el teñido en reserva), la riqueza de los tintes y la variedad estilística convierten a los textiles en objetos de un valor simbólico y político incalculable.

La metalurgia andina, por su parte, siguió una trayectoria particular. Según varios investigadores, no se desarrolló con el objetivo principal de producir herramientas utilitarias para la labranza, la construcción o la guerra, aunque existieron en menor medida y hay debates, como el caso de algunos instrumentos en Vicus. Su orientación fue, sobre todo, ritual y ornamental. Desde períodos tempranos se trabajó el oro, la plata, el cobre y el estaño, desarrollándose aleaciones como el cobre arsenical y, posteriormente, el bronce. Los centros de innovación se ubicaron en la costa norte y la sierra sur. La producción de objetos metálicos —como máscaras, pectorales, orejeras, narigueras, cuchillos ceremoniales (tumi) y vasos— estaba restringida a talleres especializados, a menudo supervisados por el Estado, y se destinaba a señalar el rango, el estatus y a participar en el amplio universo del ritual. La tecnología implicaba técnicas sofisticadas como la cera perdida, el repujado, el martillado y la soldadura.

La circulación de estos y otros bienes se realizaba a través de mecanismos diversos y evolutivos, siempre al margen de una economía de mercado con moneda generalizada. El valor de los objetos residía en sí mismos, en su material, su manufactura y su significado simbólico. En la región altoandina, el trueque era común para el acceso a recursos de subsistencia, y en muchas zonas funcionaba el control vertical de un máximo de pisos ecológicos. Sin embargo, es importante matizar que este modelo, bien evidenciado para la sierra centro-sur, no era universal. En la costa, el acceso a recursos distantes (como el spondylus de Ecuador) dependía fundamentalmente del comercio a larga distancia gestionado por mercaderes especializados. Incluso en Estados expansivos como Tiwanaku, el acceso a la coca y el maíz de los valles se lograba mediante colonias agrícolas estatales, no a través de enclaves de cada comunidad.

Esta dinámica de intercambio evolucionó notablemente. En el Período Intermedio Temprano, predominaban las redes de intercambio de bienes de prestigio entre élites regionales. Durante el Horizonte Medio, los Estados panandinos (Wari, Tiwanaku) institucionalizaron y controlaron el flujo de bienes a través de sus redes administrativas y colonias, en una suerte de intercambio administrado. Finalmente, en el Período Intermedio Tardío, surgieron sistemas más especializados y complejos, como el puerto de mercado políticamente neutral de Chincha, basado en una liga de mercaderes profesionales que usaban incluso objetos de cobre como medio de cambio primitivo, o la red mercantil chimú que conectaba la costa norte con el altiplano.

1) El Período Intermedio Temprano (200 a.C. – 550 d.C.) se caracterizó por una relativa estabilidad ambiental que permitió el florecimiento de culturas regionales con distintos niveles de complejidad.

★En la costa norte, la sociedad Moche alcanzó un notable desarrollo. Organizados en valles como los de Moche y Chicama, los moche implementaron una agricultura intensiva basada en extensas redes de canales de riego

que permitían cultivar maíz, frijol, calabaza, ají y papa. Su sistema político-religioso se articulaba en torno a grandes centros monumentales como las Huacas del Sol y de la Luna, que eran a la vez núcleos de poder, residencias de élite y complejos de talleres de producción artesanal. La producción especializada era intensa y diversificada: ceramistas elaboraban vasijas de alta calidad técnica e iconográfica en talleres como Cerro Mayal, muchas veces usando moldes para una producción masiva y estandarizada; tejedores trabajaban con algodón y fibra de camélidos bajo supervisión; y metalurgistas producían objetos de oro, plata y cobre arsenical en talleres con hornos y técnicas avanzadas como la aleación. **El comercio, realizado mediante caravanas de llamas manejadas por comerciantes especializados, articulaba regiones distantes**, trayendo al área moche bienes como el spondylus desde aguas ecuatorianas, un objeto de gran valor ritual.

★En la **costa sur**, la **cultura Nazca** se adaptó a un entorno desértico mediante una ingeniosa tecnología hidráulica: el sistema de galerías filtrantes o puquios, que aprovechaba las aguas subterráneas para irrigar sus **campos**. Su dieta era variada, incluyendo productos agrícolas (maíz, maní, frijol), carne de camélidos y recursos marinos. Pero su legado más conocido son los **geoglifos**, enormes líneas y figuras trazadas en el desierto, que representaban una obra pública monumental vinculada al poder estatal y a rituales probablemente relacionados con el agua y la fertilidad. La producción textil y cerámica nazca era de alta calidad, destacando sus tejidos policromos y su cerámica finamente decorada con iconografía religiosa, que gradualmente desplazó a los textiles como principal medio de transmisión de símbolos sagrados. La metalurgia, aunque presente, tuvo un desarrollo menor comparado con la costa norte.

2) El **Horizonte Medio (550 – 900 d.C.)** marcó un **cambio de escala** con la **emergencia de los primeros Estados panandinos: Wari y Tiwanaku**.

El **Estado Wari**, con su capital en la **cuenca de Ayacucho**, fue una entidad de carácter **expansivo y militarista**. Desarrolló una **economía política compleja basada en la colonización estratégica de nuevos territorios, la construcción de una red de centros administrativos provinciales** (como Pikillaqta en el Cuzco o Jincamogo en Ayacucho) y **el control monopólico de la producción y distribución de recursos estratégicos, especialmente el maíz**. Para ello, instaló colonias en valles irrigados de la sierra central y sur, donde construyó terrazas agrícolas y sistemas de riego, y desplazó mano de obra para trabajar en chacras estatales maiceras. Wari también impulsó una producción artesanal estandarizada y de alta calidad, particularmente en cerámica, con centros especializados como Conchopata y Maymi, donde se empleaban moldes múltiples para una sola pieza y se controlaba la iconografía. **La producción textil y metalúrgica**, evidenciada en objetos como los unkus (camisas) y los tupus (prendedores) de metales preciosos, también fue fomentada, sirviendo para el consumo de la élite, el ritual y la exportación a las provincias.



★Simultáneamente, en el **altiplano del lago Titicaca**, el **Estado Tiwanaku** se consolidó como una **potencia teocrática**. Su economía se asentaba en dos pilares tecnológicos adaptados al entorno de altura: los **campos elevados o camellones**, un sistema de plataformas de cultivo separadas por canales que mitigaban las heladas, reciclaban nutrientes y permitían una agricultura intensiva; y una **ganadería especializada de llamas y alpacas**, cuyos rebaños eran fuente de alimento, lana, transporte y estatus. **Tiwanaku colonizó regiones alejadas**, como los valles de Moquegua en la costa sur y zonas de Cochabamba al este, con el objetivo explícito de acceder a maíz y coca, bienes de prestigio y ritual que no podían producirse en el frío altiplano. Estas colonias, como Omo en Moquegua, funcionaban como **enclaves productivos controlados**, replicando la arquitectura ceremonial de la capital y articulándose con ella a través de **caravanas de llamas** que transportaban bienes en ambas direcciones: **materias primas y productos locales hacia el altiplano, y cerámica fina, textiles iconográficos y objetos de prestigio hacia las colonias**. La vida en la metrópoli de Tiwanaku reflejaba una **marcada estratificación social**. Estudios en sectores como Akapana y Putuni muestran cómo el acceso a alimentos variados (diferentes proporciones de tubérculos, quinua y maíz), a carne de camélido y a objetos suntuarios (vasijas, adornos de turquesa y oro), así como la participación en rituales domésticos y públicos que incluían el uso de alucinógenos como la Anadenanthera

colubrina, diferenciaba claramente a la élite, que vivía en el núcleo monumental, del resto de artesanos y población común.

El colapso de Wari y Tiwanaku hacia el 900-1100 d.C. estuvo ligado a cambios climáticos severos, incluyendo grandes sequías que hicieron insostenibles sus sistemas agrícolas intensivos, provocando la dispersión poblacional, el abandono de las ciudades y una fragmentación política que dio paso al siguiente periodo.

3) El **Período Intermedio Tardío (900 – 1476 d.C.)** surgió de esta anomia generalizada. Con la mejora climática posterior al 1300 d.C., resurgieron una serie de entidades políticas regionales, desde curacazgos serranos hasta Estados costeros complejos, en un panorama de gran heterogeneidad.

En la costa norte, dos culturas destacaron: Lambayeque (o Sicán) y Chimú. **☆Lambayeque (9)**, en los valles de La Leche y Lambayeque, se caracterizó por un **desarrollo metalúrgico excepcional**, con una producción a gran escala y altamente tecnificada de objetos de oro tumbaga y cobre arsenical **destinados casi exclusivamente al ritual funerario de sus élites**, como lo demuestran las ricas tumbas de los Señores de Sicán en Batán Grande. Su sociedad, aunque de escala menor, mostraba una **compleja organización productiva y una iconografía religiosa dominada por la figura del Dios Sicán**, ampliamente distribuida incluso en cerámica de regiones lejanas.



☆**El Estado Chimú (1)**, surgido en el valle de Moche, llegó a ser la **entidad política más compleja de los Andes centrales antes del Imperio Inca**. Mediante una **expansión sostenida**, llegó a dominar unos 1,000 km de costa, desde Tumbes hasta cerca de Lima. **Su economía se basaba en una agricultura de riego altamente tecnificada, con obras maestras de ingeniería hidráulica** como el canal intervalle La Cumbre, de 84 km, que requería un conocimiento topográfico avanzado. **El Estado controlaba y patrocinaba talleres especializados organizados en parcialidades dentro de su capital, Chanchán**. Los metalurgistas (heredando la tradición Lambayeque) trabajaban el oro, la plata, el cobre y el bronce arsenical para producir objetos de lujo; los tejedores elaboraban principalmente con algodón; y los ceramistas producían vasijas para un intercambio horizontal controlado. Un **activo comercio a larga distancia, realizado por mercaderes especializados que posiblemente usaban hachas moneda de cobre**, conectaba la **costa norte con Ecuador y el altiplano**, circulando bienes como el mullu (spondylus). **El sistema político se basaba en la herencia partida**, donde cada gobernante, considerado divino tras su muerte, construía su propia **ciudadela-palacio-mausoleo en Chanchán**, mantenido por su descendencia y las rentas de sus propiedades, lo que generaba una **expansión territorial continua en busca de nuevas tierras y recursos**.

☆En la costa central y sur, el panorama era diverso. En el valle de Chillón, la cultura **Chancay (3)** destacó por su **sofisticada producción textil**, especialmente de gasas, y una alfarería de formas elegantes como los cuchimilcos. Más al sur, el **Señorío de Chincha (4)**, en el valle del mismo nombre, **desarrolló un modelo económico singular**. En lugar de basar su poder en la expansión territorial militar, Chincha se erigió como un **puerto de mercado políticamente neutral, especializado en el intercambio a larga distancia**. Sus mercaderes, que según fuentes etnohistóricas podían ser miles, **manejaban una red que integraba mediante cabotaje y caravanas la costa ecuatoriana, la peruana y el altiplano del Titicaca**, transportando conchas spondylus, metales y otros bienes de prestigio en un sistema que algunos estudiosos vinculan al modelo de comercio administrado de Karl Polanyi. Su capital, **La Centinela, era un centro ceremonial y de redistribución** cuyos caminos radiales facilitaban tanto el peregrinaje como el tránsito de tratantes.

☆En las tierras altas, las sociedades se reorganizaron en unidades más pequeñas, a menudo enfrentadas y asentadas en lugares altos y fortificados. En el valle del Mantaro, los **huanca (5)** del periodo Wanka II vivían en asentamientos como Hatunmarca y Tunanmarca, con una **economía agropecuaria y una clara estratificación social donde la élite controlaba el acceso a bienes de prestigio y consolidaba su poder a través de festines y alianzas** simbolizadas por el intercambio de cerámica fina local. La posterior **conquista inca (Wanka III)** modificó

profundamente este equilibrio: redujo las prerrogativas de la élite local, incrementó la producción agrícola (especialmente de maíz) para el Estado, construyó grandes almacenes estatales alejados de las comunidades e introdujo nuevos símbolos de poder, como la cerámica estilo aríbalo y la arquitectura rectangular con nichos trapezoidales, que la élite local adoptó para distinguirse.

☆En el **extremo sur**, en la **cuenca del Titicaca**, el **colapso de Tiwanaku** dio paso a los **Reinos Altiplánicos** (8) (lupaques, collas, pacajes). Estos grupos, **enfrentados entre sí por el control de pastizales y tierras escasas**, se **asentaron en lugares elevados y fuertemente fortificados** como el Pucara Juli. Su economía se reorientó masivamente hacia la **ganadería de camélidos**, aunque mantuvieron el control vertical de enclaves en valles más bajos de Arequipa, Moquegua y Cochabamba para acceder a productos agrícolas y, crucialmente, a la coca. **Su riqueza y poder se medía en rebaños, y su organización política a menudo era dual, con dos jefes gobernando en paralelo.**

☆**Hacia el sur**, en la región del **Cuzco**, se desarrolló la cultura **killke** (7), **preursora directa del Estado inca**. Sus poblados, **no fortificados y situados en laderas bajas, practicaban una agricultura basada en el control vertical básico y comenzaban a desarrollar los sistemas de terrazas** que luego se perfeccionarían. La amplia dispersión de su cerámica sugiere redes de intercambio recíproco en la región, tal vez anticipando la futura integración imperial.

En síntesis, la economía prehispánica andina fue un sistema dinámico y profundamente interconectado con la ecología, la religión y la política. Lejos de ser una mera actividad de subsistencia, la producción económica –desde el maíz hasta los textiles y los objetos de oro– era un lenguaje a través del cual se expresaba el poder, se negociaba con las fuerzas de la naturaleza y se construía comunidad. La ausencia de mercado y moneda no supuso una limitación, sino que fomentó el desarrollo de sofisticados mecanismos de intercambio, redistribución y control vertical de recursos, que permitieron el florecimiento de civilizaciones monumentales en uno de los entornos geográficos más desafiantes del planeta. La división del trabajo, la especialización artesanal, las cadenas operativas controladas y el consumo diferenciado revelan una complejidad económica que sustentaba estructuras sociales altamente jerarquizadas. Este complejo y resiliente edificio económico y cultural, forjado a lo largo de casi dos milenios de adaptación e innovación, **sería el sustrato fundamental sobre el cual, a partir del siglo XV, el Imperio Inca construiría su propia y colosal maquinaria estatal**.

UNIDAD NUEVE

Geoffrey Conrad y Arthur Demarest – La expansión imperial Inca

1. Contexto geográfico y antecedentes históricos

El Imperio inca, conocido como *Tahuantinsuyo* (“Tierra de las Cuatro Partes”), se desarrolló en los Andes Centrales, una región de contrastes geográficos extremos que abarcaba desde la árida costa del Pacífico hasta las elevadas tierras altas del altiplano. Antes de la emergencia inca, esta área fue escenario de diversas civilizaciones preincaicas, como Chavín, Moche, Nazca, Tiahuanaco y Chimú, que sentaron las bases culturales, económicas y políticas sobre las cuales los incas construirían su imperio.

La historia preincaica se caracterizó por ciclos de unificación cultural (horizontes) y fragmentación regional (períodos intermedios). Durante el Período Intermedio Tardío (1000–1475 d. C.), tras el colapso de Tiahuanaco y la desintegración del Horizonte Medio, la región andina se dividió en numerosos señoríos y reinos rivales, como los **chimúes** en la **costa norte**, y los **collas** y **lupacas** en el **altiplano del Titicaca**.

Tres tradiciones culturales panandinas prepararon el terreno para el imperio: 1) el **culto a los antepasados**, creencia central de que los muertos intervenían activamente en el mundo de los vivos; 2) la **noción de huaca**, o sacralidad inherente a lugares, objetos o personas extraordinarias; y 3) la **organización social y económica** basada en el **ayllu** y los **principios de reciprocidad y redistribución**.

2. Los incas preimperiales: sociedad y religión

Antes de su transformación imperial, los incas eran una sociedad de cacicazgo basada en el ayllu. La unidad social fundamental era este grupo de parentesco que poseía tierras comunales, las cuales se redistribuían periódicamente entre las familias. Los miembros del ayllu tenían obligaciones recíprocas de trabajo mutuo y para con su jefe o curaca. La autoridad política era ejercida por sinchis, jefes guerreros cuyo poder provenía de su capacidad militar y astucia política, no de una sucesión hereditaria rígida. No eran monarcas divinos, sino primus inter pares en un mundo de constantes escaramuzas y alianzas locales.

La religión en esta fase era fluida y polisémica. El panteón superior consistía en un dios del cielo multifacético (cuyo precursor era el "Dios de la Puerta de Tiahuanaco"), que podía manifestarse en diversos aspectos (creador, sol, trueno) según el contexto ritual. Este dios no era un panteón de deidades separadas al modo europeo, sino un conjunto divino cuyos aspectos se superponían y transformaban. Este culto se entrelazaba con el culto a los antepasados y a las huacas, formando un todo inseparable donde los ancestros del ayllu eran sus huacas protectoras.

3. La crisis de la transformación

La crisis estalló en torno a 1438. Los **chancas** invadieron el territorio inca con la intención de destruir a sus rivales. Viracocha Inca ya era viejo y el final de su reinado estaba próximo. Los chancas habían decidido desencadenar su ataque en un momento de debilidad de la jefatura inca. Los chancas quebrantaron la resistencia inicial de los incas y pusieron sitio a Cuzco. Viracocha huyó a las colinas de detrás capital, llevando consigo a su hijo y sucesor Inca Urco. El mando de defensa del Cuzco quedó en manos de otro de sus hijos, **Cusi Inca Yupanqui**.

Según la historia oral inca, Cusi Inca Yupanqui tuvo una impresionante experiencia mientras esperaba el asalto final de los chancas: vio, en sueños una noche y visión, una figura sobrenatural de aspecto terrorífico. Con gran asombro de Cusi Inca Yupanqui la aparición se identificó como el dios del cielo que se dirigió cariñosamente a él, llamándole «hijo mío». Después procedió a tranquilizarlo, diciéndole que si observaba la religión verdadera estaba destinado a ser un gran gobernante y a conquistar muchas naciones. Y después la figura desapareció. Inspirado supuestamente por esta visión, y con la ayuda, más tangible, aliados atraídos por sus ofertas de recompensas, Cusi Inca Yupanqui reagrupó a los defensores del Cuzco, **expulsó a los invasores chancas**, y los **derrotó totalmente**. A continuación fue coronado rey en lugar de su padre y de su hermano y adoptó (o se le dio más adelante) el nombre por el que se le conoce, **Pachacutec** «cataclismo» o local, transformador del mundo». Tras consolidar el control inca de la zona acometió la **notable serie de conquistas** que establecieron el imperio inca.

Lo que se desprende de las fuentes es lo siguiente: siendo ya anciano Viracocha Inca, su reino se encontraba no sólo **hostigado desde el exterior**, sino que también está dividido por la **proliferación de facciones políticas internas**. Esta última situación era perfectamente previsible en un reino con **reglas sucesorias poco claras**, probablemente a causa de la innovación, relativamente reciente, de la monarquía, en sustitución de los jefes sinchis. En los últimos tiempos preimperiales se suponía que el gobernante inca dejaba la corona al más capaz de sus hijos, pero la capacidad siempre es opinable, lo cual garantizaba virtualmente las disputas entre facciones.

Tras haber conseguido el control del estado inca, Pachacutec y sus seguidores iniciaron un **gran programa de reformas gubernamentales e ideológicas**. Después de múltiples reelaboraciones de la historia inca, tales reformas llegaron a atribuirse al propio Pachacutec, y solieron tratarse como si éste hubiera inventado ex nihilo. No obstante, hay buenas razones para pensar que se ha exagerado un tanto la inventiva personal de Pachacutec. En primer lugar, la ascensión de Pachacutec al poder **representó el triunfo una facción política**, y su influencia dio al estado inca no sólo un nuevo de rey, lo sino todo un conjunto de dirigentes. No cabe duda de que todas esas personas estaban profundamente involucradas en el programa de reorganización nacional, pero al final **la versión autorizada de la historia inca englobó que había sido un grupo de dirigentes en la gigantesca y única figura de Pachacutec**.

Más aún: es difícil que las innovaciones que acompañaron al crecimiento del imperio inca surgieran de la nada. En realidad, la mayoría de las reformas «**consistió en la reorganización y proyección a mayor escala de técnicas andinas antiguas y hondamente arraigadas**». Dicho de otro modo, los cambios se produjeron al **reelaborar el material de que se disponía**: elementos culturales tradicionales comunes a los incas y a muchos de sus contemporáneos. Hubo, en particular, una reelaboración de los elementos culturales tradicionales que había de alterar profundamente la sociedad inca. Esta innovación era una modalidad del culto a los antepasados reales que ya hemos visto **prefigurado entre los chimúes**, la **herencia partida**.

Tras la muerte de un emperador inca (el Sapa Inca, o «Inca Único»), el derecho a gobernar, a declarar guerras y a imponer impuestos en el reino se transmitía a uno de sus hijos, que era su **sucesor y heredero principal**.

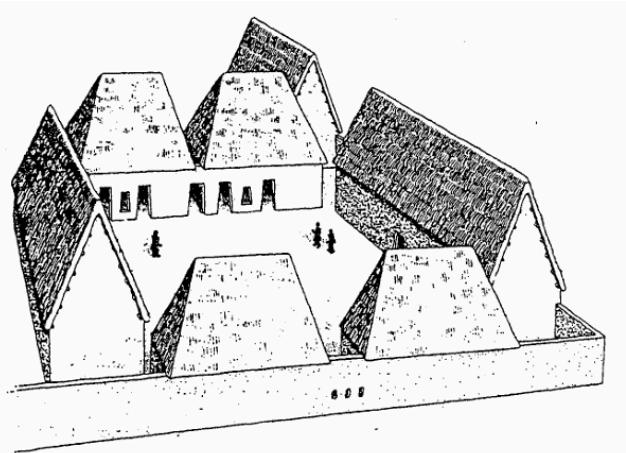
Los palacios del emperador difunto de Cuzco, los sirvientes, los bienes muebles y otras posesiones seguían recibiendo el trato de propiedades suyas y eran confiadas a su **panaca**, una colectividad social que incluía a todos sus descendientes por línea masculina (con excepción de su sucesor). Estos herederos secundarios no poseían realmente los objetos antes citados, sino que la propiedad seguía perteneciendo al difunto rey.

El propósito primordial de la panaca consistía en **servir de corte al rey muerto, mantener su momia y perpetuar su culto**. Los miembros de la panaca cumplían con estos deberes por medio de una serie de rituales tan ajenos a la mente europea que asombraron a los conquistadores.

“El Señor muerto era embalsamado y envuelto en muchas ropas delgadas”. Era conservado como una momia (malqui) y eran objeto de culto divino. Lo llevaban a las principales ceremonias del estado, hablaban con él, le pedían ayuda en momentos de apuro, comían y bebían con él, y hasta lo llevaban a visitar a sus amigos. Se les ofrecía comida, bebida, ofrendas, hojas de coca, sacrificios. Al gobernante inca del pasado no se lo consideraba “muerto” en nuestro sentido del término, en absoluto, como podemos ver por el modo en que lo trataba su panaca. En resumen, los panacas continuaban tratando a los reyes muertos como si aún siguieran con vida.

Esta “vida” ininterrumpida tenía una tremenda importancia, porque convirtió a las momias reales en uno de los objetos más santos del reino inca.

El templo más importante de la religión de estado inca, el de **Coricancha en el Cuzco**, había nichos en la pared donde en ciertas festividades se exhibían los **cuerpos de antiguos gobernantes** y los “**ídolos de Inti**”, que eran, según las crónicas, **estatuas, figuras o íconos** que representaban a Inti y se consideraban **vivas y poderosas**. Uno de los ídolos principales era del dios del sol como una figura humana, hecha de oro. También, a un rey muerto cabía dirigirse con el nombre de **Illapa**, que era también el nombre del dios trueno o del tiempo, al que correspondían los fenómenos meteorológicos que regulan la producción agrícola. De ahí que se identificara a los reyes difuntos tanto como con el **patronazgo nacional** (Inti) como con las **fuerzas fertilizadoras de la naturaleza** (el sol y el tiempo). Por esa razón, las momias eran **huacas** decisivas de las que dependía la prosperidad del Estado inca.



Pachacutec reelaboró dos elementos tradicionales de la cultura inca: **el culto a los antepasados y la panaca**. El culto de las momias reales era una versión grandiosa del culto a los antepasados habitual en los Andes. La **herencia partida** era una consecuencia totalmente racional de la lógica del culto a los antepasados. Como el culto de los antepasados, con el que estaba estrechamente relacionado, la panaca era una institución profundamente inmersa en la cultura inca. Aunque la panaca fue anterior a Pachacutec, los dirigentes incas de su reinado modificaron el sistema panaca. Reorganizaron las panacas ya existentes y crearon otras nuevas para varios reyes primitivos, probablemente míticos. Y dotaron a los gobernantes pasados de riquezas para su sustento. El régimen de Pachacutec **reconstruyó el Cuzco** y redistribuyó el área circundante; durante ese proceso otorgaron fincas a los reyes anteriores y las confiaron a los correspondientes panacas.

La “invención” de la herencia partida implicaba sólo una manipulación de las instituciones tradicionales. Las reformas se limitaron a garantizar que, cuando a un dirigente inca le llegara el turno de ser venerado como antepasado, su culto se mantendría por todo lo alto. Sin embargo, la herencia partida dejaba al emperador recién entronizado la riqueza de sus privilegios, pero una gran pobreza de propiedades. Cada uno se veía obligado a adquirir sus propias posesiones para vivir conforme a su rango.

¿Cuáles eran las fuentes de riqueza en el **Tahuantinsuyo**? La respuesta está en la **base económica del imperio**, un **sistema de impuestos en trabajo**. La ley inca exigía que cada contribuyente (varón adulto, fuerte y sano, cabeza de familia) aportara anualmente cierta cantidad de horas de **trabajo al estado**. Los ciudadanos cumplían estas obligaciones cultivando las tierras de propiedad estatal para el sostenimiento de las autoridades civiles y religiosas, construyendo todos los proyectos como obras públicas y sirviendo en los ejércitos incas. Las prestaciones de trabajo se regían por el principio andino de la reciprocidad. Los contribuyentes tenían que ser mantenidos y hospedados por el beneficiario de su trabajo.

Estos impuestos en trabajo sostuvieron también a los gobernantes incas. A los ayllus locales se les exigía que contribuyeran con cierta cantidad de tiempo de trabajo al servicio del emperador. La riqueza de un gobernante inca pasaba por adquirir para sí mismo **tierras cultivables**. Sin tierras, un emperador inca no podía ser “abierto y generoso, la imagen cultural de un buen jefe”. Sin tierras el emperador no podía contar con un séquito: no podía gobernar, y su culto no se mantendría después de su muerte.

Como las tierras cultivables eran la **fuente máxima de riqueza de los gobernantes**, nada tiene de asombroso que la **herencia partida** les permitiera **conservar sus propiedades privadas**.

La innovación de Pachacutec convirtió su reinado en un momento crucial: la aplicación de la herencia partida a las posesiones reales provocó un **gran aumento en las demandas materiales del culto de los antepasados** y ahora **cada emperador tenía que obtener sus propias propiedades**, obligando a cada gobernante sucesivo a una búsqueda constante de nuevas tierras cultivables.

Expansión y consiguientes tensiones

El efecto más evidente de la herencia partida consistía en reducir las disponibilidades de tierras y mano de obra del Inca recientemente coronado. La distinción entre las **posesiones privadas del rey** y las **tierras de propiedad estatal** es significativa. Las **tierras de propiedad estatal** estaban reservadas permanentemente para **respaldar los proyectos del imperio**, mientras que las **propiedades personales de un gobernante sólo estaban al servicio del imperio mientras el rey vivía**, y tras su muerte se confiarían a su **panaca**. Por ello, a medida que iban muriendo reyes, cantidades cada vez mayores de tierras laborables quedaban inmovilizadas en manos de los muertos, hurtándose así a todas las sucesivas administraciones del imperio.

El culto de las momias reales demandaba asimismo recursos al estado, en forma de mano de obra. Las tierras de un gobernante tenían que trabajarse con arreglo a un ciclo anual. Conforme fue creciendo el número de reyes muertos y de sus posesiones privadas, también creció la cantidad de mano de obra consagrada a servir a los muertos.

De ahí que los derechos de los gobernantes muertos privaran al nuevo emperador del control de considerables cantidades de tierra y mano de obra y lo enfrentaran con el problema de crear y cultivar sus propias propiedades agrícolas. Había una solución obvia al problema: podía conquistar nuevos territorios y explotar sus riquezas. Ya no bastaba con la vieja pauta del pillaje y posterior retirada, puesto que los objetivos eran poseer tierras y controlar el excedente de tiempo de trabajo. **La herencia partida aparece como fuerza motriz del crecimiento del imperio inca.**

En principio, estas tensiones originadas por el culto de los antepasados imperiales sólo afectaron a reyes. Ellos no podían dilatar su reino a menos que convenciera a sus súbditos de que debían emprender la lucha. Un gobernante sólo podía alcanzar sus metas **si convertía su problema en problema del imperio**, si convencía a los ciudadanos incas de que la conquista era para ellos tanto un deber como un derecho. El rey contaba con tres aliados en esta tarea: **la expansión militar era beneficiosa para el conjunto del estado**. Más importante aún que los beneficios globales eran las **recompensas**, que motivaban a grupos sociales y a individuos concretos. Por último, el crecimiento del imperio inca estuvo acompañado por una **incesante campaña de propaganda implícita y explícita** concebida para enardecer a su audiencia con el **fervor de la victoria**.

Aunque las conquistas permitían al rey adueñarse de tierras, la expansión inicial del imperio también ofrecía beneficios económicos para todo el pueblo. El crecimiento territorial sometía nuevas tierras de labranza al estado inca, permitiendo a sus súbditos obtener cosechas mayores y disponer de gran variedad de alimentos. La anexión de nuevas provincias reforzaba la economía de subsistencia de los incas. El incremento de la producción agrícola permitía que los incas paliaran los efectos de un mal año agrícola en su tierra natal.

Los **panacas**, que constituían la más alta nobleza del Tahuantinsuyo, los “**incas de sangre**”, el grupo del cual salían los **funcionarios gubernamentales** del imperio, tenía, al igual que el emperador, un enorme interés en expandir el imperio para mantener su poder, sus privilegios y su riqueza, para poder vivir con grandes lujos y comodidades.

El impulso de conquista se reforzaba de forma semejante a la baja nobleza y a los hombres del común. Los guerreros que sobresalían entre la nobleza podían aspirar a obsequios en forma de tierras, esposas adicionales, sirvientes, rebaños o ropas finas, junto con oro, plata y otros bienes exóticos, símbolos de alta condición social. Las proezas guerreras constituían también el principal cauce de movilidad social en el Tahuantinsuyo. Los plebeyos que sobresalían en este servicio eran recompensados ingresando en la nobleza subalterna, situado en el escalón más bajo, pero constituía un formidable paso adelante.

Por último, las **recompensas al valor individual** perduraban en todas las capas sociales mucho después de la muerte. Los incas creían que quienes habían luchado con valor ocuparían los **principales puestos en el cielo**.

La Máquina Expansionista: Dinámica y Motivaciones

- Para el Emperador: Era una imperiosa necesidad económica y religiosa derivada de la herencia partida. Necesitaba tierras para cumplir con las obligaciones de reciprocidad hacia los trabajadores que las cultivaban y así generar su riqueza personal.
- Para el Estado y el Pueblo: La expansión diversificaba y aseguraba el abastecimiento mediante el control de múltiples zonas ecológicas (el “archipiélago vertical”), mitigando el riesgo de hambrunas. También canalizaba la competencia interna hacia un enemigo exterior.
- Para la Nobleza (Panacas): Las panacas de gobernantes anteriores veían consolidados su poder y sus recursos. Los miembros de las panacas actuales, como la élite administrativa y militar, obtenían cargos, privilegios y tierras con cada nueva conquista.
- Para los Plebeyos: La guerra era la principal vía de movilidad social. Un plebeyo destacado en combate podía ascender a la baja nobleza (curaca provincial), obteniendo así exención de tributo y acceso a privilegios. Además, la ideología estatal prometía un lugar privilegiado en el más allá a los valientes.

Una intensa campaña de propaganda recordaba continuamente a todos que **su rey era un dios**, que **los intereses del emperador eran los intereses de cada cual** y que **el bienestar de todos dependía de la prosperidad de los gobernantes, del pasado y del presente**. Ciertas ceremonias iban acompañadas de los cuerpos de los reyes muertos, con sus descendientes cantando su divinidad y sus increíbles hazañas. Los hijos de la nobleza inca seguían en el Cuzco un programa de adiestramiento: salían de la escuela del Cuzco convertidos en guerreros con causa: la del progreso del imperio inca y de sus gobernantes.

En resumen, un complicado sistema de beneficios, incentivos, recompensas y justificaciones identificaba los deseos del emperador con los intereses de sus súbditos. El expansionismo militar iba a proporcionar riquezas a algunos y seguridad económica para todos, ascensos políticos para los dirigentes del estado, movilidad social para los plebeyos y un honroso más allá para los méritos individuales. Además, al proporcionar los medios para cuidar correctamente a los reyes, vivos y muertos, la conquista garantizaría al Tahuantinsuyo el favor del cielo. Las momias reales le habían dado al pueblo inca una identidad nacional y también el sentido de su misión divina.

Esta nueva ideología proporcionó a los incas una ventaja fundamental sobre sus vecinos. Pachacutec subyugó las provincias que rodeaban el Cuzco, marchó con sus tropas hacia el norte del Titicaca y se apoderó de esa zona, enormemente rica. Armados de celo religioso y de las riquezas del Collao, los ejércitos incas adquirieron una fuerza arrrolladora.

Cada emperador inca trató de ensanchar sus dominios –Pachacutec (1438-1971), Túpac Inca (1971-93) y Huayna Cápac (1493-1525)–. En menos de un siglo el pequeño reino del altiplano que Pachacutec se había hecho cargo se convirtió en un imperio de más de 4.300 kilómetros de punta a punta.

Pero la nueva ideología inca era un arma de dos filos: el culto de las momias estaba socavando su propia destrucción. Al negar al emperador vivo la tierra y la mano de obra controlada por sus predecesores, los derechos de propiedad de los muertos obligaron a los gobernantes incas a adoptar una política de continuo crecimiento territorial. **La herencia partida resultaría el fallo fatal del imperio inca**. El agresivo impulso militar tuvo éxito inicialmente en

un mundo como el andino, donde había mucha competencia. Sin embargo, a largo plazo el culto de los antepasados imperiales redundó en graves tensiones económicas, administrativas y militares que acabarían por destruir el Tahuantinsuyo.

A pesar de sus ventajas iniciales, esta expansión constante pronto empezó a resultar **fatigosa**. Las campañas militares eran **costosas**, y el resto del imperio tenía que financiar la búsqueda de tierras cultivables de su gobernante. El ejército tenía que nutrirse de ciudadanos que cumplían sus obligaciones de contribuir con su trabajo, y había que mantenerlo con productos de las tierras de propiedad estatal. Las continuas guerras requerían grandes inversiones de energía y recursos y mantenían alta la demanda de excedente de producción.

La expansión del Tahuantinsuyo fue tan rápida que los incas agotaron, ya en el período de Túpac Inca, hijo de Pachacutec, las tierras abiertas y civilizadas en el curso de las conquistas. Los emperadores empezaron a pensar en la montaña, las laderas orientales de los Andes, cubiertas con vegetación, y las vastas selvas tropicales amazónicas. Llevaron a cabo guerras para las que estaban mal preparados, y que también planteó problemas administrativos. Por ejemplo, las **comunicaciones**. El gobierno inca necesitaba información para tomar sus decisiones y dependía de la comunicación entre los distintos niveles de la jerarquía. La red de comunicaciones del Tahuantinsuyo contaba con un **sistema de carreteras**, herencia de estados anteriores, y tenían unos **corredores bien entrenados** que llevaban los mensajes oficiales a lo largo de los caminos, transmitiendo información de un lado a otro de la jerarquía administrativa. Sin embargo, hasta un sistema de comunicaciones extraordinario como éste **se vería desbordado por el crecimiento destado del imperio**. Las líneas de comunicación **se habían extendido demasiado**, y un emperador podía verse obligado a tomar decisiones urgentes sobre la base de una información que era peligrosamente incompleta o estaba atrasada. **El crecimiento territorial agravaba los peligros**.

La expansión imperial llegó a englobar en los dominios incas una increíble colección de distintos pueblos. Existían más de ochenta provincias, solamente en el Perú. Indudablemente, los problemas de comunicación antes citados fomentaron **rebeliones provinciales** de base étnica. Las políticas de traslados (mitmaqkuna) y la extracción de tributo exacerbaban las identidades locales y el resentimiento, haciendo de la diversidad una fuente permanente de inestabilidad.

La conquista no era el único medio que disponían los gobernantes para conseguir tierras y mano de obra para las nuevas posesiones reales. Habían **estrategias alternativas**, aunque también conducían a tensiones nuevas y más fuertes. Podían aumentar sus posesiones apropiándose de tierras cultivables ya existentes, arrebatándoselas a los propietarios o aceptándolas como regalo. Murra sugiere además la hipótesis de que algunas propiedades reales provenían de una apropiación de las tierras estatales. Otro modo de conseguir tierra de labranza consistía en **planes de mejora**. El proyecto más famoso del altiplano consistió en **terrazas** que permitían extender los cultivos hasta el fondo del valle y por las laderas circundantes. Lo fundamental es que, con cada emperador muerto, más tierras y mano de obra quedaban congeladas para mantener el culto de sus momias. El emperador reinante disponía de una base tributaria relativamente menor, forzándolo a depender de tierras marginales (que requerían costosas terrazas o irrigación) o a presionar más a las provincias existentes, alimentando el descontento.

A su vez, los panacas de los reyes difuntos, con sus propias tierras, recursos y lealtades, operaban como "reinos dentro del reino". Constituían facciones poderosas que podían conspirar contra el emperador vivo, especialmente si este amenazaba sus intereses. La alta nobleza debía lealtad última a sus ancestros momificados.

Trayectoria final del Estado inca

A la muerte de Huayna Cápac (1525), probablemente por una epidemia, las tensiones estallaron en una guerra dinástica entre sus hijos **Huáscar** (en el Cuzco, hijo de la coya o esposa principal, por tanto legítimo) y **Atahualpa** (en Quito, hijo de una princesa secundaria, pero al mando del ejército veterano del norte). Huáscar, enfrentado a la crisis fiscal y al poder de las panacas, cometió un error político fatal: **amenazó con abolir el culto a las momias reales para liberar sus tierras y recursos**. Esto alienó por completo a la nobleza (panacas), que vio atacados su poder, sus privilegios y su deber sagrado. Los panacas conspiraron o se pasaron al bando de Atahualpa.

La **guerra civil** (1529-1532) fue brutal y fracturó el imperio. Aunque Atahualpa, con su ejército experimentado, **finalmente capturó y ejecutó a Huáscar**, el Tahuantinsuyo quedó militar y políticamente devastado, y las lealtades étnicas se habían quebrado. En este preciso momento de máxima debilidad, **Francisco Pizarro** y su

pequeño grupo de españoles llegaron a Cajamarca. Atahualpa, subestimando la amenaza y quizás esperando usarlos como aliados en la aún inestable situación política, fue capturado en la emboscada de Cajamarca (16 de noviembre de 1532). La conquista no fue solo un triunfo militar español, sino el epílogo de un colapso interno incubado por las contradicciones del sistema inca.

La expansión imperial inca fue un fenómeno corto (menos de un siglo) pero extraordinariamente dinámico. Su motor fue la **simbiosis entre ideología y economía materializada en la herencia partida**. Este mecanismo transformó el antiguo culto a los antepasados en una **poderosa fuerza expansionista**, pero al mismo tiempo generó una **lógica autodestructiva de necesidad perpetua de crecimiento, concentración de recursos en manos de los muertos y fragmentación facciosa de la élite**.

El imperio inca no fue destruido únicamente por la superioridad tecnológica española. Fue derribado cuando las tensiones estructurales de su propio sistema de éxito –los derechos de propiedad de los gobernantes difuntos y las facciones que los custodiaban– alcanzaron un punto crítico, explotando en una guerra civil que lo hizo vulnerable. En una ironía trágica, los mismos ancestros divinos a quienes los incas dedicaron su imperio, se volvieron, a través de las instituciones creadas para honrarlos, en la causa fundamental de su ruina.

Nathan Wachtel – La estructura del Estado Inca

1) Naturaleza del Tributo: Trabajo, no Moneda

La economía inca no conocía la moneda. El tributo no consistía en pagar con productos de las tierras del ayllu, sino en entregar fuerza de trabajo. El tributario (hatun runa) era todo hombre casado o entre 25 y 50 años. Los curacas (autoridades locales) y artesanos especializados estaban exentos del trabajo manual.

2) Las Tres Formas del Tributo

El sistema se estructuraba en tres obligaciones principales:

- **Trabajo colectivo en las tierras del Estado:** Los miembros del ayllu cultivaban juntos las tierras del Inca y del Sol, así como las de los curacas locales. Este trabajo tenía un carácter comunitario y casi ritual. La producción se almacenaba en graneros estatales o locales.
- **Mita** (servicio personal rotativo): El Estado reclutaba temporalmente tributarios para el ejército, la construcción de obras públicas (caminos, puentes, templos) o el servicio doméstico de los curacas. La comunidad cultivaba las tierras de los mitayos ausentes. Durante el servicio, el Inca o el curaca los alimentaba y mantenía.
- **Tributo textil:** Cada familia debía tejer una cantidad de ropa para el Estado. Lo crucial es que el Inca proveía la materia prima (lana o algodón); los tributarios solo aportaban el trabajo de manufactura. Los tejidos tenían un valor económico, ritual y simbólico fundamental.

3) La Reciprocidad y la Doble Redistribución

El tributo no era una extracción unilateral, sino que se integraba en un **sistema de reciprocidad**:

- A cambio de trabajar las tierras del Inca, el campesino obtenía el derecho a usufructuar las tierras comunales del ayllu.
- A cambio de tejer la lana del Estado, obtenía el derecho a usar los recursos del rebaño comunal.
- El Inca, como hijo del Sol, ofrecía protección divina, orden social y, crucialmente, redistribuía alimentos de sus graneros en tiempos de escasez y mantenía a ancianos y enfermos.

Existía un doble circuito de redistribución:

- Del ayllu al curaca y del curaca al Inca (centralización).
- Del Inca al curaca y del curaca al ayllu (redistribución), creando una cadena de lealtades y dependencia.

4) El Carácter Local y la Inmovilidad

A pesar de la centralización, la mayor parte del tributo se consumía localmente. La mita y los productos de los graneros estatales solían usarse en la misma provincia. Este sistema, aunque integraba al ayllu en una estructura mayor, reforzaba su aislamiento e inmovilidad. La prohibición de abandonar la comunidad sin permiso, las marcas

étnicas en la vestimenta y la propia organización del trabajo colectivo vinculaban al tributario de por vida a su ayllu natal.

5) Los Yanas: ¿Esclavitud o Servidumbre?

Un grupo social especial eran los yanas, servidores permanentes (no temporales como los mitayos) del Inca o de los curacas. Su condición era hereditaria. Realizaban tareas domésticas, administrativas, agrícolas en tierras personales del Inca o de pastoreo. Eran donados por las comunidades a los curacas como un lote de servidumbre perpetua.

Wachtel cuestiona si eran "esclavos". Su número era reducido (menos del 1% según datos de visitas) y su estatuto, aunque de servidumbre hereditaria, difería de la esclavitud mercantil. Su existencia, junto con los mitmaqkuna (colonos trasladados), mostraba los primeros signos de ruptura con el sistema basado puramente en la reciprocidad dentro del ayllu, avanzando hacia relaciones de dependencia personal más fijas.

Conclusión Central de Wachtel

El sistema tributario inca fue una extensión a escala imperial de las obligaciones recíprocas del ayllu. No destruyó la comunidad, sino que se apoderó de sus mecanismos de solidaridad para ponerlos al servicio del Estado. Fue un sistema eficaz de centralización y redistribución que, paradójicamente, fortaleció el localismo y la inmovilidad social, creando un imperio cohesionado desde arriba pero compuesto de células comunitarias muy cerradas y autónomas en su base.

Juan Carlos Garavaglia y Juan Marchena – La circulación de bienes y energía humana en el mundo andino

“El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas” de John Murra tenía como objetivo principal mostrar cómo y a través de qué mecanismos circulaban en el espacio andino los bienes y la energía humana. El hecho más importante a destacar es la inexistencia (al menos en el área central andino) de un sistema de mercados como el mesoamericano. **Los bienes y energía circulaban, pero no a través de mercados, sino gracias a un sistema de control vertical de varios pisos.**

El grupo étnico de los *chupaychu* en el Perú actual, en la región del Alto Huallaga tenía su núcleo étnico (el lugar donde se concentraba el mayor número de unidades domésticas y en donde se hallaba la residencia de las autoridades étnicas) en la sierra a unos 3000 metros, y allí se encontraban los recursos más importantes como los tubérculos y las variedades de maíz. **Los recursos de las alturas de la puna** (camélidos, salinas) **y de las tierras cálidas de las yungas** (cocales, ají, algodón, madera), **se obtenían mediante colonias asentadas allí de forma permanente**. Estas colonias podían ser étnicamente mixtas, ya que otros grupos ,cuyo núcleo étnico también se encontraba en la sierra, buscaban también obtener de allí recursos.

La circulación de los recursos se daba mediante formas de reciprocidad ligadas al parentesco: varias veces al año los colonos (mitimaes), bajaban de la puna o subían de la yunga e intercambiaban con sus parientes y aliados de la sierra, entregando y recibiendo de estos recursos de su región. Este sistema funcionaba también para señoríos más grandes, incluso para la futura organización estatal inca.

Los límites del modelo

En los márgenes del espacio andino, este modelo encuentra límites estructurales. En Chincha, en la costa peruana, existió un señorío importante con un **fuerte sector de mercaderes** que hacían viajes tanto al interior del altiplano, hasta Cuzco, como por la costa hasta Esmeraldas, Portoviejo, y hacia el interior a Quito. **Buscaban principalmente una concha marina (mullu)** que tenía **importantes funciones rituales**, pero también esmeraldas, collares de conchas y joyas. Gracias a estos mercaderes, los contactos entre las dos grandes áreas de civilización prehispánica pudieron ser regulares e incluso puede que así se transportasen técnicas como la metalurgia hacia el norte.

Además de esto en la costa, **en el margen norte del área andina encontramos otros sistemas de mercados.** En la región de Pasto, al sur de la actual Colombia, **los mercaderes (mindaláes) ocupaban un lugar privilegiado.** Intercambiaban todo tipo de productos y pudo ser un grupo de notables funciones políticas: con frecuencia sus tráficos se parecen más a un sistema redistributivo fuertemente ligado al poder, que a una transacción mercantil.

Por último, en la región de Otavalo y Quito también se observa mercados, el de Quito era muy importante e intercambiaba productos de todos los pisos ecológicos con un sistema muy similar al mesoamericano.

Estos escenarios que se presentan en los márgenes del mundo andino, tanto en la costa como en su frontera norte, tienen una serie de elementos comunes que los aproximan a las forma de intercambio del mundo mesoamericano y probablemente en las fronteras se hayan dado contactos mutuos. Todo indica que junto al modelo central de archipiélago vertical de un máximo de pisos ecológicos, coexistieron variadas formas en las que un sistema de mercados ocupó un lugar determinante en las formas de circulación de varios productos.

Pero también en las sociedades andinas nos encontramos con el fenómeno de la circulación de energía humana a través del tributo. En el mundo andino las formas de tributación fueron siempre en servicios, en mano de obra para construcción de obras hidráulicas, etc. Pero el tributo en especie se reservaban para los grupos indígenas periféricos considerados inferiores.

John Murra – El Tahuantinsuyo

Para los europeos la inmensa riqueza en metales preciosos que encontraron durante la conquista era sin precedentes en la Europa de la época, e iba acompañada de la percepción de un reino que se describía sin hambre ni pobreza, adquiriendo así una dimensión utópica que resonaba con los ideales europeos del momento.

La expansión territorial del imperio, que abarcó partes de los actuales Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y Argentina en menos de un siglo, no fue un hecho aislado, sino que se benefició de una experiencia señorial andina preexistente. Antes de los incas, sociedades como Wari, Chimú o Tiwanaku ya habían desarrollado estructuras de poder complejas y multiétnicas. Los incas heredaron, ampliaron y perfeccionaron estas bases, incluyendo una extensa red vial (el qhapaq ñan) que en gran parte ya existía antes de su dominio.

El proceso de expansión no fue pacífico ni homogéneo. Hubo resistencia encontrada, particularmente en el norte, donde etnias como los chachapoyas y los cañaris opusieron una férrea defensa durante décadas, infligiendo derrotas a los ejércitos cuzqueños. Esta resistencia forzó a los incas a innovar en sus estrategias de control, considerando no solo el traslado forzoso de poblaciones rebeldes, sino también la concesión de responsabilidades privilegiadas a algunos de ellos, intentando convertirlos en la base de un ejército profesional.

Hay problemas inherentes a las crónicas coloniales, escritas después de la conquista y en un contexto político hostil al pasado indígena, especialmente durante el virreinato de Francisco de Toledo, cuyo régimen buscó sistemáticamente deslegitimar el dominio inca, presentándolo como una usurpación reciente.

Una de las características fundamentales de la organización andina que los incas heredaron y sistematizaron fue el "control vertical de un máximo de pisos ecológicos". Este patrón consistía en que un grupo étnico, asentado en un núcleo principal (por ejemplo, en la sierra), establecía colonias permanentes en distintos pisos ecológicos alejados (como los valles tropicales o la costa) para acceder directamente a una diversidad de recursos (coca, madera, ají, algodón, guano, etc.).

El imperio incorporó grupos étnicos de gran envergadura, como el reino lupaqa del altiplano, el cual, con más de 20,000 unidades domésticas, mantenía colonias en ambas vertientes de los Andes. Esta capacidad de movilizar y organizar una densa población productiva, incluso en altitudes extremas por encima de los 3,800 metros, fue identificada por los europeos como la verdadera fuente de la riqueza andina, especialmente tras el descubrimiento de las minas de Potosí.

La organización económica y política del Tawantinsuyu era sofisticada. El estado incaico implementó proyectos a gran escala, como la creación de vastas plantaciones estatales de maíz en el valle de Cochabamba, cultivadas por turnos (mit'a) por representantes de numerosos grupos étnicos del altiplano. Este maíz, un cultivo de mayor prestigio y requerimiento que los tubérculos, estaba destinado principalmente a sostener al ejército y la burocracia en campaña. Este modelo de movilización laboral rotativa fue luego adoptado y transformado por los coloniales españoles en la infame *mita* minera de Potosí.

La evidencia arqueológica de centros administrativos planificados, como Huánuco Pampa, revela la infraestructura del imperio. Estos centros, ubicados a lo largo del camino real, contaban con miles de edificios, depósitos, templos y plazas. Sin embargo, los estudios indican que su población era mayoritariamente temporal, compuesta por sirvientes, artesanos y agricultores que cumplían turnos de servicio para el estado. Esto lleva a

cuestionar si estos asentamientos pueden considerarse "ciudades" en el sentido europeo del término, aunque su escala y planificación son impresionantes.

El Tawantinsuyu era un imperio dinámico y complejo, **cuya fuerza radicó en la habilidad para sintetizar, ampliar y reorganizar tradiciones políticas, económicas y sociales andinas de larga data**. Su éxito se basó en la **capacidad de integrar a docenas de etnias diversas en un sistema coherente**, mediante una **combinación de coerción, reciprocidad y una ingeniosa adaptación al difícil entorno ecológico de los Andes**. El imperio inca aparece así no como una anomalía, sino como la **culminación de un proceso histórico profundamente andino**.

Charles Mann – Qué dicen los nudos

Charles Mann desarrolla una exploración profunda y matizada del sistema de contabilidad y registro inca conocido como quipu, desafiando percepciones simplistas sobre su naturaleza y función. Lejos de ser un simple instrumento de conteo primitivo, el quipu emerge en el texto como una tecnología cognitiva sofisticada que constituyó la columna vertebral administrativa del Tawantinsuyu, reflejando una organización social compleja y una concepción del conocimiento profundamente diferente a la occidental.

Mann explica que el quipu operaba mediante una gramática material compleja compuesta por cordeles de algodón o lana de distintos colores, con nudos cuya ubicación, tipo y secuencia codificaban información. Los colores no eran meramente decorativos, sino que funcionaban como códigos semánticos: un cordón rojo podía representar guerreros, uno amarillo referirse al oro o al maíz, y combinaciones de colores y trenzados podían denotar territorios, linajes o eventos históricos específicos. Esta dimensión cromática transformaba cada quipu en un documento rico en capas de significado.

La creación e interpretación de los quipus estaba en manos de una clase especializada de funcionarios, los quipucamayoc. Mann enfatiza que estos no eran meros contables, sino guardianes de la memoria estatal, formados en escuelas especiales donde aprendían un corpus complejo de convenciones. Su habilidad era tanto mnemotécnica como analítica, ya que el quipu no era un sistema autosuficiente, sino que operaba en simbiótica relación con la tradición oral. Los quipucamayoc "leían" los nudos activando su memoria entrenada, traduciendo las estructuras materiales en narrativas administrativas, históricas o genealógicas.

Uno de los análisis más reveladores de Mann es cómo el quipu estuvo intrínsecamente ligado a la eficiencia burocrática del estado inca. A través de redes de chasquis, los quipus circulaban por el imperio transportando datos censales, inventarios de almacenes estatales (qollqas), registros tributarios en trabajo (mita) y balances de producción agrícola y textil. Este sistema nervioso informativo permitió un control centralizado de recursos a una escala continental, posibilitando la planificación logística y la redistribución que sustentaron el poder imperial.

El autor realiza una comparación crítica con la escritura alfabética, rechazando la idea de jerarquía tecnológica. Argumenta que el quipu era un sistema de notación igualmente válido y eficiente para los fines del estado inca. Mientras la escritura fonética fija significados en un medio lineal, el quipu operaba como una base de datos tridimensional y multisensorial, donde la relación espacial de los nudos y la textura de los cordeles eran parte integral del mensaje. Esto representaba una epistemología alternativa, donde la información se estructuraba de manera relacional y jerárquica más que narrativa lineal.

Un aspecto crucial que desarrolla Mann es la pérdida catastrófica de conocimiento que supuso la desaparición de la capacidad de interpretación de los quipus tras la conquista. Los españoles, incapaces de descifrar el sistema, lo consideraron irrelevante o demoníaco, destruyendo miles de ejemplares. Mann señala que esta destrucción no fue solo la pérdida de registros administrativos, sino la desaparición de una forma completa de pensamiento histórico y administrativo. Lo que sobrevive son solo fragmentos físicos desconectados de sus significados, como libros cuyas páginas han quedado en blanco.

Las investigaciones contemporáneas que Mann revisa (especialmente el trabajo pionero de Gary Urton) sugieren que el quipu podía ir más allá del registro numérico, codificando posibles informaciones cualitativas o narrativas. La compleja combinación de variables (posición de nudos, tipo de nudo, dirección del trenzado, color, secuencia de

cuerdas) creaba un "alfabeto" binario de siete dimensiones con potencial combinatorio suficiente para registrar información compleja, aunque su desciframiento completo sigue siendo uno de los grandes retos arqueológicos.

Finalmente, Mann reflexiona sobre la paradoja del quipu: fue una tecnología tan eficiente para su contexto que resultó intransferible a la imposición colonial. Su especificidad cultural lo hizo vulnerable. Su estudio hoy revela no solo un instrumento contable, sino una ventana a una racionalidad estatal alternativa, donde el control administrativo de un vasto imperio se logró no mediante textos escritos, sino mediante hilos anudados que tejían números, memoria y poder en un sistema único en la historia humana.

UNIDAD DIEZ

Daniel Villar – La condición de los indígenas americanos desde la perspectiva española

La invasión europea al continente americano a fines del siglo XV, encabezada por los enviados de la corona de Castilla y Aragón, así como la posterior instalación colonial, requirieron la elaboración de una justificación que legitimara la empresa. Los recién llegados carecían de títulos previos que validaran su acción, lo que generó una contradicción inherente a la noción de "descubrimiento": **afirmar que estas tierras eran desconocidas implicaba admitir la ausencia de relaciones políticas previas que pudieran invocarse para justificar la invasión.** Inmediatamente después del primer viaje de Colón, **los Reyes Católicos recurrieron al papa Alejandro VI, solicitando un pronunciamiento sobre su derecho a conquistar y colonizar las tierras descubiertas.** Tras intensas gestiones diplomáticas, **el pontífice emitió en 1493 cuatro bulas sucesivas que otorgaban a los reyes la soberanía sobre las tierras atlánticas no ocupadas por otro príncipe cristiano, con el propósito explícito de evangelizar a sus poblaciones.**

Sin embargo, los monarcas buscaban algo más que una autorización para la evangelización. **Aprovecharon el contenido de dos de esas bulas, Eximie devotionis y Dudum siguidem, para equiparar sus derechos con los previamente concedidos a la corona de Portugal en África.** El papa Nicolás V había otorgado en 1455 al rey Alfonso V de Portugal el **derecho a reducir a la esclavitud perpetua a los habitantes paganos de los territorios africanos.** **Las bulas dirigidas a Castilla y Aragón incluían gracias, privilegios y facultades equivalentes, lo que fue interpretado por la diplomacia castellano-aragonesa como una autorización implícita para esclavizar a los habitantes de las tierras recién descubiertas, considerados paganos y, por tanto, susceptibles de ser reducidos a tal condición.** Esta interpretación se apoyaba en una tradición que veía al papa como Dominus orbis, con autoridad temporal para resolver asuntos relativos a pueblos bárbaros y no cristianos.

La clasificación de los indígenas como "bárbaros" y "paganos" no era meramente retórica, sino que se arraigaba en categorías filosóficas y teológicas de larga data. El término *paganus*, originalmente "hombre del campo", había evolucionado para designar a los no creyentes, asociándose con la rusticidad y la supuesta incapacidad para acceder a lo inteligible. Para el siglo VI, *barbarus* se había convertido en sinónimo de *paganus*, cargando con una connotación de inferioridad cultural y espiritual que perduraría hasta el siglo XV.

La justificación de la dominación y la posible esclavitud de los indígenas recurrió a reinterpretaciones de la filosofía clásica, particularmente de Aristóteles. En su pensamiento se distinguían dos tipos de esclavitud: la civil y la natural. **La esclavitud civil era una institución jurídica**, resultado de deudas, delitos o captura en guerra justa, que situaba al individuo en un estatus de dependencia legal. En cambio, **la esclavitud natural se basaba en una condición inherente a ciertos individuos o pueblos.** Aristóteles argumentaba que existían hombres cuya naturaleza los destinaba a ser gobernados, pues su *intelecto* era incapaz de dominar las pasiones. Estos "esclavos por naturaleza" no podían autogobernarse, pero sí eran capaces de reconocer y seguir la razón cuando esta les era impartida por un amo. En la jerarquía natural, se situaban cerca de los animales, diferenciándose solo por su capacidad de "aprehender" la razón, no de ejercerla plenamente. Esta categoría se asociaba también con mujeres y niños, considerados "hombres incompletos".

La aplicación de esta teoría al caso americano no fue inmediata ni uniforme. **La información sobre las sociedades indígenas llegaba a la metrópoli de forma gradual y fragmentada, obligando a ajustes constantes en la evaluación.** Además, **la corona debía atender múltiples frentes: la competencia con Portugal por los nuevos territorios, las delicadas gestiones diplomáticas ante el papado, la necesidad de transferir los costos y riesgos**

de la exploración a particulares sin perder control, y las respuestas estratégicas de las propias sociedades nativas.

La teoría de la esclavitud natural fue presentada formalmente al rey Fernando en 1512, durante una junta en Burgos convocada para discutir el uso legítimo de la fuerza de trabajo indígena. Allí, el licenciado Gil Gregorio argumentó que los nativos, al ser bárbaros dominados por sus pasiones, eran esclavos por naturaleza según los preceptos aristotélicos. **Los comparó con "animales que hablan" y sostuvo que requerían ser gobernados con firmeza**, como un tirano guía a quienes no pueden guiarse a sí mismos. Sin embargo, **la esclavitud que proponía no era la reducción a simple mercancía, sino una "servidumbre cualificada", como la que podría establecerse bajo el sistema de encomienda, ya existente en la península.**

El rey, no del todo satisfecho, solicitó nuevas opiniones. El dominico Matías de Paz justificó la conquista y el trabajo forzoso indígena como medio necesario para sufragar los costos de la evangelización. Por su parte, **Juan López de Palacios Rubio**, en su Libellus de 1513, ofreció un argumento más detallado. **Basándose en relatos –a menudo fantasiosos y distorsionados– sobre la vida doméstica y sexual de los indígenas antillanos, concluyó que estos estaban gobernados por sus pasiones, carecían de gobierno civil propio y, por tanto, eran esclavos naturales que necesitaban un amo sabio que los guiara.** Reconocía, no obstante, que **al ser libres por naturaleza, poseían ciertos derechos**, distintos aunque inferiores a los de sus señores.

Este planteamiento abría interrogantes complejos: **¿Cuál era la fuente de los derechos indígenas?** Si sus costumbres y fueros provenían de una fuente distinta al derecho europeo, ¿cuál debía prevalecer? **¿Perdían toda validez frente al nuevo orden?** Y si los indígenas ya tenían sus propios señores, ¿con qué argumento podían ser sustituidos por señores europeos?

Para establecer la relación de vasallaje con estos "esclavos naturales" potenciales, Palacios Rubio ideó un procedimiento formal: el requerimiento. Este documento, que **debía leerse a los indígenas antes de cualquier acción hostil, les notificaba la donación papal de sus tierras a los reyes de Castilla, les instaba a reconocer la autoridad de la Iglesia y la corona, y a convertirse al cristianismo.** Si aceptaban, se les recibiría como vasallos. Si se negaban o dilataban la respuesta, se les haría la guerra justa, pudiendo ser muertos o capturados y reducidos a esclavitud civil, perdiendo toda libertad y siendo tratados como propiedad.

En la práctica, el requerimiento fue una farsa. Redactado en términos jurídico-teológicos incomprensibles para los indígenas, a menudo les era leído en una lengua que no entendían o después de haber sido atacados y capturados. **La formalidad se cumplía para justificar legalmente la conquista y la esclavitud posterior.** Aun así, existen registros de respuestas indígenas que, con una lógica propia, desmontaban la pretensión europea. Cuando Martín Fernández de Enciso lo leyó a unos caciques del Cend, estos respondieron que el papa debía estar borracho para dar lo que no era suyo, y el rey, loco por aceptarlo, afirmando que ellos eran señores de su tierra y no necesitaban de otro.

A pesar de las críticas el requerimiento mantuvo su vigencia formal hasta la promulgación de las Leyes Nuevas de 1542, que comenzaron a regular y limitar la conquista, y no fue explícitamente abolido hasta las Ordenanzas de 1573. Su existencia y aplicación ilustran el esfuerzo intelectual y jurídico por construir un andamiaje legitimador para la empresa colonial, un entramado que combinaba argumentos papales, reinterpretaciones filosóficas clásicas y ficciones legales, y que tropezó una y otra vez con la realidad de sociedades diversas y con la resistencia, tanto pasiva como activa, de los pueblos indígenas.

Pedro Vives Azancot – Los conquistadores y la ruptura de los ecosistemas aborígenes

El proceso de conquista y colonización europea del continente americano representa un sistema integral de degradación que puede analizarse desde múltiples dimensiones interdependientes. **Lejos de ser un mero episodio de expansión política o religiosa, constituyó una profunda ruptura de los ecosistemas preexistentes, entendiendo el término "ecosistema" en su sentido más amplio, que abarca no solo el entorno natural, sino también las estructuras sociales, demográficas, políticas, económicas y culturales que las sociedades indígenas habían desarrollado a lo largo de milenios.**

Uno de los fenómenos más devastadores, y sin duda el menos previsto, fue la **depredación biológica ejercida de manera involuntaria pero implacable**. La llegada de los europeos significó la **introducción de un nuevo universo**

bacteriano y viral en poblaciones que carecían por completo de defensas inmunológicas contra patógenos como la viruela, el sarampión, la influenza, la peste y la fiebre tifoidea. Estas enfermedades infecciosas, comunes en el Viejo Mundo, se transformaron en **epidemias catastróficas en el Nuevo.** A esto se sumaron **zoonosis, enfermedades transmitidas por animales domésticos que tampoco existían en América.** El impacto demográfico fue apocalíptico. Las poblaciones, ya debilitadas por el estrés de la guerra, el trabajo forzado y la desarticulación psicológica de su mundo, se vieron diezmadas en ciclos epidémicos recurrentes. Las estimaciones, aunque variadas y objeto de debate, coinciden en una caída poblacional de proporciones dantescas entre los primeros contactos y mediados del siglo XVII, un colapso que modificó para siempre la densidad humana del continente y **facilitó, en gran medida, el reemplazo y la reorganización territorial impuesta por los colonizadores.**

Junto a este desastre epidemiológico, operó una intensa **depredación socio-demográfica.** La conquista **desestructuró de raíz las organizaciones sociales y parentales indígenas.** La política de control poblacional, ejercida a través de la encomienda, el repartimiento y las reducciones, **fragmentó comunidades y desarticuló los sistemas de parentesco y reciprocidad que las sostenían.** El concepto de "guerra justa", ampliamente esgrimido, sirvió para legitimar la captura y reducción a la esclavitud de miles de personas. Las "desnaturalizaciones", o traslados forzados de poblaciones, completaron el cuadro de desarraigo. **Este vacío demográfico comenzó a llenarse, de forma creciente, con la introducción de población africana esclavizada,** añadiendo un nuevo componente étnico y social a la ecuación colonial. **La visión europea de las prácticas familiares indígenas, como la poliginia, fue marcadamente negativa, siendo percibida como una prueba más de barbarie y siendo objeto de censura y reforma activa** por parte de las autoridades religiosas y civiles.

La **depredación política** implicó la **anulación sistemática de las jerarquías y organizaciones políticas autóctonas, sustituyéndolas por el aparato administrativo del Imperio español.** Se implantó un esquema de **gobierno centralizado que aspiraba a unificar bajo su mando la totalidad de los territorios conquistados.** Sin embargo, este sistema no operó en el vacío; para funcionar, **se apropió y reconvirtió muchos elementos de las organizaciones precolombinas, subordinándolos a una nueva juridicidad.** Los señores indígenas fueron cooptados o eliminados, y las **estructuras de mando local fueron puestas al servicio de la corona.** Se establecieron nuevas formas de interacción, pero siempre dentro de un marco de subordinación. Instituciones como los corregimientos de indios, los cabildos con alcaldes y corregidores nativos, funcionaron como engranajes de control, mediando entre la población indígena y la autoridad española, pero siempre asegurando el predominio de los patrones de territorialidad y jurisdicción impuestos, que con frecuencia chocaban con los patrones nativos de ocupación y gobierno del espacio.

La **depredación económica** fue el motor tangible del proyecto colonial. Se impuso un **patrón de conducta orientado exclusivamente hacia el lucro individual, que colisionó frontalmente con las formas comunitarias, reciprocitarias y redistributivas de aprovechamiento de los recursos materiales y humanos que caracterizaban a muchas sociedades indígenas.** En un contexto donde el dinero no era de uso general, **se introdujo una economía monetaria y de mercado.** El objetivo central pasó a ser la generación de excedentes para la acumulación individual y la exportación. Esto condujo a la sobreexplotación tanto del territorio como de la mano de obra. La búsqueda de metales preciosos y la implantación de monocultivos o sistemas ganaderos extensivos degradaron los suelos y alteraron los paisajes. La gran propiedad, especialmente la encomienda y luego la hacienda, se convirtió en la institución económica fundamental, consolidando un régimen de extracción basado en el trabajo coercitivo. Mecanismos legales como el sistema de denuncia y composición de tierras facilitaron el despojo y la concentración de la propiedad en manos de los conquistadores y sus descendientes, instalando definitivamente un sistema de mercado predominante y una **estructura de clases profundamente desigual.**

A estas dimensiones de depredación se suma, de manera transversal, la **questión religiosa**, que actuó como **justificación y a la vez como herramienta de dominación cultural.** La conversión forzosa a la fe católica fue un objetivo declarado desde el primer momento, avalado por las bulas papales. La extirpación de idolatrías fue una campaña persistente destinada a erradicar no solo las creencias, sino toda la cosmovisión y las prácticas rituales indígenas. La actividad misional, a menudo entrelazada con la institución de la encomienda o el repartimiento,

buscaba la evangelización y la hispanización simultánea. Esta imposición conllevó una censura generalizada de las expresiones culturales nativas: la sexualidad, los hábitos de consumo cotidiano y ritual, el uso de bebidas fermentadas y de sustancias estimulantes o alucinógenas con propósitos ceremoniales fueron prohibidos o severamente regulados. **La religión, por lo tanto, no fue solo un asunto espiritual, sino un instrumento clave para desarticular la identidad y reorganizar la vida diaria y las mentalidades según los parámetros europeos.**

En conjunto, estos procesos de depredación biológica, socio-demográfica, política, económica y religiosa no fueron sucesos aislados, sino facetas interconectadas de un mismo sistema de degradación. La conquista operó como una máquina de desmontaje integral de los ecosistemas aborígenes, reemplazándolos por un nuevo orden colonial cuyas bases eran la explotación, la jerarquía racial y social, y la integración subordinada al capitalismo mercantil emergente. Las consecuencias de esta ruptura, iniciada a fines del siglo XV, definirían la historia del continente durante los siglos siguientes, dejando una huella profunda en su demografía, su estructura social, su economía y su cultura.

Jose Luis Martínez – Rituales fallidos, gestos vacíos: un desencuentro entre españoles y andinos en 1532

La captura del Inka Atawallpa por Francisco Pizarro en Cajamarca en noviembre de 1532 es un episodio que trasciende la mera anécdota militar o política. **Representa el colapso de un diálogo que nunca existió, el choque frontal entre dos universos civilizatorios cuyos fundamentos para entender la realidad, el tiempo, el espacio, la autoridad y la diplomacia eran radicalmente opuestos y mutuamente intraducibles.** Este encuentro no fue un malentendido puntual, sino la manifestación aguda de una incomunicación estructural, donde rituales cargados de significado para una parte fueron gestos vacíos o amenazas para la otra, y donde la imposición violenta de un orden fue posible precisamente por la incapacidad de ambos bandos de salvar el abismo simbólico que los separaba.

Para comprender la profundidad de este desencuentro, es necesario partir de la cosmovisión andina que lo enmarcaba. **Los pueblos del Tawantinsuyu poseían una concepción cíclica del tiempo, marcada por la idea del pachakuti o "vuelta del mundo", que significaba el fin de una era y el comienzo de otra.** Esta noción no era sólo metafórica; estructuraba la comprensión histórica y podía ser invocada por **los gobernantes**, quienes eran considerados divinidades con capacidad de alterar el orden cósmico. **El mundo andino se regía por principios de dualidad, reciprocidad y redistribución.** La economía no se basaba en mercados o dinero, sino en la **obligación de cada familia de dedicar tiempo de trabajo a obras colectivas, a cambio de lo cual el Estado proveía sustento, vestido y festividades.** El espacio se organizaba según la forma de los accidentes geográficos, no solo por su contenido, y **el tiempo se concebía de modo inverso al occidental: el pasado, lo ya visto, estaba "adelante", mientras el futuro incierto quedaba "atrás".** En este universo altamente ritualizado, **cada acto público, desde un desplazamiento hasta una recepción, era un discurso político y religioso.**

Con este trasfondo, la aproximación al encuentro fue un diálogo de sordos desde el inicio. **La diplomacia andina se fundamentaba en el principio sagrado de la reciprocidad.** Los hatun kuraka (señores principales) que visitaron el campamento español durante su travesía no eran simples emisarios; eran portadores de dones que establecían compromisos irrevocables. **La entrega de textiles usados en ofrendas rituales, vasos de oro, mujeres, calzado y brazaletes no era un intercambio de regalos lujosos. Era un lenguaje simbólico que reconocía a Pizarro como un kuraka y proponía una alianza dentro del orden andino.** Los keros (vasos de oro), por ejemplo, eran para el ritual de la bebida que precedía cualquier pacto; si se sellaba la alianza, estos vasos se depositaban en un templo como testimonio perpetuo.

Para los españoles, imbuidos de una diplomacia renacentista basada en la desconfianza y el doble juego, estos actos carecían de significado profundo. Evaluaron los objetos únicamente por su valor material, su rareza o su potencial de convertirse en moneda. Peor aún, **algunos presentes**, como dos fuentes de piedra para beber y patos desollados –símbolos rituales de reciprocidad–, **fueron malinterpretados como amenazas veladas. Lo que para los andinos era un protocolo para abrir el diálogo, para los europeos pareció una declaración de guerra.**

El fracaso de esta comunicación ritual fue recíproco. **Los gestos calculados de los españoles –invitar al Inka como anfitriones, hacer demostraciones ecuestres, disparar arcabuces– buscaban proyectar poder y ocultar**

sus intenciones reales. Sin embargo, para los consejeros de Atawallpa, acostumbrados a ejércitos de miles de hombres, un puñado de jinetes no representaba una amenaza creíble. Sus gestos de poder resultaron vacíos. En cambio, **otros actos españoles, triviales para ellos, transmitieron mensajes elocuentes y terribles para los andinos. La profanación de espacios sagrados**, como cuando Hernando de Soto irrumpió en el acllawasi (la casa de las mujeres escogidas) y tomó a varias de ellas, fue una **violación gravísima que cualquier andino habría pagado con la vida**. De igual modo, **alojarse en los palacios del Inka** (tampus), tomar provisiones de sus almacenes y **maltratar a los kuraka locales** fueron gestos que **Atawallpa leyó con claridad: estos no eran emisarios de un rey legítimo, sino un grupo violento y transgresor**.

El desencuentro culminó en el espacio sagrado de los baños termales de Cajamarca. Allí, Atawallpa no se encontraba en un lugar de placer, sino realizando rituales esenciales en un tiempo sagrado. La irrupción de los españoles para "invitarlo" a comer ya era una profanación. **El Inka los esperaba sentado en su tiana, el asiento bajo que era el principal emblema del gobierno. En la cosmología andina, los dioses, tras un período de movimiento y destrucción, se sentaron para ordenar el mundo desde el reposo. El gobernante sentado en su tiana encarnaba así la responsabilidad de mantener el equilibrio cósmico y social.** Era una divinidad cuya quietud aseguraba la estabilidad universal. Por ello, Atawallpa no hablaba directamente, sino a través de un intermediario; su palabra directa, como la de una deidad, podía ser peligrosa. Los españoles, sin embargo, solo vieron a un "rey" sentado en un trono bajo, similar a un monarca musulmán, sin captar su naturaleza divina y la carga simbólica de su reposo.

El viaje mismo del Inka hacia la ciudad fue un discurso ritual. La procesión al atardecer (pagarin, el momento "entre dos luces") estaba minuciosamente coreografiada: hombres barriendo el camino, batallones con uniformes distintivos, adornos de oro y plata que brillaban como "irradiadores de luz" en la penumbra, y cantos que sonaron "infernales" a oídos españoles. **La lentitud extrema del avance y las pausas frecuentes no eran indecisión, sino la manifestación física de la voluntad de paz y equilibrio. Atawallpa se movía sentado en sus andas, evitando el gesto de levantarse**, que habría significado lo contrario. Este mensaje de tranquilidad, expresado en un código corporal incomprensible para los europeos, no fue recibido.

La ruptura final se precipitó con el intento de diálogo directo. Fray Vicente de Valverde, mediante el intérprete Felipillo –un indígena costeño cuya lealtad a Pizarro y posible resentimiento contra el dominio incaico hicieron de su traducción un factor decisivo en el malentendido–, **leyó el "requerimiento"**. Este discurso, que **exigía el reconocimiento del Dios cristiano y del rey de España, fue una afrenta insoportable para una divinidad sentada como Atawallpa. La arrogancia de la proclama, sumada a la acumulación de agravios, provocó la reacción final. El Inka, indignado, se puso de pie**.

Este gesto, aparentemente simple, fue catastrófico. **Abandonar la tiana y ponerse en movimiento era la señal ritual del pachakuti inminente. Era el anuncio de que la divinidad gobernante rompía el equilibrio y desataba su poder destructor.** Para los miles de soldados andinos presentes, no fue la carga de unos pocos jinetes y el estruendo de dos cañones lo que provocó el pánico y la huida desordenada. Fue el **terror sagrado ante la creencia de que su propio Inka, al levantarse, estaba a punto de provocar una "vuelta del mundo"** que arrasaría con todo a su alrededor. La derrota, en ese instante, fue consumada por su propio sistema de creencias.

La memoria de este desencuentro total, donde dos lógicas de mundo se mostraron irreconciliables, perdura no como un relato histórico lineal, sino como una representación dramática. En los carnavales bolivianos se escenifica "La tragedia del fin de Atawallpa", donde un elemento central subraya la esencia del conflicto: la incomunicación. Los actores que representan a españoles y andinos solo pueden hablar para su propio bando; cuando se dirigen al otro, lo hacen en silencio absoluto, solo con mimica. Esta puesta en escena capta la verdad última del encuentro: **no fue una batalla entre culturas que se comprendían y rivalizaban, sino el choque entre dos universos herméticos, donde los mensajes más cruciales jamás traspasaron la frontera de lo simbólico.** La conquista fue, en gran medida, la imposición violenta de un monólogo sobre el silencio malinterpretado de otro.

Nathan Wachtel – Los indios y la conquista española

El impacto de la conquista española sobre las sociedades indígenas de América constituye un proceso histórico de una profundidad y complejidad devastadoras. **Trascendiendo el mero hecho militar o político, la invasión europea representó un trauma multidimensional que desintegró universos civilizatorios completos, provocó una catástrofe demográfica sin precedentes y desató un prolongado y doloroso proceso de desestructuración y reintegración bajo un nuevo orden colonial.** La experiencia de los pueblos vencidos —los aztecas y los incas en los centros imperiales, así como las numerosas sociedades de las periferias— no fue homogénea, pero en todos los casos implicó un enfrentamiento con lo inconcebible, la imposición de una lógica extraña y la lucha por la supervivencia cultural.

La llegada de los europeos fue inicialmente percibida a través del prisma de las cosmovisiones indígenas, lo que generó interpretaciones que mezclaban el asombro, el temor religioso y la expectativa cósmica. En Mesoamérica, presagios y profecías parecían anunciar el fin de una era. La aparición de hombres blancos montados en criaturas de cuatro patas fue leída como un fenómeno sobrenatural. Moctezuma II recibió a Cortés en Tenochtitlán con un discurso que, según las fuentes nahuas, lo reconocía como un señor esperado, vinculando su llegada con antiguas tradiciones. En los Andes, los españoles fueron identificados inicialmente como viracochas, asociados al dios creador, debido a su aspecto extraño, sus armas de fuego y su dominio de animales desconocidos. Sin embargo, esta percepción inicial de divinidad o de mensajeros de un orden predestinado se desvaneció con rapidez ante la evidencia de la codicia, la brutalidad y la mortalidad de los invasores. El descubrimiento de su naturaleza humana no mitigó el trauma, sino que lo complejizó: se trataba de una intrusión sin precedentes que interrumpía violentamente el curso normal de la existencia.

La rapidez con la que imperios poderosos y altamente organizados como el azteca y el inca cayeron ante unos centenares de conquistadores no puede explicarse solo por la superioridad tecnológica europea. Las armas de acero, los caballos y los arcabuces tuvieron un impacto psicológico significativo, pero fueron factores complementarios. La clave residió en las profundas divisiones políticas internas de esos imperios. Tanto el dominio azteca como el inca se habían construido mediante conquistas sucesivas que habían subyugado a numerosos pueblos. Muchos de estos grupos vieron en la llegada de los españoles una oportunidad para liberarse del yugo opresor y revertir las jerarquías. Así, los ejércitos que acompañaron a Cortés y Pizarro estuvieron compuestos mayoritariamente por indígenas descontentos, cuyos números igualaron o superaron a los de los defensores aztecas e incas. La conquista fue, en gran medida, una guerra civil indígena catalizada y dirigida por los recién llegados.

Para las sociedades vencidas, la derrota tuvo una dimensión que excedía lo político y militar; fue una catástrofe cósmica y religiosa. Para los aztecas, pueblo elegido de Huitzilopochtli, el dios Sol de la guerra, la caída de Tenochtitlán significó el fin del reinado de su deidad tutelar. **Los dioses tradicionales parecían haber sido derrotados, sumiendo a la población en la desesperanza. En los Andes, el Inca no era solo un gobernante, sino una divinidad, hijo del Sol, mediador entre el mundo de los dioses y los hombres, y garante corpóreo de la armonía universal. Su captura y ejecución (la de Atahualpa y luego la de Túpac Amaru) representó la destrucción brutal de ese punto de referencia viviente, el colapso del orden cósmico.** La tierra misma parecía llorar la pérdida. Esta concepción religiosa del poder explica en parte la rapidez del derrumbe inicial: cuando la divinidad encarnada era apresada o muerta, el universo ordenado que garantizaba se hacía añicos.

El trauma más tangible y duradero fue el colapso demográfico. Las poblaciones amerindias sufrieron un hundimiento de proporciones catastróficas en las décadas siguientes al contacto. En la meseta central de México, algunas estimaciones sugieren una caída de alrededor de 25 millones de habitantes en 1519 a menos de 2 millones para 1580. En los Andes, una población estimada en 10 millones al momento de la invasión pudo haberse reducido a 1.5 millones hacia 1590. **La causa principal de esta hecatombe fueron las enfermedades del Viejo Mundo —viruela, sarampión, gripe, tifus— contra las cuales las poblaciones indígenas, aisladas durante milenios, carecían de defensas inmunológicas. Epidemias recurrentes barrieron el continente, a menudo precediendo o acompañando a los ejércitos conquistadores, quebrantando la resistencia y diezmanado a las comunidades.** Pero las enfermedades no fueron el único factor. A ellas se sumaron los efectos directos de la guerra, las exacciones laborales inhumanas, las migraciones forzosas (reducciones y congregaciones) y un profundo trauma social que se manifestó en suicidios, abortos y una caída en la tasa de natalidad. Las respuestas

indígenas recogidas en encuestas posteriores revelan una percepción aguda de la catástrofe. Algunas, sorprendentemente, atribuían la menor esperanza de vida a tener "más libertad" y menos trabajo que en la época incaica, lo que sugiere un sentimiento de vacío y desorientación ante la desaparición de las estructuras estatales y las normas comunitarias que otorgaban sentido a la existencia. El alcoholismo, prácticamente desconocido en las sociedades precolombinas salvo en contextos rituales muy regulados, se extendió como un síntoma dramático de esta desestructuración y anomia.

La imposición del dominio colonial no se limitó a reemplazar una élite gobernante por otra. Implicó una desintegración sistemática de las estructuras nativas, aunque los españoles, por pragmatismo, se apoyaron y reformaron muchas de ellas para sus propios fines, vaciándolas de su significado original. En los Andes, el sistema económico se basaba en la reciprocidad y la redistribución dentro de unidades familiares y étnicas (los ayllus). El estado inca había ampliado este principio a una escala imperial, estableciendo un sistema de trabajo colectivo (mit'a) y creando **"archipiélagos verticales" de colonias** (*mitmaq*) en distintos pisos ecológicos para garantizar el autoabastecimiento. La conquista fracturó este sistema coherente. Los archipiélagos organizados por el estado se desintegraron cuando los mitmaq regresaron a sus lugares de origen. **Las encomiendas españolas dividieron y repartieron estas unidades políticas y económicas cohesionadas entre diferentes dueños, ignorando las lógicas territoriales andinas de complementariedad ecológica.**

La introducción del tributo en especie y, sobre todo, en plata, transformó radicalmente la economía. A diferencia del sistema inca, donde las obligaciones se cumplían principalmente mediante trabajo, el tributo colonial exigía productos específicos y moneda. Esto **obligó a los indígenas a insertarse en una economía de mercado para la que no estaban preparados, teniendo que cultivar nuevos productos, trabajar como arrieros o, masivamente, enrolarse en las minas.** El caso de Potosí es emblemático. Durante la primera fase, los indígenas mantuvieron cierto control sobre el proceso productivo de la plata mediante el método de fundición tradicional (huayra), trabajando como obreros libres que pactaban la entrega de una cantidad fija de mineral. Sin embargo, la introducción del método de amalgama con mercurio por el virrey Toledo en la década de 1570 rompió este monopolio tecnológico nativo y consolidó un sistema de explotación masiva y control español.

Socialmente, la nobleza indígena fue cooptada para servir como intermediaria entre el nuevo poder y las comunidades, pero perdió la esencia de su autoridad tradicional. Al mismo tiempo, **se produjo una fragmentación y concentración del poder entre los curacas. Los señores de nivel intermedio, responsables de recaudar el tributo para los españoles, fortalecieron su posición a costa de los jefes locales de los ayllus**, quienes a menudo cayeron al nivel común. **En México, la hispanización de las estructuras políticas fue más rápida**, con la implantación de cabildos indígenas que gradualmente fueron reemplazando a la antigua nobleza (tlatoani). **En Perú, los curacas tendieron a mantener sus cargos por más tiempo**, fusionándose con las nuevas funciones de gobernador colonial.

En el plano religioso, la **"conquista espiritual"** buscó la erradicación sistemática de los cultos oficiales y la extirpación de idolatrías. Los templos fueron destruidos, los ídolos quemados y los sacerdotes perseguidos. **Sin embargo, el cristianismo impuesto convivió, no se fusionó, con las creencias nativas.** Estas sobrevivieron de forma fragmentaria, sincrética o clandestina. Los dioses locales (huacas en los Andes) siguieron siendo venerados en secreto, a menudo bajo la apariencia de santos cristianos o en lugares sagrados camuflados. **Los indígenas desarrollaron una visión dicotómica: el dios cristiano era el dios de los españoles, con jurisdicción sobre su mundo; sus propias deidades seguían siendo responsables de su protección y del orden de su universo.** Esta resistencia religiosa pasiva fue una forma de preservar la identidad.

La aculturación fue un proceso desigual y selectivo. **En la esfera material, los indígenas adoptaron algunos productos europeos (ganado, trigo, herramientas de hierro)** que ampliaron sus recursos, pero sin abandonar sus dietas y técnicas básicas. La hispanización fue más marcada entre la nobleza, que adoptó la vestimenta, el idioma y algunos símbolos de prestigio español (como montar a caballo), mientras que las masas campesinas **conservaron en gran medida las lenguas nativas, el vestido tradicional y la economía de subsistencia.** Figuras como el cronista indígena Guamán Poma de Ayala ilustran una síntesis intelectual compleja: aunque escribe en español y adopta formas cristianas, su pensamiento estructura el mundo colonial según las

categorías espaciales y temporales del Tawantinsuyu, invirtiendo el orden del universo para dar cuenta de la dominación española, pero manteniendo intacta la lógica de la quadripartición andina.

Mientras en los centros del antiguo imperio se desarrollaba esta dolorosa adaptación, **en las periferias —las "fronteras"— la resistencia indígena fue feroz y prolongada. En los Andes, el estado neoinka de Vilcabamba, fundado por Manco Inca, desafió el poder español durante décadas** desde las montañas inaccesibles al norte del Cuzco. Movimientos milenaristas como el Taki Onqoy ("enfermedad del baile") en la década de 1560 predicaron el rechazo total a lo español y la vuelta de los dioses nativos, prometiendo un pachakuti (vuelta del mundo) que barrería a los invasores. Fue un movimiento de reconversión religiosa y purificación que, aunque reprimido, mostró la profundidad del descontento.

En los límites del imperio, pueblos como los **chiriguanos** (en la frontera este de los Andes), los **mapuches** (al sur del río Bío-Bío en Chile) y los **chichimecas** (al norte de México) **presentaron una resistencia basada en su organización social menos centralizada y su economía nómada o seminómada**, que les hacía más difíciles de someter. Estos grupos no producían excedentes fácilmente apropiables y su movilidad les permitía eludir el control. Notablemente, **muchos de ellos se aculturaron selectivamente en el ámbito militar, adoptando el caballo y adaptando tácticas de guerra para enfrentar eficazmente a los españoles, en un proceso de retroalimentación que prolongó los conflictos durante siglos**. La frontera mapuche en Chile y la chichimeca en México se convirtieron en zonas de guerra crónica y caza de esclavos.

En conclusión, el período que siguió inmediatamente a la conquista fue de una desestructuración violenta y generalizada del mundo indígena a todo nivel: demográfico, económico, social, político y religioso. Sin embargo, no fue un proceso de aniquilación pura. Fragmentos de las viejas estructuras sobrevivieron, desgajados de su contexto original y transplantados al nuevo orden colonial. Sobre esta base de continuidad parcial, y a través de mecanismos de resistencia, sincretismo, adaptación selectiva y, en las fronteras, de lucha abierta, las sociedades nativas iniciaron un largo y tortuoso proceso de reintegración y reformulación de su identidad bajo la hegemonía española. **El conflicto entre la cultura dominante que buscaba imponer sus valores y la cultura dominada que luchaba por preservar los suyos, aunque transformados, definiría la historia de América Latina** y llega, con matices, hasta el presente. La "visión de los vencidos" no es solo la del colapso, sino también la de una resiliencia tenaz y una lucha continua por el sentido en un mundo fracturado.

Juan Carlos Garavaglia y Juan Marchena – Principales consecuencias del choque de la conquista

El impacto de la conquista europea en América Latina tuvo profundas y múltiples **consecuencias**, especialmente en los ámbitos **demográfico y ambiental**. Las sociedades indígenas experimentaron una **drástica reducción de su población**, un fenómeno que ha generado intensos debates entre los especialistas. La discusión sobre el tamaño de la población nativa antes de la llegada de los europeos es central, ya que las estimaciones varían considerablemente y afectan la interpretación del grado de desarrollo autónomo de estas sociedades. Por ejemplo, para el centro de México, cálculos como los de Cook y Borah sugieren una población de alrededor de 25 millones en 1519, que habría descendido a aproximadamente un millón en 1605. Aunque otras estimaciones, como las de William Sanders, proponen cifras iniciales menores, alrededor de 11,5 millones, el descenso demográfico sigue siendo catastrófico, con una reducción de **hasta el 90% en poco más de un siglo**. Este colapso no tiene muchos paralelos en la historia documentada de la humanidad.

La **dificultad para calcular la población prehispánica radica en los métodos utilizados**, como las listas de tributarios, que sólo registraban a los hombres cabeza de familia. Además, factores como la exclusión de campesinos dependientes de la nobleza indígena, la movilidad de la población y los desórdenes posteriores a la invasión complican cualquier estimación. A pesar de estas limitaciones, los datos disponibles para regiones como Perú, el actual Ecuador, Brasil y Paraguay confirman una **tendencia general de debacle demográfica durante el primer siglo y medio de contacto con los europeos**.

Las causas de este colapso son múltiples y suelen analizarse de manera interconectada. Inicialmente, la llamada **tesis «homicida»**, asociada a Bartolomé de las Casas, **atribuía el descenso a las matanzas, guerras y violencia sistemática**. Si bien estos factores fueron reales y recurrentes, por sí solos no explican la magnitud del fenómeno. Otra explicación es el **«desgano vital»**, es decir, la **pérdida de sentido del mundo indígena tras la conquista, lo**

que llevó a una disminución de uniones sexuales, un aumento del infanticidio e incluso casos de suicidio colectivo. Este estado anímico, marcado por la desesperanza, debilitó la voluntad de vivir y reproducirse.

El reordenamiento económico y social impuesto por los europeos también jugó un papel crucial. La introducción de **nuevos sistemas de trabajo, ajenos a los ritmos y valores indígenas, junto con cambios en la dieta y en el uso del suelo**, crearon condiciones de vulnerabilidad. Los **traslados forzados de poblaciones**, por ejemplo, de tierras frías a zonas cálidas, tuvieron consecuencias desastrosas para la salud. Sin embargo, **las epidemias aparecen como una de las causas directas más importantes**. Enfermedades como la viruela, el sarampión, la malaria y la fiebre amarilla, desconocidas en el continente americano, causaron estragos. La primera epidemia de viruela en 1520, por ejemplo, se extendió desde el Caribe hasta México y Perú, diezmando poblaciones incluso antes de la llegada de algunos conquistadores, como en el caso del Inca Huayna Cápac.

La virulencia de estas epidemias se vio potenciada por el estado de debilidad física y anímica de las poblaciones indígenas. Aunque la relación directa entre malnutrición y susceptibilidad a enfermedades como la viruela es compleja, factores como el agotamiento por el trabajo forzado, la dieta empobrecida y las condiciones de vida insalubres crearon un terreno fértil para la propagación y letalidad de los patógenos. Además, la homogeneidad genética de las poblaciones amerindias, aisladas durante milenios del resto del mundo, pudo haber contribuido a la **falta de defensas inmunológicas frente a estos nuevos agentes patógenos**.

En conjunto, estos elementos formaron una **cadena causal que aceleró el descenso poblacional**: ritmos de trabajo extenuantes, dieta deteriorada, epidemias recurrentes y un contexto general de violencia y desesperanza. Cada factor reforzaba a los otros, creando un **círculo «vicioso» difícil de romper**. En la mayoría de estas sociedades, que funcionaban bajo un esquema demográfico de «sistema abierto», cada impacto negativo retroalimentaba la continua caída de la población.

Junto al drama demográfico, **la conquista también tuvo consecuencias ambientales profundas**, que alteraron paisajes y ecosistemas enteros. Un ejemplo emblemático es el **valle del Mezquital, en México**. Antes de la llegada de los europeos, esta zona estaba densamente poblada y contaba con un complejo sistema agrícola de irrigación, bosques y pastizales integrados en un mosaico de ecosistemas humanizados. Sin embargo, **la introducción masiva de ganado ovino por parte de los españoles transformó radicalmente el paisaje**. La conversión de la tierra en pasturas para ovejas, combinada con el colapso de la población indígena y las alteraciones ecológicas derivadas de la expansión ganadera, llevó a una severa degradación. **El valle se convirtió en un semidesierto de matorrales, con bosques deforestados y suelos erosionados**, un paisaje que hoy se considera «típico» de la región pero que es, en realidad, resultado de una ruptura del equilibrio ecológico preexistente.

El valle de México ofrece otro caso de transformación ambiental drástica. Antes de la conquista, **era una cuenca lacustre con una alta densidad poblacional y un sofisticado sistema de agricultura en chinampas**, o «jardines flotantes». Estas islas artificiales, construidas en los lagos, permitían una agricultura intensiva y altamente productiva, sustentando a grandes ciudades como Tenochtitlan, que pudo albergar hasta 200.000 habitantes. Los cronistas españoles del siglo XVI, como Bernal Díaz del Castillo, describieron con admiración la compleja red de calzadas, canales y chinampas que integraba la ciudad con su entorno acuático.

Sin embargo, la actitud de los conquistadores hacia este sistema fue radicalmente opuesta a la de sus habitantes originales. **En lugar de convivir con el agua, emprendieron una lucha sistemática para desecar los lagos. Destruyeron infraestructuras prehispánicas, como calzadas y canales**, y avanzaron con proyectos de drenaje, como el «desagüe de Huehuetoca», que se prolongó por siglos y consumió la vida de miles de indígenas en trabajos forzados. Este proceso de desecación tuvo consecuencias devastadoras: **las chinampas perdieron su fuente de agua, los recursos lacustres (peces, anfibios, aves y plantas acuáticas) se agotaron, empobreciendo la dieta indígena, y las tierras expuestas se convirtieron en fuentes de polvo y tolvaneras que afectaron la calidad del aire y la salud**.

Además, la **deforestación de las laderas montañosas para obtener madera y leña**, junto con la introducción de **técnicas agrícolas europeas inadecuadas para el terreno, aceleró la erosión y alteró el ciclo hidrológico**. El valle pasó de ser un sistema lacustre productivo a una cuenca seca y contaminada, un ejemplo claro del impacto ambiental negativo de la conquista.

No todos los cambios ambientales, sin embargo, fueron uniformemente negativos. **El valle de Atlixco**, en la región poblana, muestra un **caso de adaptación y transformación con resultados mixtos**. Antes de la llegada de los españoles, este valle tenía un sistema de irrigación desarrollado y una vegetación tropical. Los invasores **talaron los bosques y expandieron el cultivo de trigo, combinando conocimientos hidráulicos de origen musulmán con técnicas prehispánicas** y utilizando mano de obra indígena mediante el sistema de repartimientos. Así, el valle **se convirtió en el granero triguero de la Nueva España** durante el siglo XVI.

Para el siglo XVIII, el valle mostraba signos de estancamiento productivo y tensión ecológica, con bosques en retroceso y pastizales en equilibrio inestable. Sin embargo, el paisaje resultante era una mezcla de elementos indígenas y europeos, con una agricultura que combinaba trigo, maíz, frijol y ganado. Aunque muchas comunidades indígenas perdieron sus tierras y aguas, algunas lograron adaptarse e incorporar el cultivo de trigo a sus economías. Este caso ilustra la complejidad de las interacciones ambientales, donde **la colonización no solo trajo destrucción, sino también reconfiguraciones que, en algunos contextos, generaron sistemas agropecuarios viables, aunque desiguales**.

En síntesis, **la conquista europea desencadenó un doble proceso de catástrofe demográfica y transformación ambiental** en América Latina. La población indígena colapsó debido a una combinación letal de violencia, explotación, epidemias y trauma cultural. Simultáneamente, los ecosistemas fueron alterados profundamente, a menudo degradados, como en el Mezquital y el valle de México, pero también reconvertidos, como en Atlixco. Estos cambios no fueron meros efectos colaterales, sino componentes centrales de un proyecto colonial que reconfiguró radicalmente las sociedades y los paisajes del continente. La historia de este choque sigue siendo un recordatorio de la fragilidad de los equilibrios demográficos y ecológicos, y de las consecuencias duraderas de los encuentros entre mundos previamente separados.

Charles Mann – La excepción de la sífilis

El intercambio biológico desatado por la conquista europea de América fue profundamente asimétrico. Mientras las enfermedades del Viejo Mundo causaron una catástrofe demográfica entre las poblaciones indígenas, la posible transmisión de patógenos en sentido contrario ha sido objeto de intenso debate, centrado principalmente en una candidata: la sífilis. La discusión sobre su origen ilustra no solo las complejidades de la investigación histórica y médica, sino también los desequilibrios fundamentales en el impacto biológico del encuentro entre continentes.

La sífilis es una enfermedad causada por la bacteria **Treponema pallidum**, que se manifiesta en varias formas con distinta gravedad. La forma venérea, la más temida, se transmite principalmente por contacto sexual y puede causar graves daños a largo plazo en corazón, huesos y sistema nervioso, llevando a menudo a la muerte. **La primera epidemia europea de esta enfermedad documentada de manera clara estalló entre 1494 y 1495, en el contexto de la invasión francesa de Nápoles liderada por Carlos VIII.** El ejército mercenario del rey, compuesto por hombres de diversos orígenes, se dispersó tras su retirada, propagando rápidamente la enfermedad por Italia y luego por el resto de Europa. **La cronología de este brote, tan cercana al primer viaje de Colón en 1492, llevó a muchos a especular sobre un origen americano de la enfermedad.**

Los argumentos a favor de esta teoría son varios. En primer lugar, **la virulencia extrema de la sífilis en sus primeras apariciones europeas sugiere el impacto de un patógeno nuevo para una población sin inmunidad previa**. Las descripciones de la época hablan de síntomas horribles, con pústulas grandes y dolorosas, y una mortalidad elevada. Según la teoría evolutiva, las cepas de una enfermedad suelen atenuar su letalidad con el tiempo, ya que las versiones más agresivas matan a sus huéspedes demasiado rápido para diseminarse de manera óptima. Por lo tanto, **la ferocidad inicial de la sífilis en Europa se ajusta al patrón de una enfermedad recién introducida**.

En segundo lugar, **existen testimonios contemporáneos que vinculan la enfermedad con el Nuevo Mundo**. El médico español Ruiz Díaz de Isla afirmó en 1539 que la sífilis se originó en la isla de La Española y que incluso **trató a miembros de la tripulación del primer viaje de Colón que la padecían**, incluyendo al capitán de La Pinta. Este testimonio fue recogido por figuras como Bartolomé de las Casas, quien también relacionó la llegada de la enfermedad con los viajes transatlánticos.

La tercera línea de evidencia proviene de la paleopatología. **Estudios de esqueletos precolombinos en Norteamérica y Ecuador han revelado lesiones óseas características de la sífilis en un porcentaje significativo de los restos, a veces datados hasta dos mil años atrás**. Investigaciones en la República Dominicana (la antigua

Hispaniola) también han encontrado una alta prevalencia de la enfermedad antes del contacto europeo. Esto sugiere que la treponematosis, en alguna de sus formas, era endémica en el continente americano mucho antes de 1492 y pudo haber evolucionado en la región de la Meseta de Colorado.

Sin embargo, **la teoría del origen americano enfrenta serios contraargumentos**. Algunos investigadores señalan la **existencia de esqueletos europeos medievales, particularmente en Gran Bretaña, que muestran lesiones óseas compatibles con la sífilis**. Esto indicaría que la bacteria ya estaba presente en el Viejo Mundo antes de los viajes de Colón. Además, se ha propuesto que **la epidemia de 1495 podría no reflejar la introducción de un patógeno nuevo, sino un cambio en la identificación de una enfermedad antigua**. Antes de ese año, **los síntomas similares a los de la sífilis podrían haberse confundido con los de la lepra** (Enfermedad de Hansen). De hecho, ambas dolencias se describían de manera parecida y se trataban con mercurio. El cierre de leprosarios ordenado por el papa en 1490, que devolvió a los enfermos a sus comunidades, pudo haber facilitado la propagación y el reconocimiento de lo que era en realidad sífilis.

Existe también un contraargumento de índole más psicológica o historiográfica. Algunos estudiosos, como el historiador Alfred Crosby, admiten que **inicialmente se sintieron atraídos por la teoría del origen americano movidos por una búsqueda de simetría**. Parecía insatisfactorio que tantas enfermedades devastadoras hubieran cruzado el Atlántico de este a oeste, causando una hecatombe, sin que hubiera un flujo inverso significativo. **La sífilis aparecía así como una posible "venganza de Moctezuma"**, un contrapeso biológico a la viruela. Sin embargo, Crosby y otros han reflexionado posteriormente sobre el error de buscar este tipo de equilibrio epidemiológico. Las realidades biológicas y ecológicas no obedecen a un sentido de justicia histórica o simetría geográfica.

Más allá del debate sobre su origen, lo que resulta indiscutible es la asimetría en el impacto histórico de los intercambios de enfermedades. Incluso si se aceptara que la sífilis era un patógeno americano que llegó a Europa, su efecto no es comparable al de las enfermedades euroasiáticas en el Nuevo Mundo. La sífilis, aunque terrible, es una enfermedad de transmisión predominantemente sexual, con una diseminación más lenta y que no causa epidemias explosivas que diezman poblaciones enteras en poco tiempo. **En contraste, la viruela, el sarampión, la gripe y otras enfermedades del Viejo Mundo se transmitían por vía aérea o por vectores rápidos, encontrando en América poblaciones sin ninguna resistencia inmunológica. El resultado fue un colapso demográfico de proporciones catastróficas, que alteró irreversiblemente el destino de continentes e imperios.**

La viruela, en particular, demostró ser un agente histórico de primer orden. Su capacidad de propagarse con rapidez, mucho antes de que los propios europeos llegaran a muchas regiones, **allanó el camino para la conquista y diezmó sociedades complejas**. A diferencia de la sífilis, no requería un contacto íntimo; un solo portador podía, sin saberlo, desencadenar una epidemia que se extendía de comunidad en comunidad. Así, **mientras la sífilis causó sufrimiento y muerte en Europa, no tuvo el poder de derrumbar estructuras sociales a gran escala ni de empujar pueblos a la extinción, como sí lo tuvieron las enfermedades llevadas a América**.

Juan Carlos Garavaglia y Juan Marchena – El mundo americano frente a la conquista

Tras la fase violenta inicial de la conquista, el orden colonial que emergió en América fue el resultado de un complejo y siempre inestable entramado de pactos, alianzas y acuerdos forzados. Estos involucraron a diversos actores: los primeros conquistadores, divididos por ambiciones conflictivas; los señores étnicos indígenas, insertos en redes de parentesco y poder preexistente; las familias imperiales destronadas y fragmentadas; y los todavía débiles representantes de la Corona española. **La coerción y la violencia fueron el lenguaje común de estas negociaciones, estableciendo las bases de una dominación específicamente colonial que marcaría el futuro del continente.**

★Los primeros conquistadores, imbuidos de una mentalidad señorial castellana, consideraban sus privilegios y potestades como derechos inalienables, ganados por la espada en una guerra justa contra los señores naturales de la tierra. Las alianzas que establecieron con las autoridades indígenas fueron cruciales para consolidar su dominio inicial y asegurar el flujo de mano de obra y tributos. Sin embargo, esta estructura de poder, que parecía transplantar el feudalismo al Nuevo Mundo, pronto generó tensiones con la monarquía. La Corona, preocupada por la autonomía de estos nuevos señores y por el vasallaje que estos ejercían directamente sobre los indígenas, emprendió una política sistemática para fracturar su poder. Aprovechó las

rencillas internas entre las facciones de conquistadores, los dispersó geográficamente y, sobre todo, **fomentó la llegada de "nuevos pobladores"**.

Estos recién llegados, a menudo de estatus social más elevado en la Península y con fuertes vínculos con las autoridades metropolitanas, poseían una visión radicalmente diferente del mundo americano. No sentían obligación alguna de honrar los pactos establecidos por los "viejos" conquistadores con los señores indígenas. Para ellos, **esas alianzas eran obstáculos para un dominio absoluto** sobre la tierra, la mano de obra y los recursos. **Su objetivo era despojar a los primeros conquistadores de sus bienes y privilegios**, presentándose ante la Corona como vasallos leales y obedientes, en contraste con la desobediencia de los antiguos.

Frente a este conflicto entre "viejos" y "nuevos", la Corona maniobró para mantener el control. Aunque en ocasiones intentó contener el poder de los particulares, generalmente se vio obligada a transigir, entregando prerrogativas administrativas y de gobierno local a cambio de asegurar el flujo de plata hacia las arcas reales y la paz en los territorios. El resultado fue un **orden colonial que respondía más a los intereses de estos grupos locales de poder que a un control estatal centralizado y eficaz**. Enviados enérgicos como el virrey Francisco de Toledo en Perú intentaron reorganizar este mundo casi ingobernable desde la metrópoli, pero tuvieron que consolidar su autoridad reconociendo y aceptando muchas de las realidades creadas por estos poderes fácticos.

☆Para la **población indígena**, esta dinámica significó un empeoramiento de su ya precaria situación. Las primeras alianzas, que habían ofrecido ciertos márgenes de autoridad y prestigio a los señores étnicos, se diluyeron. Los "nuevos pobladores" y los funcionarios reales no tenían interés en respetar la autoridad de los curacas o caciques, a los que veían como competidores por el control de la mano de obra y la producción. La legislación india, teóricamente protectora, se aplicó de manera coercitiva y arbitraria por estos mismos poderes locales, sirviendo como instrumento de dominación y despojo.

Los señores indígenas se vieron atrapados en una disyuntiva dramática. Algunos optaron por adaptarse y "españolizarse", colaborando con el régimen colonial para mantener un espejismo de autoridad y clase. La figura del curaca fue formalmente integrada en la administración colonial, muchas veces como alcalde de indios o intermediario forzoso, responsable de asegurar el pago del tributo, el reclutamiento de mitayos para las minas y la compra obligatoria de mercancías. Desde esta posición ambigua, algunos lograron cierta prosperidad e incluso influencia, manejándose en los intersticios del sistema. Otros, sin embargo, encabezaron la resistencia, sintiendo que sus derechos eran violados y su honor mancillado, viendo cómo sus tierras e indios eran repartidos entre los recién llegados. En los Andes, esta insumisión se expresó como una respuesta de los Apus (dioses de la tierra) contra los Súpays (demonios) encarnados en los invasores.

☆La conquista generó también una compleja progenie: los mestizos, hijos de la guerra. **Para los primeros conquistadores, establecer una "Casa Poblada" al estilo castellano, con tierra, vasallos y una amplia descendencia, era el ideal de perpetuación**. Reconocieron a sus hijos, tanto legítimos como naturales, muchos de ellos fruto de uniones con mujeres de la nobleza indígena. Así surgió una primera generación de **mestizos** que se consideraban **herederos naturales de los bienes y honores de sus padres, así como del linaje y prestigio de sus madres**.

Pero este universo de expectativas se derrumbó rápidamente. **Bajo la presión de los "nuevos pobladores" y con la activa complicidad de la Corona, las encomiendas y propiedades de los primeros conquistadores fueron sistemáticamente arrebatadas a sus herederos mestizos**. Para la década de 1560, solo un tercio de los conquistadores originales había logrado legar sus bienes. **Los mestizos se vieron despojados, estigmatizados por su condición y relegados por los recién llegados, a quienes acusaban de ser la causa de la ruina de su "patria" americana**. Desarrollaron una fuerte identidad como grupo, hermanados por su condición de hijos de conquistadores, por su raza mestiza y por su tierra natal (el Perú, la Nueva España), que comenzaban a sentir como patria distinta de España.

Su descontento se expresó en reclamos legales, en quejas por la corrupción de los funcionarios virreinales y, en casos extremos, en conspiraciones y sublevaciones, como la de los hermanos Ávila en México o la implicación

de mestizos en la rebelión de Gonzalo Pizarro en Perú. **Las autoridades coloniales vivieron atemorizadas por el "peligro de la sublevación mestiza", especialmente por una posible alianza con las masas indígenas descontentas.** Sin embargo, la relación de los mestizos con los indígenas comunes era ambivalente. Aunque se sentían vinculados por sangre a la nobleza nativa, **tendían a ver al pueblo llano indígena con los ojos de su herencia señorial, como vasallos naturales por derecho de conquista.** Finalmente, la represión se desató. Muchos mestizos prominentes fueron encarcelados, torturados, desterrados a otras regiones o enviados a España, en un intento por descabezar a esta incómoda élite frustrada.

Las mujeres mestizas, hijas de conquistadores, jugaron un papel crucial en las estrategias de supervivencia del grupo. Muchas fueron obligadas a matrimonios endogámicos para preservar los patrimonios familiares, a menudo formados por tierras heredadas de sus madres indígenas. Otras, viudas por las guerras civiles, fueron casadas a la fuerza con "nuevos" llegados de España, transfiriendo así propiedades a manos ajenas. Un destino común para muchas fue el encierro en conventos, convertidos en depósitos para mujeres de la élite sin opción matrimonial.

Paralelamente a estas luchas internas del mundo colonial, se desarrollaba un proceso profundo de aculturación y resistencia en el seno de las sociedades indígenas. La catastrófica debacle demográfica fue acompañada por un **asalto sistemático a sus estructuras culturales y espirituales.** La evangelización forzada fue el vehículo principal de esta transformación, imponiendo una nueva cosmovisión y ritos. Sin embargo, la respuesta indígena fue compleja y multifacética.

Frente a la imposición del cristianismo, una de las formas de resistencia más significativas fue el retorno clandestino a los antiguos cultos, fenómeno que estalló con fuerza a partir de las décadas de 1550 y 1560. En los Andes, se conoció como el retorno de las Huacas (dioses locales); en México, surgieron movimientos milenaristas que anuncianaban el regreso de deidades vengadoras. **Las autoridades coloniales respondieron con las llamadas "campañas de extirpación de idolatrías", una represión sistemática y brutal contra cualquier rastro de religión prehispánica,** destruyendo objetos de culto y persiguiendo a las antiguas castas sacerdotales.

Los caciques y curacas se encontraron en el centro de esta tormenta. Para algunos, su autoridad se basaba precisamente en su rol religioso tradicional, lo que los convertía en núcleos de resistencia. Su eliminación física o su sustitución por autoridades más dóciles fue una consecuencia común. Para otros, la colaboración con los doctrineros y corregidores los transformó en agentes de aculturación y opresión dentro de sus propias comunidades.

La resistencia adquirió también formas pasivas y de adaptación creativa. Los indígenas aprendieron pronto a utilizar las herramientas del sistema colonial, como los pleitos judiciales, para defender sus intereses. Aparentaron aceptar el cristianismo mientras mantenían sus creencias en la clandestinidad, generando un sincretismo religioso donde los dioses antiguos se escondían tras los santos católicos. Las reducciones o congregaciones, pueblos forzados donde se concentraba a la población dispersa para un mejor control, aunque fracturaron los patrones tradicionales de asentamiento y reciprocidad, no lograron erradicar por completo las estructuras comunitarias. Los viejos patrones se reconstruyeron utilizando jirones de los ayllus o calpullis y adaptando incluso el modelo de familia occidental impuesto por los frailes.

Un caso emblemático de resistencia milenarista fue el Taki Onqoy (enfermedad del canto) en la sierra central peruana en la década de 1560. Este movimiento, **más que un llamado a las armas, fue una revuelta espiritual.** **Sus seguidores, en trances colectivos, anunciaban el inminente regreso de las Huacas, que destruirían a los dioses cristianos y ahogarían a los españoles en un diluvio, dando inicio a una nueva era.** Solo aquellos indígenas que se hubieran mantenido puros, rechazando el bautismo y todo contacto con lo español, sobrevivirían. La represión, dirigida por Cristóbal de Albornoz, fue feroz y coincidió con la **captura y ejecución del último Inca de Vilcabamba, Túpac Amaru, en 1572.** Este doble golpe **marcó simbólicamente el fin del mundo prehispánico como proyecto político y religioso abierto,** forzando a la resistencia a adoptar formas más sutiles y encubiertas.

Más allá de los núcleos centrales de México y Perú, vastas regiones del continente permanecieron como fronteras en disputa durante siglos. En el norte de Nueva España, la zona conocida como la Gran Chichimeca se convirtió en un escenario de guerra crónica. Grupos nómadas como los chichimecas, hábiles guerreros que pronto adoptaron el caballo y las tácticas españolas, hostigaron continuamente el Camino de la Plata que unía Zacatecas con la capital, asaltando caravanas y minas. Los españoles respondieron con una guerra de exterminio y

esclavitud, pero la frontera solo se pacificó muy lentamente, a través de un proceso de colonización con indígenas ya aculturados y el surgimiento de una sociedad fronteriza violenta, donde cazadores de esclavos y aventureros mestizos hicieron su fortuna.

En los confines orientales de los Andes, frente a la selva, pueblos como los chiriguanos mantuvieron una feroz resistencia. Aprovechando su conocimiento del terreno y tácticas de guerrilla, diezmaron expediciones punitivas españolas, como la encabezada por el propio virrey Toledo, y llegaron a amenazar las cercanías de Potosí. La frontera chiriguana se transformó en una zona de intercambios ambiguos, con períodos de comercio (incluyendo la venta de esclavos capturados a otros pueblos) seguidos de nuevos estallidos de violencia.

En el sur, la frontera mapuche en Chile se estabilizó alrededor del río Bío-Bío, tras décadas de guerra brutal. Los mapuches (araucanos) demostraron una capacidad militar excepcional, adoptando la equitación y mejorando su armamento. Sus "malocas" (incursiones) mantuvieron en vilo a la colonia, que llegó a ser conocida en España como el "Flandés indiano". Esta guerra intermitente, cantada en La Araucana de Ercilla, forjó una sociedad fronteriza marcada por la violencia, el cautiverio y figuras como los cazadores de indios, definiendo la identidad chilena por siglos.

En síntesis, el mundo americano tras la conquista fue un escenario de sometimiento, pero también de una resistencia multifacética y tenaz. El orden colonial se construyó sobre alianzas rotas y conflictos entre los propios españoles, generando una élite mestiza frustrada y desposeída. Las sociedades indígenas, aunque devastadas demográfica y culturalmente, desplegaron una asombrosa capacidad de adaptación y resistencia, desde la rebelión armada hasta la preservación clandestina de sus universos simbólicos. La colonización no logró homogeneizar el continente; por el contrario, produjo un mosaico de fronteras culturales y geográficas donde el dominio nunca fue total y el conflicto fue una condición permanente. Este complejo entramado de pactos, despojos, aculturación y rebelión constituye la verdadera textura de la América colonial en su primer siglo.

Thierry Saignes – Las zonas conflictivas: fronteras iniciales de guerra

La historia colonial iberoamericana puede entenderse como el desplazamiento progresivo de una zona conflictiva, un espacio de conquista y poblamiento que avanzó desde las islas y las costas hacia el interior continental. A diferencia del concepto europeo de frontera como línea divisoria entre áreas densamente pobladas, en América la frontera emerge como un espacio libre y sociológico, definido por la interacción entre sociedades nativas independientes y una población heterogénea compuesta por europeos, mestizos e indígenas. Este proceso no fue uniforme; respondió a dinámicas geopolíticas, económicas y culturales que variaron según la región.

Desde el siglo XVI, la expansión ibérica no buscaba únicamente la dominación territorial total, sino principalmente la obtención de riquezas como oro, metales y productos preciosos. En esta búsqueda, los sueños y mitos europeos—como El Dorado o las Amazonas—se fusionaron con imaginarios indígenas, generando poderosos motores de movilización que llevaron a numerosas expediciones, muchas de ellas fracasadas. Estas incursiones estaban marcadas por un carácter privado y empresarial, basado en capitulaciones con la Corona, donde los jefes expedicionarios asumían los costos y riesgos a cambio de privilegios señoriales. Este modelo, heredado de la Reconquista, fomentó una expansión desordenada, violenta y centrada en la extracción inmediata, con escaso control estatal en sus primeras etapas.

Las zonas conflictivas se desarrollaron en regiones periféricas donde las sociedades nativas carecían de estructuras estatales centralizadas. Estas etnias, fragmentadas en unidades locales autónomas, mantenían una organización sociopolítica basada en la igualdad interna y la guerra como mecanismo de cohesión y defensa. La hostilidad entre grupos era constante, alimentada por ciclos de venganza, disputas por recursos y rivalidades internas. Los europeos supieron aprovechar estas divisiones, reclutando aliados indígenas para sus campañas, aunque estas alianzas solían ser temporales e interesadas.

La guerra en estas fronteras presentaba características distintivas. Para los grupos nativos, el combate tenía un sentido ritual y simbólico; buscaban botín, prestigio y cautivos, no necesariamente la ocupación territorial. Sus tácticas se basaban en asaltos frontales y masivos, con poca planificación a largo plazo. Los europeos, en cambio, introdujeron estrategias de desgaste, como la destrucción de cultivos y bases de abastecimiento, el uso del terror y la guerra de guerrillas. A pesar de la ventaja tecnológica inicial—caballos, armas de fuego—los indígenas pronto adaptaron sus métodos, domesticaron caballos y resistieron con eficacia.

Tres grandes fronteras de guerra ejemplifican la diversidad de estos procesos: la chichimeca en el norte de México, la oriental de los Andes y la araucana en el sur de Chile. Cada una tuvo ritmos y resultados diferentes, influidos por factores geográficos, demográficos y por la herencia prehispánica.

En el norte de México, la frontera chichimeca surgió tras la conquista de los imperios centrales. Grupos nómadas o seminómadas, como guachichiles y zacatecos, resistieron la expansión minera y ganadera española. La Guerra del Mixtón (1540-1542) mostró la capacidad de rebelión organizada, con un fuerte componente religioso de rechazo al cristianismo. **Aunque la represión fue dura, la pacificación definitiva llegó solo tras décadas de conflicto, mediante una combinación de guerra, diplomacia, regalos y reubicación de pueblos aliados.** La fundación de presidios y la mezcla poblacional gradual permitieron una estabilización relativa, aunque la frontera se desplazó hacia el norte con cada nuevo ciclo extractivo.

Al este de los Andes, la situación fue más compleja. La zona, que abarcaba desde Ecuador hasta Bolivia, era un espacio de encuentro entre la selva amazónica, el Chaco y las estribaciones andinas. Expediciones españolas penetraron en busca de oro y el mito de El Dorado, pero enfrentaron la resistencia de grupos como los jíbaros, chunchos y chiriguanos. La herencia incaica era ambivalente: mientras el Imperio Inca había intentado controlar ciertos sectores, su dominio era limitado y la región estaba fragmentada en numerosas etnias independientes. Los españoles heredaron este escenario de rivalidades, pero no lograron consolidar una presencia estable. Muchas expediciones terminaron en fracaso, y la frontera colonial retrocedió en varias áreas, especialmente tras la resistencia de grupos como los chiriguanos, que combinaban tácticas de guerrilla con alianzas variables. La fundación de Santa Cruz de la Sierra (1561) fue un enclave aislado, sostenido por alianzas con guaraníes, pero incapaz de asegurar el control territorial amplio.

En el sur de Chile, la frontera araucana se caracterizó por una resistencia mapuche prolongada y exitosa. Tras la muerte de Valdivia (1553), los mapuches adaptaron sus tácticas, adoptaron el caballo y mantuvieron una guerra defensiva que frustró los intentos españoles de avance. La sociedad mapuche, organizada en unidades locales autónomas pero capaces de coaliciones temporales, mostró una gran resiliencia. A pesar de campañas militares españolas y la fundación de fuertes, la frontera se estabilizó alrededor del río Biobío, sin que la colonización lograra someter el territorio al sur de este límite. **La guerra devino en un conflicto crónico, con ciclos de incursiones, captura de esclavos y una progresiva mestización cultural y biológica en la zona de contacto.**

A mediados del siglo XVI, la Corona intentó regularizar la conquista, sustituyendo la figura del conquistador por la del poblador e incrementando la intervención estatal. Sin embargo, en las fronteras persistió un ambiente de violencia y arbitrariedad, donde la captura de esclavos se convirtió en un móvil económico central, generando ciclos de violencia difíciles de romper. La mestización—fruto del contacto intenso y a menudo forzado—generó poblaciones híbridas que ocuparon un lugar ambiguo entre ambos mundos. Estos mestizos fronterizos, a menudo marginalizados, actuaron como intermediarios, aliándose tanto con indígenas como con españoles según la conveniencia, y contribuyendo a mantener la inestabilidad de las periferias.

Hacia finales del siglo XVI, el balance era desigual: en el norte de México se logró una pacificación relativa, aunque la frontera siguió desplazándose; al este de los Andes predominó el retroceso colonial; y en Chile se instauró un estancamiento militar duradero. Estas zonas conflictivas funcionaron como válvulas de escape para las tensiones del centro colonial—acogiendo a desplazados, aventureros y fracasados—pero también como espacios donde se reinventaron formas de guerra, resistencia e intercambio.

Las fronteras americanas no fueron meras líneas de separación, sino territorios vivos de interacción, conflicto y negociación. En ellas, sociedades sin Estado enfrentaron a un imperio en expansión, y aunque el poder colonial buscó integrarlas, muchas conservaron una autonomía sustancial durante siglos. Estos espacios periféricos, lejos de ser meros apéndices del sistema colonial, fueron escenarios centrales donde se definieron dinámicas de poder, identidad y resistencia que marcaron profundamente la historia de América Latina.

Trabajo Práctico N°7: los pueblos nativos de los actuales territorios centro-septentrionales argentinos (Primera Parte)

Texto 1: Las aldeas. Albeck, María Ester (2000). "La vida agraria en los Andes del sur". En: Miriam Tarragó (Dir.). Nueva Historia Argentina, tomo I, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, pp. 187 228 (selección).

Guía de lectura:

1) ¿Cuándo se instalaron las primeras aldeas en los Andes del Sur?

Las primeras aldeas en los Andes del sur se instalaron entre los siglos X y VI antes de Cristo (a.C.). Este estilo de vida, caracterizado por una economía agropastoril plena y evidencia estable, perduró por más de 2000 años.

2) ¿Cuáles son las principales unidades ambientales en los Andes del Sur?

El Noroeste argentino, que conforma un variado mosaico de espacios elevados y áreas bajas, y ambientes húmedos y semiáridos, se divide en las siguientes principales unidades ambientales para este sector de los Andes del sur: la Puna, los valles, la selva (como las yungas tucumanas y salto-jujeñas) y la región cuyana.

3) Describe el patrón de asentamiento y subsistencia de esta etapa.

- Patrón de Subsistencia: La base económica fue agropastoril mixta. La vida agraria se organizó en torno a la producción de alimentos vegetales (plantas cultivadas) y la cría y aprovechamiento de los camélidos andinos, siendo la llama la principal. Las prácticas de caza y recolección solo cumplieron un rol secundario en la subsistencia, aunque no fueron desatendidas.

- Patrón de Asentamiento: Las aldeas presentaban dos tipos de instalación, ajustándose a los espacios residenciales y productivos vinculados a la subsistencia:

 - Disperso: El más común, donde cada vivienda estaba rodeada por sus terrenos de cultivo.

 - Concentrado: Menos frecuente, con las viviendas agrupadas formando un pequeño poblado.

- Viviendas: La vivienda dominante era de planta circular o elíptica, siendo raras las de planta irregular o rectangular. Cada núcleo doméstico podía tener uno o varios recintos asociados, a veces con un patio.

- Agricultura: Las áreas agrícolas, con construcciones como los canchones (cuadrangulares o irregulares limitados por paredes de piedra), se ubicaban principalmente en las llanuras aluviales para aprovechar el riego

4) ¿Qué tecnologías se desarrollaron en los Andes del Sur?

Con la residencia estable y la economía agropastoril que permitía la acumulación de excedentes, se hizo común el uso de tecnologías que eran inéditas hasta ese momento:

1. La cerámica (alfarería).

2. La textilería, que incluía el uso del telar para telas y mantas.

3. La metalurgia, la cual se caracterizó por ser un proceso productivo de gran complejidad

5) En relación con la cerámica: ¿para qué fines se utilizó? y ¿cuáles fueron los aspectos más recurrentes entre las diferentes sociedades aldeanas?

- Fines/Usos: La cerámica fue esencialmente práctica. Se utilizó para la fabricación de recipientes de cocina (ollas), vasijas para almacenamiento y para el transporte de líquidos. Formas como jarros y cuencos pequeños se usaron en el consumo de alimentos. También se utilizó con fines simbólicos (modelado de figuras antropomorfas o zoomorfas) y para la elaboración de moldes y crisoles usados en la metalurgia.

- Aspectos recurrentes: A pesar de la variabilidad entre sociedades, existió una notable recurrencia de formas y técnicas. Un rasgo ubicuo fue la fabricación de cerámica pulida de tonalidades grises a negras, aunque también existió en tonos beige y rojo. Las técnicas decorativas más comunes incluían las incisiones con motivos geométricos, el pulido en líneas y la decoración con pasta aplicada al pastillaje.

6) ¿Por qué razón se conoce de manera incompleta a la textilería?

Se conoce de manera incompleta debido a la naturaleza perecedera de la materia prima utilizada, que era la fibra de la llama y la vicuña. Estos materiales (telas y mantas) no se han conservado bien en la mayor parte de los contextos funerarios aldeanos del Noroeste argentino.

7) ¿Por qué el proceso metalúrgico es indicador de complejidad social?

La metalurgia fue la tecnología más compleja desarrollada por las sociedades aldeanas andinas. Indicaba complejidad social por las siguientes razones:

- Requerimiento de Calificación: Implicaba múltiples y complejos pasos, desde la identificación y obtención de materias primas, su molienda, recolección de leña, hasta el modelado de las piezas. Requería artesanos con un buen grado de entrenamiento y dedicación.

- Valor Simbólico y Restricción: Las piezas elaboradas eran de tipo suntuario, como adornos personales (placas, aros, brazaletes, narigueras, etc.), y poseían un alto valor simbólico y quizás político dentro de la comunidad. Eran piezas de circulación restringida y su valor radicaba tanto en su carga simbólica como en los altos costos energéticos de su fabricación.

8) ¿Cuáles son las representaciones materiales de su mundo simbólico?

El mundo simbólico, cuya verdadera dimensión es todavía ininteligible, está parcialmente reflejado en objetos que perduraron:

- Objetos Materiales: Se evidencian en las pipas (de cerámica o piedra), vinculadas probablemente al consumo de cebil u otras sustancias alucinógenas, como parte de un culto chamánico.
- Motivos Recurrentes: Los motivos simbólicos recurrentes en piedra y cerámica sugieren conceptos básicos comunes, como la simbiosis entre hombres y animales.
- Prácticas Funerarias: Las inhumaciones (entierros) con sus modalidades de tumbas y ajuar funerario.
- Arte Rupestre: Las expresiones de arte rupestre (pictografías en cuevas/aleros y grabados sobre rocas) que se encontraban generalmente en sectores alejados de las aldeas y cumplían funciones de espacios de culto.

9) ¿Por qué las ofrendas mortuorias pueden ser un indicador de diferenciación social?

Las ofrendas mortuorias (ajuares) son un indicador de diferenciación social porque la variación en cantidad y calidad de las ofrendas depositadas en las tumbas indica la posible existencia de diferentes status sociales dentro de las comunidades. Aunque lo más frecuente era encontrar piezas de alfarería doméstica, algunos entierros contaban con elementos metálicos de alto valor o llamas sacrificadas.

10) ¿Qué importancia tuvo el intercambio en los Andes del Sur?

El intercambio fue un elemento fundamental que integró a las sociedades aldeanas a una compleja red de circulación de bienes, productos e información.

- Mecanismo: El nexo principal se dio a través de caravaneros que transportaban bienes en llamas. Este movimiento se daba tanto en sentido oeste-este (costa, Puna, valles, selva) como norte-sur.
- Escala: Las relaciones se daban a corta distancia (entre aldeas del mismo valle), regional y, sorprendentemente, a larga distancia, enlazando espacios tan distantes como la costa pacífica y la selva.
- Recursos Clave: Era vital para obtener recursos indispensables específicos de ciertas zonas, como la obsidiana y el basalto (para instrumentos líticos, originarios de la Puna o el norte de Chile) y la sal (de los grandes salares de la Puna).
- Difusión: El intercambio propició la difusión de nuevos cultivos, conocimientos tecnológicos innovadores (como la metalurgia), ideologías y prácticas simbólicas.

Texto 2: Desarrollos Regionales. Tarragó, Miriam N. (2000). “Chacras y pucará. Desarrollos tardíos”. En: Miriam Tarragó (Dir.), Nueva Historia Argentina, tomo I, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, pp. 257-300 (sección).

Guía de lectura:

1) ¿Cuál es el período que se reconoce como “Desarrollos Regionales”?

El período conocido como “Desarrollos Regionales” abarca los últimos quinientos años de la historia indígena del Noroeste de la Argentina. Cronológicamente, este período se sitúa entre los siglos X y XV d.C., justo antes de la dominación incaica en los Andes del sur.

2) ¿Cuáles son los centros característicos de este período?

Los centros característicos eran sociedades pujantes que poseían territorios bien controlados. Entre los sistemas políticos destacados se encuentran:

- Salta, Tucumán y Catamarca: Organizaciones de Calchaquí, Tastil, Yocavil y Belén.
- Jujuy (Norte): Núcleos de Tilcara, Humahuaca, Yavi y Casabindo, que mantenían una estrecha relación con el altiplano.
- La Rioja y San Juan (Sur): Centros de Sanagasta y Aimogasta (en La Rioja) y de Angualasto (en San Juan).

Estos centros poblados podían albergar a varios cientos y hasta miles de habitantes y estaban en funcionamiento a mediados del siglo XIII.

3) Señala los nuevos fenómenos políticos, sociales, económicos, artísticos y simbólicos del período

El período se caracteriza por una serie de transformaciones que incrementaron la complejidad social:

- Fenómenos Políticos y Sociales:

- Aparición de sociedades con territorios bien controlados y defendidos desde los pukara.

- Gestación de sistemas políticos que tendían a la centralización del poder.
- Existencia de una intrincada red de guerras y alianzas que caracterizó la época previa a la dominación inca.
- Acentuación de las relaciones sociales desiguales, tanto en la organización del trabajo como en la distribución y el consumo de bienes. Esto se reforzó con la consolidación de élites y el uso de un sistema de control social pautado.

- **Fenómenos Económicos:**

- Fuerte crecimiento demográfico.
- Pleno establecimiento de la agricultura por irrigación, con sistemas de terrazas y parcelas para el control de la erosión edáfica.
- Control de recursos de diversos pisos ecológicos, a través de la instalación de colonias efectivas dependientes de los núcleos de los valles.
- Explotación ganadera intensiva (llama) y consumo complementario de guanacos, vicuñas y tarucas.

- **Fenómenos Artísticos y Tecnológicos:**

- Desarrollo artesanal a niveles de excelencia, con la formación de artesanos especializados en metalurgia, tejeduría y cerámica.
- Surgimiento de estilos artísticos regionales muy estructurados.
- Desarrollo de la metalurgia para crear piezas suntuarias (adornos, brazaletes, anillos) en bronce de buena calidad, oro y plata, explotando vetas de mineral en Catamarca y La Rioja.
- La vestimenta servía para indicar el rango, género, oficio o pertenencia étnica.

- **Fenómenos Simbólicos y Religiosos:**

- El paisaje se concebía como algo vivo, animado por fuerzas sobrenaturales; montañas y altos cerros eran objetos de veneración.
- La noción de pukara se vinculaba a la Pachamama (Madre Tierra) y a los antepasados.
- Existencia de una estructura religiosa panandina donde el Sol, el trueno y los cerros jugaban un papel primordial.
- Se practicaron sacrificios de personas (evidenciado por cráneos-trofeos) y el culto involucraba ofrendas y ritos en lugares especiales.
- Las diferencias en la riqueza de los ajuares fúnebres y las estructuras funerarias (cámaras cilíndricas que se abrían reiteradamente) indicaban el rango y la jerarquía social del difunto.

4) ¿Cuál es la relevancia del pukara para la historia cultural de esta área?

El pukara (o pucará) es un rasgo sobresaliente del período y tuvo una relevancia central que trascendía su función militar:

- **Función Defensiva y Control Social:** El pukara era un centro residencial con claras características defensivas, emplazado en cimas de cerros o mesetas de difícil acceso. Su existencia ilustra la situación de conflicto generalizado del período. Su ubicación sugería un sistema de control social pautado y estrategias defensivas.
- **Unidad Mínima Política:** El asentamiento tipo pukara constituía la unidad mínima de organización desde donde se ejercía el control del espacio agropecuario circundante, los pastos y el agua.
- **Centro Urbano:** Los grandes asentamientos (pukara) funcionaban como centros urbanizados donde residían las élites, gente del común y grupos de artesanos.
- **Metáfora Simbólica:** Su concepto iba más allá de una fortaleza, ya que en él se superponían dos dimensiones simbólicas cruciales para el mundo andino: la Madre Tierra (Pachamama) y los antepasados. La unión de las "chacras" (áreas agrícolas) y el pukara (centro sociopolítico y religioso) era una metáfora del período.

5) ¿Fue posible el intercambio en este período?

Sí, el intercambio no sólo fue posible sino fundamental y muy activo. Aunque los asentamientos delimitaban y defendían sus territorios (como indican las fortalezas pukara), esta delimitación no impidió el intercambio. Existía un activo tráfico regional que se extendía a corta y larga distancia, articulando todos los Andes meridionales. Estas interacciones entre las jefaturas incluían tanto relaciones negativas (conflictos por intereses en pugna) como relaciones positivas de intercambio y reciprocidad.

Texto 3: La invasión Inca. González, Luis R. (2000). "La dominación inca. Tambo, caminos y santuarios". En: Miriam Tarragó (Dir.), Nueva Historia Argentina, tomo I, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, pp. 301-342 (selección).

Guía de lectura:

1) ¿Qué estrategia empleó el Estado Inca en su expansión sobre los territorios del NOA y cuándo tuvo lugar esa expansión?

La expansión incaica sobre el territorio del Noroeste argentino (NOA) tuvo lugar a partir de la segunda mitad del siglo XV, y se extendió hasta por lo menos 1532. Esto ocurrió durante el reinado del décimo soberano, Topa.

- Estrategia de Expansión: El Estado Inca empleó una estrategia de dominación basada en una combinación de violencia y consentimiento. El objetivo era incorporar vastos territorios que ofrecían variadas características ambientales y sociales, lo que obligaba a implementar estrategias de dominación particulares para cada región.
- Motivaciones: Las motivaciones de esta expansión no solo respondían a intereses económicos o estratégicos definidos, sino también a motivaciones corporativas de los sectores dominantes cuzqueños, como el ansia de prestigio de los estamentos militares y la necesidad de Topa por conseguir su propio patrimonio familiar.
- Táctica: La conquista se habría fundamentado tanto en maniobras diplomáticas como en acciones de coerción directa, dependiendo de las características sociopolíticas de los pueblos a integrar.

2) ¿Cómo operaron los incas con respecto a las culturas locales?

Los incas implementaron importantes transformaciones en la vida de las poblaciones locales durante su breve ocupación.

- Administración: Formalizaron la integración del NOA en el Estado con la creación de cuatro provincias (Humahuaca, Chicoana, Quire Quire y la provincia Austral).
- Alfabetía y Tecnología: La alfarería local fue generalmente realizada siguiendo los cánones incaicos, pero introduciendo elementos decorativos autóctonos, lo que fundó estilos mixtos. En cuanto a la metalurgia, se incorporaron modelos nuevos a los locales y se impulsó un notable aumento en la escala de producción, aunque sin aportar innovaciones tecnológicas mayores.
- Población y Resistencia: Algunas comunidades mostraron grados variables de resistencia. En esos casos, el imperio apeló a movimientos de población (colonos o mitimaes) para asegurar la lealtad de los territorios.
- Arquitectura: Aunque mostraban flexibilidad en la construcción de asentamientos, difundieron elementos arquitectónicos distintivos (como la kancha, la Kallanka y el uso de piedras canteadas) para imprimir la marca imperial.

3) Indica la importancia de la red vial incaica

La red vial incaica, conocida como qhapaq ñan, fue de vital importancia para la dinámica de la organización imperial.

- Función Práctica: Aseguraba la comunicación y el transporte rápido y eficaz de bienes, personas e información desde y hacia las cabeceras políticas.
- Infraestructura en el NOA: En el Noroeste argentino, la red vial alcanzó alrededor de 2.000 km de extensión, estructurada en torno a un camino troncal norte-sur con accesos secundarios.
- Función Política y Simbólica: El capac ñan fue un instrumento de integración política y simbólica. La infraestructura vial misma constituyó un símbolo de la omnipresente autoridad del Inca para las comunidades dominadas.
- Instalaciones Asociadas: La ruta estaba jalonada por instalaciones clave:
 - Tambo: Conjuntos de construcciones que ofrecían reparo y aprovisionamiento a contingentes (caravanas, ejércitos, correos).
 - Pukara: Guarniciones militares para el control del territorio.
 - Collca: Construcciones (a menudo circulares) para el almacenamiento de productos de subsistencia y bienes.
 - Chaskiwasi: Puestos vinculados al sistema de correos imperial.

4) ¿Cuál fue la organización laboral impuesta por el Estado Inca?

La organización laboral se basó en el sistema de prestaciones de trabajo rotativo (mita).

- Turnos Rotativos: Las labores agrícolas y el trabajo en las minas estaban a cargo de trabajadores que acudían en turnos rotativos y estacionales desde las comunidades circundantes, según la obligación que tenían todos los habitantes del imperio.
- Propósito: Esta organización estaba destinada a:
 - Sostener las actividades imperiales y al personal administrativo y a los trabajadores temporales.
 - Garantizar la explotación de los recursos de la tierra (agricultura) y la racionalización de los recursos ganaderos (llama y alpaca).
 - Impulsar el aprovechamiento de depósitos de minerales metalíferos.
- Control: Inspectores del imperio supervisaban la producción y la mano de obra.

5) ¿Cómo manipuló el poder imperial el sistema de creencias local?

El Estado Inca manipuló el sistema de representaciones de la realidad local para naturalizar y legitimar su dominación.

- Reorganización Ideológica: El Inca redefinió y reorganizó elementos de la ideología andina ya vigente, otorgándoles una nueva significación funcional a los intereses estatales.

- Santuarios de Altura (Capac Cocha): Se apropió del ceremonialismo y del papel de intermediario ante las potencias del más allá.
 - Se realizaron actividades ceremoniales en los picos más elevados (cumbres sagradas), que eran morada de los antepasados y fuente generadora de agua.
 - En estos santuarios de altura se realizaban sacrificios de personas (en particular niños), representando el máximo regalo a los regidores del universo. Otros cerros sudandinos elegidos fueron el Aconcagua, El Plomo, El Toro, Chuscha, Chañi, Quehuar y Llullayllaco.
 - También se ofrecían estatuillas a los dioses.
- Apachetas y Rutas: El imperio sistematizó la práctica local de levantar apachetas (montículos de piedras en puntos de tránsito cargados de sacralidad). Al alcanzar grandes dimensiones, estos apilamientos contribuyeron a manifestar la omnipresencia del poder central a lo largo de la red vial.

Texto 4: Las sociedades de las sierras centrales y las llanuras santiagueñas. Bonnin, Mirta y Laguens, Andrés (2000). “Esteros y algarrobales. Las sociedades de las Sierras centrales y la llanura santiagueña”. En: Miriam Tarragó (Dir.), Nueva Historia Argentina, tomo I, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, pp. 301-342 (selección).

Guía de lectura:

1) ¿Cómo era el sistema de vida de las bandas cazadoras recolectoras adaptadas a esta región?

Durante el primer tercio del Holoceno, se establecieron en las Sierras Centrales (Córdoba y San Luis) y en el N.O. de Santiago del Estero sociedades de economía cazadora y recolectora.

- Tecnología: Utilizaban una tecnología de talla bifacial de la piedra y fabricaban artefactos especializados. Se destacaban las puntas de proyectil de piedra y los instrumentos de molienda.
- Organización Espacial: La organización en el espacio respondía a estrategias que buscaban explotar la diversidad ambiental.
- Simbolismo: Comenzaron a expresarse conductas simbólicas a través del arte en una escala muy reducida de objetos muebles

2) ¿Qué nueva adaptación realizaron los cazadores recolectores hacia 7500?

Una nueva modalidad de vida en las Sierras Centrales comenzó alrededor de 7500 años atrás y se consolidó unos 5000 años antes del presente, perdurando hasta comienzos de la Era Cristiana.

- Contexto Ambiental: Hacia 3000 años atrás, se produjo un cambio climático abrupto: el clima se volvió cálido y semiárido a árido, con temperaturas elevadas, déficit de agua, merma de los ríos y retracción de lagunas, lo que disminuyó la oferta ambiental.
- Cambios en el Modo de Vida: El nuevo modo de vida se adaptó mediante:
 - Mayor variedad de instrumentos y nuevas tecnologías.
 - Mayor cantidad y variedad de sitios, con un uso del espacio ajustado a los puntos clave del paisaje para acceder a animales y minerales.
 - La recolección y molienda de semillas se hizo más importante.
 - La conducta simbólica cambió, volviéndose más pública. El arte rupestre se manifestó con motivos de guanacos, ñandúes o figuras geométricas, usando solo colores rojo y negro, pintados sobre roca natural.
- Diferenciación Social: Los objetos convertidos en bienes de prestigio pudieron marcar el inicio de prácticas de diferenciación social. A esta época corresponden los primeros enterratorios humanos conocidos en la región.

3) ¿Cómo y cuándo fue el cambio de vida hacia la aldea agrícola?

El cambio hacia la vida de la aldea agrícola en las Sierras Centrales se registra con seguridad en el año 900 d.C., aunque pudo haberse definido un par de siglos antes o más.

- Proceso de Cambio: Se generó un nuevo modo de vida que incorporó la agricultura (maíz, zapallo y poroto) y la producción de cerámica, junto con el agrupamiento de casas en poblados.
- Economía Mixta: La economía se estableció de carácter mixto, integrando la agricultura como una estrategia de subsistencia adicional a las tradicionales caza y recolección.
- Estrategia Ambiental: Para amortiguar la variación ambiental, los agricultores alternaban pequeñas chacras en diferentes zonas, combinándolo con la recolección de algarrobo.
- Tecnología de Caza: Se incorporó el arco y la flecha, que también se utilizaba para la guerra.

4) ¿Cómo era el trazado de la aldea y cómo se construía la vivienda típica?

- Trazado de la Aldea: Los asentamientos más grandes se dividían en sectores para vivienda, almacenamiento, actividades cotidianas, basureros y talleres. El sistema se integraba con sitios residenciales (que iban desde conjuntos de cuarenta viviendas formando aldeas hasta sitios con pocas casas) y sitios para propósitos especiales (como puestos de vigilancia o molienda).

- Vivienda Típica ("Casas Pozo"): La vivienda típica se conocía como "casas pozo". Para construirlas, se cavaba un pozo rectangular en la tierra, de 6 a 8 m de largo por 5 de ancho y hasta 1,20 m de profundidad, que funcionaba como habitación. A nivel del piso exterior se colocaba el techo, clavando postes y cubriendo de paja. Estas casas eran frescas en verano y cálidas en invierno, gracias a los fogones que se prendían en el exterior.

5) ¿Cómo era la organización política?

La organización política se sustentaba en un sistema con por lo menos dos líneas de liderazgo:

- Un cacique principal y uno o dos mandones por debajo de él.
- Los liderazgos eran considerados débiles y ocasionales, ya que los jefes solo mandaban en las guerras, arbitraban en disputas y mantenían las alianzas.
- La forma de mantener relaciones armónicas, afianzar el poder y distribuir recursos era a través de reuniones periódicas, llamadas "juntas", donde los pueblos emparentados se reunían durante varios días.

6) ¿Qué características adoptó el intercambio?

Las relaciones políticas y económicas con grupos vecinos fueron más intensas durante este período.

- Intercambio de Larga Distancia: Se han encontrado collares de moluscos del Atlántico acompañando a algunos muertos.
- Bienes Andinos: Consumieron alucinógenos de los bosques orientales del Noroeste argentino, y las crónicas mencionan que poseían objetos de metal (cuchillos y adornos cefálicos) que eran intercambiados con el área andina.
- Relaciones Regionales: Grupos de la Llanura estaban relacionados con el Litoral, y otros del norte con Santiago del Estero.

7) Describe el proceso de organización de aldeas en la Llanura santiagueña.

El proceso de organización de aldeas en la Llanura santiagueña se desarrolló en varias fases:

- Primeras Ocupaciones: Inicialmente, los cazadores recolectores se ajustaban a la explotación del medio serrano. El bosque chaqueño de la Llanura, aunque rico en recursos (quebrachos, algarrobos, peces, tierras fértilas), no fue colonizado efectivamente hasta la introducción de prácticas agrícolas.
- Primeras Aldeas: Las primeras formas de vida aldeana, con alfarería y asentamientos permanentes, estaban muy vinculadas con el mundo andino (Catamarca y Tucumán). Los asentamientos eran sitios chicos, carecían de construcciones y se ubicaban cerca de los cursos de agua.
- Estilo Tradicional (a partir de 700 d.C.): El estilo de vida tradicional de la Llanura chaco-santiagueña se consolidó a partir del año 700 d.C. y se basó en vivir cerca de los ríos, practicar agricultura y enterrar a la gente en urnas. Los grupos crecieron en número y complejidad.
- Estrategia en Albardones: Se implementó una forma de asentamiento y prácticas económicas sumamente adaptadas a los ciclos anuales. La estrategia se centró en la explotación de la diversidad de recursos en un radio cercano (recolección, caza, pesca y agricultura complementaria), lo que no requería grandes trasladados. Los asentamientos formaban aldeas de varias unidades de vivienda sobre los albardones de los ríos (depósitos fluviales).

8) ¿Cómo fue su forma de vida?

La forma de vida en la Llanura santiagueña, tras la consolidación de las aldeas, se caracterizó por:

- Uso del Espacio (Albardones): Las casas se asentaban en los albardones para evitar inundaciones. Las depresiones entre los albardones acumulaban agua y detritos fértiles; cuando la creciente se retiraba, allí se pescaba, cazaba y se cultivaba maíz, zapallo y batata.
- Inestabilidad Territorial: Debido a que los ríos de Llanura cambian periódicamente sus cursos, la gente tuvo que trasladar sus asentamientos al ritmo impuesto por la naturaleza.
- Prácticas Funerarias: La mayoría de los entierros se hacían en grandes urnas funerarias (tanto para adultos como para niños) en los montículos de los albardones, sin formar cementerios definidos.
- Diferenciación Funeraria: Las diferencias en la decoración y ubicación de las urnas en los montículos sugieren que se marcaban distinciones sociales. Los ajuares que acompañaban al muerto eran excepcionales.
- Relación con el Inca: Durante la expansión incaica, grupos portadores de cerámica santiagueña fueron distribuidos por los valles preandinos de Catamarca y tenían una relación de vasallaje con el Imperio. A cambio, los incas les concedieron tierras y los instalaron en centros estatales. A su vez, los santiagueños mantenían el control de la frontera oriental del imperio para impedir la invasión de grupos nómades del Chaco.

Trabajo Práctico N°7: los pueblos del Litoral (Segunda Parte)

Objetivos:

- Tener una noción general de cómo se efectuó el proceso de ocupación de la región Litoral del actual territorio argentino.
- Relacionar el proceso de ocupación de la región Litoral y sus características con el concepto de “área cultural”.
- Utilizar el análisis bibliográfico y audiovisual como herramienta para favorecer la comprensión y el análisis crítico.

Análisis bibliográfico:

1) Teniendo en cuenta el primer apartado del texto, cómo relacionamos los siguientes conceptos: recursos, tecnología, ambiente, migraciones, cambio climático.

Estos conceptos están interrelacionados en el proceso de ocupación del Litoral:

- Ambiente y Cambio Climático: Las variaciones ambientales, especialmente los eventos climáticos (como los episodios áridos o el derretimiento de hielos que marcó el Holoceno), fueron la causa fundamental de las transformaciones del paisaje.
- Recursos y Tecnología: Los grupos humanos tuvieron que adaptar su tecnología para explotar los recursos disponibles en el ambiente. La diversificación cultural (lingüística y cultural) fue favorecida cuando las selvas crecieron, aislando a las poblaciones que utilizaban corredores de sabana para moverse.
- Migraciones: Los cambios ambientales y climáticos, como las sequías o la búsqueda de recursos, obligaron a grupos a migrar, llevando a la ocupación inicial del Litoral y a la llegada de grupos de otras regiones.

2) ¿Por qué al Litoral llegan grupos provenientes de otras regiones?

Al Litoral llegaron grupos provenientes de otras regiones debido a varios factores, principalmente ambientales y demográficos:

- Antigüedad: Los primeros cazadores llegaron al Nordeste procedentes de Brasil hace 15.000 años.
- Migraciones desde el Oeste: Hace 3.500 años, pueblos cazadores-recolectores residentes en San Luis, Mendoza y Córdoba incursionaron en la llanura central.
- Aislamiento y Diversificación: El crecimiento de la flora tropical durante el Holoceno aisló a las poblaciones que se desplazaban por el corredor de sabanas, lo que favoreció la transformación cultural.

- Búsqueda de Recursos: La llegada de cazadores provenientes de la pampa y la Patagonia hace 2.000 a 3.000 años fue atraída por los antiguos cauces secos de la llanura que constituyan la única reserva de agua, abrevadero de fauna.

3) ¿Quiénes eran los cazadores pedrestres de la llanura, de dónde venían? Respecto a su asentamiento en el Litoral, ¿qué adaptaciones reconocen? ¿Qué función cumplió la cerámica y la tecnología lítica? ¿Qué diferencia tienen con los cazadores de las pampas y la Patagonia?

- Identidad y Origen: Los cazadores pedestres de la llanura central venían del oeste (posiblemente de los bordes de lagunas en San Luis, Mendoza y Córdoba). Lo constituyan bandas de cazadores y recolectores pedestres que ocuparon la cuenca del Salado y los Saladillos.

- Adaptaciones en el Litoral: Eran maestros en el manejo de los recursos ambientales, manteniendo un notable equilibrio entre caza y recolección. En las inmediaciones del Paraná y sus afluentes, agregaron la pesca costera a su dieta. Construyeron hornos subterráneos en forma de pera o campana, llamados "botijas", para la cocción de alimentos.

- Función de la Cerámica: Su incorporación no provocó variaciones fundamentales en el estilo de vida de estas poblaciones, que se mantuvo estable. Fabricaron piezas semiesféricas o troncocónicas, usadas para el almacenamiento y cocción.

- Función de la Tecnología Lítica: Fabricaron instrumentos de piedra tallada y pulida, principalmente raspadores y perforadores. Debido a la escasez de materia prima, debían traerla desde lejos (Sierras Pampeanas, costa entrerriana o Sierras de Tandilia y Ventania), lo que los obligaba a utilizar los núcleos de materia prima hasta el límite de sus posibilidades.

- Diferencia con Cazadores de Pampa/Patagonia: Las fuentes no establecen una diferencia directa, pero mencionan que la fauna del Nordeste (armadillos, venados, ñandúes, guanacos) era parecida a la pampeana o patagónica, pero adaptada al clima seco. Las poblaciones de Pampa y Patagonia, por su parte, fueron una fuente de migración hacia la llanura central.

4) Hace 1500 – 1000 años AP el clima volvió a cambiar ¿Cómo impactó el cambio climático en las poblaciones? ¿Qué adaptaciones nuevas surgieron? ¿Qué beneficios obtuvieron? ¿Cómo impactó la utilización de la cerámica en los diferentes grupos?

- Cambio Climático (1500–1000 años AP): Las condiciones áridas del Nordeste cambiaron, las lluvias aumentaron el caudal de los grandes ríos, se formaron la selva misionera y el parque chaqueño, y la llanura pampeana se transformó en una estepa.

- Impacto y Beneficios: Los recursos disponibles aumentaron en calidad y cantidad, lo que favoreció la expansión de los grupos aborígenes y el incremento de la densidad de población.

- Nuevas Adaptaciones:

- Acuática: Algunos pueblos se adaptaron gradualmente a los ecosistemas acuáticos, pasando a depender progresivamente de ellos.

- Navegación: La disponibilidad de árboles permitió la construcción de grandes canoas monóxilas, transformando el Paraná y el Uruguay en "caminos". Esto permitió a los pueblos costeros ocupar toda la llanura aluvial y utilizar ambas orillas del río.

- Sedentarismo: Las condiciones favorables permitieron un cierto grado de sedentarismo, con desplazamientos frecuentes pero de pequeña magnitud (movimientos verticales para evitar crecientes).

- Impacto de la Cerámica: El conocimiento de la cerámica (hace 1.500 años AP) fue adoptado de manera variable:

- Para algunos grupos, significó un cambio fundamental en el modo de vida, al permitirles utilizar variedades amargas de la mandioca (típico de la selva tropical).

- Otros pueblos (como los charrúas, tobas y mocobíes) la adoptaron sin modificar demasiado su modo de vida cazador-recolector.

- Unos pocos (como los guayaquíes) nunca la usaron, y pasaron directamente a usar ollas metálicas traídas por los europeos.

5) ¿En dónde se establecieron las poblaciones del Delta y cuál es la importancia de estos lugares?

- Ubicación: Las poblaciones del Delta (formado hace unos 1.000 años) se establecieron sobre los "cerritos", que eran limos y arcillas depositados por las aguas sobre médanos disipados.

- Importancia: Los pobladores se concentraban en los albardones perimetrales de las islas (más altos y cercanos a los cauces activos). Esta posición era importante porque favorecía las comunicaciones y el control diario del río. Estos "cerritos" fueron incrementados en altura por los propios pobladores prehispánicos e históricos.

6) Hace 1000 años AP comenzaron a llegar al Litoral grupos tupí – guaraní ¿cuáles fueron las causas de dichas migraciones? ¿Cómo era su forma de subsistencia?

- Llegada: Los grupos Tupí-guaraní (agricultores de la selva tropical) comenzaron a llegar al Litoral hace unos 1.000 años AP.

- Causas de la Migración: Los desplazamientos de los ancestros guaraníes, originarios del Amazonas medio (hace 5.000 años), se dieron en dos modalidades principales:

- Desplazamientos radiales: Causados por razones ecológicas (agotamiento de los suelos agrícolas, sequías) y demográficas.

- Migraciones masivas (más lineales): Originadas en causas religiosas o conflictos con otros pueblos.

- Nota: Este tipo de desplazamiento masivo se hizo más frecuente a partir de la conquista europea.

- Forma de Subsistencia: Tenían una estrategia de subsistencia mixta.

- Agricultura: Practicaban la agricultura adaptada a suelos de selva tropical y subtropical, denominada "de roza y barbecho". Los guaraníes preferían regiones templadas y cultivaban maíz, zapallo y batata.

- Complemento: Obtenían proteínas y grasas de la pesca, caza y recolección de moluscos. De la recolección de plantas y frutos silvestres obtenían hidratos de carbono, fibras textiles, psicoactivos (tabaco, yerba mate) y plantas medicinales.

7) ¿Cuál era la importancia de las vías de circulación de objetos?

La importancia de las vías de circulación (principalmente los ríos Paraná y Uruguay, que se convirtieron en "caminos" con la invención de la canoa) era:

- Intercambio: Eran importantes vías de circulación por las que diversos pueblos se movían, intercambiando bienes y tecnología.

- Difusión Cultural: Muchos poblados costeros usaban paños de algodón (provistos por los guaraníes), fumaban tabaco y utilizaban la lengua guaraní para el intercambio.

- Conexión Andina: El intercambio permitía la llegada de elementos suntuarios (como plaquetas de cobre y cuentas de malaquita) desde el Noroeste argentino, indicando la existencia de cadenas de intermediación.

8) A grandes rasgos, ¿cómo impactó la conquista en las poblaciones del Litoral?

La conquista ibérica tuvo un impacto profundamente negativo y desestructurante:

- Desestructuración: Desestructuró a las poblaciones costeras.
- Intensificación de Conflictos: Intensificó las contradicciones intertribales e interétnicas.
- Etnólisis: Inició un proceso de etnólisis (destrucción cultural) de carácter irreversible.
- Efectos Limitados: Aunque en algunos casos sirvió para unir grupos antagónicos contra el enemigo común, estas experiencias fueron de carácter limitado en tiempo y espacio.
- Consecuencias a Largo Plazo: Los pueblos sometidos (salvo el guaraní) se consumieron en la miseria y la inacción de las reducciones, mientras que el idioma guaraní se expandía, transformado en lingua general por los misioneros jesuítas.

Para reflexionar: ¿Cómo relacionamos el concepto de área cultural que vimos en el práctico n°2 con el análisis anterior? A la luz de lo trabajado durante este práctico, ¿qué piensan sobre este breve video?

1) Teniendo en cuenta el primer apartado del texto, cómo relacionamos el concepto de área cultural que vimos en el práctico n°2 con el análisis anterior?

La historia de los pueblos del Litoral y la llanura (Texto 4 de Ceruti) se relaciona con el concepto de área cultural, especialmente bajo las visiones de Lumbreras y Carrasco, de la siguiente manera:

- Definición de Área Histórica (Lumbreras y Carrasco): El Litoral no puede definirse solo por una lista de rasgos culturales estáticos (crítica de Lumbreras a Kirchhoff). Más bien, es un área histórica o cultural definida por la articulación económica y social coherente y la adaptación compartida a un medio geográfico.
 - En el Litoral, esta articulación se observa en la adaptación a los ciclos fluviales, la dependencia progresiva de los ecosistemas acuáticos, y la subsistencia mixta.
- Interacción en las Fronteras (Lumbreras y Carrasco): Los textos indican que el Litoral no era una entidad aislada, sino un espacio de conexión y vinculación.
 - Esto se evidencia en la llegada de grupos provenientes del oeste (San Luis, Mendoza, Córdoba), la circulación de objetos (collares de moluscos del Atlántico, elementos suntuarios del NOA), y la difusión de la lengua guaraní como lingua general. Las fronteras son zonas de transición y mezcla.
- Variables Históricas: La complejidad del Litoral demuestra que las variables importantes incluyen lo ambiental, ecológico, social e histórico. El cambio climático no solo impactó la cultura, sino que impulsó las adaptaciones tecnológicas (canoas monóxilas) y el sedentarismo.
- Tecnología en Contexto (Lumbreras): La adopción de la cerámica no modificó fundamentalmente el estilo de vida de muchos cazadores-recolectores del Litoral, lo que demuestra que un elemento tecnológico solo cobra sentido cuando se inserta en un contexto socio-económico específico.

Trabajo Práctico N°8: Historia de las sociedades nativas de las regiones pampeanas y patagónicas del actual territorio argentino continental y Tierra del Fuego

1) Poblamiento territorialidad y sistema de vida de los cazadores de la región pampeana (Texto 1)

1- ¿Cuáles eran las condiciones ambientales en el momento de las primeras ocupaciones humanas en la región pampeana?

Las primeras ocupaciones humanas se dieron al final del Pleistoceno. En ese momento, los primeros pobladores construyeron su ambiente de dos maneras: mediante campamentos en campos abiertos o en cuevas y aleros de las sierras.

2- A partir de la información disponible: ¿Cuáles fueron los primeros asentamientos en las sierras del sistema de Tandilia y en la llanura intersetana? Señala sitios y fechados radiocarbónicos.

★En las sierras del sistema de Tandilia:

- Cerro La China: Se encontraron conjuntos de artefactos bifaciales. El sitio El Cerro La China ha sido ocupado por los cazadores del Pleistoceno. Se hallaron materiales similares entre 10.200 y 10.800 años AP.

- Cueva Tixi (en el sector oriental): Se hallaron restos de fogones, artefactos líticos y restos de guanaco, venado de las pampas, coipo y armadillo extinto (Eutatus), datados alrededor de 10.000 años atrás.
 - Cerro El Sombrero: En los niveles más antiguos se encontraron puntas de proyectil "cola de pescado", con dataciones de entre 11.000 y 10.000 años AP.
- ★En la llanura inter serrana:
- Arroyo Seco: Los asentamientos más antiguos se han datado entre 11.000 y 8.500 años AP.
 - Río Quequén Grande (cerca de Paso Otero): Una datación radiocarbónica ubica un lugar de caza y faenamiento en alrededor de 10.200 años atrás.

3- ¿Qué tipo de tecnología caracterizaba a estas bandas de cazadores recolectores?

La tecnología de los primeros pobladores se basó fundamentalmente en la talla de la piedra. Los artefactos típicos eran raspadores, puntas de proyectil de base cóncava y, en los sitios más antiguos, la punta de proyectil "cola de pescado". La punta de proyectil "cola de pescado" es un elemento que aparece recurrentemente en sitios tanto de la pampa como de la Patagonia.

4- ¿Convivieron, cazaron y consumieron grandes herbívoros? Señala cuáles y evidencias halladas.

Sí, convivieron, cazaron y consumieron grandes herbívoros pleistocénicos.

- Animales consumidos (Megafauna): Megaterio, toxodontes, caballo americano y camélidos extintos.
- Evidencias halladas: En el sitio Arroyo Seco, se encontró el caparazón y el cráneo de un gliptodonte (Doedicurus) que había sido faenado y consumido, lo que demuestra que los cazadores se alimentaron de estos grandes animales.

5- ¿Cómo fue la adaptación a los cambios climáticos durante el Holoceno? Sintetiza su sistema de vida entre el 7000 y el 3000 AP.

El período de transición al Holoceno, que trajo grandes cambios climáticos, ocurrió entre 7.500 y 6.500 años AP.

- Adaptación y Subsistencia: Los grandes herbívoros desaparecieron de la llanura alrededor de 7.400 años AP. La dieta se diversificó, centrándose en la caza de animales de menor tamaño, siendo el guanaco la especie dominante. Complementaban su dieta con la recolección de vegetales y moluscos de agua dulce.
- Sistema de Vida: Se mantuvo un sistema de vida trashumante (nómada). El asentamiento era estacional o temporal, aprovechando los recursos costeros (rodados) para confeccionar instrumentos.

6- ¿Cómo fue la adaptación de las poblaciones en el oeste árido de las pampas según Politis (pp.89-90)?

La ocupación en el oeste árido (cerca del Río Colorado y Curacó) fue menos densa. La adaptación se caracterizó por la diversificación de la forma de vida para ajustarse a ambientes diferentes. El margen del río (Río Colorado) ofrecía ventajas de recursos como pesca y caza de animales del bosque de chañar.

- Materiales: La materia prima lítica predominante era el basalto (del Curacó) y el sílice de buena calidad (transportado desde los ríos Negro y Colorado).
- Tecnología: Se utilizaban raspadores y puntas de proyectil pequeñas.

7- Describe las representaciones simbólicas de las bandas pampeanas según Politis (97-100).

Las representaciones simbólicas se evidencian de varias maneras:

- Entierros y coloración: El primer uso de pigmentos se asocia a entierros (desde hace 7.000 años AP). El uso del color rojo (obtenido de hematita) sobre los esqueletos o en las tumbas está ligado a ideas sobre el significado de la vida y la muerte.
- Arte Rupestre: La forma más antigua de representación simbólica son los motivos geométricos abstractos (tales como zig-zags) que se han delineado en la decoración de objetos de hueso y madera desde hace más de 7.000 años AP.
- Motivos: Las pinturas rupestres tienen motivos básicos como líneas rectas paralelas, almenados, escaleras, rombos, y zig-zags.
- Simbolismo Animal: Ciertos animales como el zorro corporizan espíritus poderosos. Algunos animales hallados en entierros (zorros, lobos marinos) sugieren un valor simbólico, no solo alimentario.

8- ¿Desde cuándo y cómo fueron sus relaciones territoriales y espaciales con otras poblaciones a través de los Andes?

Las relaciones territoriales amplias y la circulación de bienes se atestiguan desde el Holoceno tardío.

- Cómo: Estas relaciones se manifestaban a través de redes de intercambio organizadas y complejas con grupos vecinos.
- Evidencias: El intercambio transandino se sugiere por el hallazgo de obsidiana (roca que aflora en la cordillera a cientos de kilómetros) en sitios pampeanos como Tapera Moreira.

- **Similitudes culturales:** Se encontraron puntas de proyectil pedunculadas y plaquetas grabadas similares a las del norte de Patagonia, lo que indica la circulación de bienes entre sistemas regionales. Además, la alfarería temprana pampeana (1.200 años AP) presenta motivos que tienen diseños comunes con los de la alfarería patagónica y zonas vecinas.

2) Reconstruyendo la vida cotidiana de los cazadores recolectores patagónicos (Texto 2)

1- ¿Qué etapas distingue la autora con respecto a la historia sociocultural de Patagonia durante los tiempos anteriores a la llegada de los españoles?

La autora distingue tres etapas principales en la historia sociocultural de Patagonia antes de la llegada de los europeos:

- **Etapa Inicial:** Abarca desde 13.000 hasta 7.000 años antes del presente (AP). Corresponde a los primeros pobladores.
- **Etapa Media:** Cubre el período de 7.000 hasta 2.000 años AP.
- **Etapa Tardía:** Se extiende desde 2.000 años AP hasta el siglo XVI.

2- ¿Cuál fue el subsistema tecnológico?

El subsistema tecnológico de los pueblos patagónicos se basó en el uso de piedra, cuero, hueso y madera.

- **Materias Primas Líticas:** Se emplearon diversos materiales como cuarzo, sílice, obsidiana, basalto y otros. Estos materiales se obtenían de canteras o de rodados en ríos y arroyos.
- **Instrumental:** Los artefactos comunes de piedra incluían puntas de proyectil, cuchillos, raspadores, perforadores y elementos para molienda.
- **Especialización:** La confección de artefactos se realizaba por percusión con un "martillo de piedra" (percutor). Las puntas de proyectil podían ser de forma pedunculada o triangular. También utilizaban la boleadora.
- **Uso del Cuero y Hueso:** El cuero era vital para vestimenta y vivienda. Los huesos de rhea (ñandú) y guanaco se usaban para hacer agujas, que eran esenciales para coser las prendas de vestir.

3- ¿Cómo fueron los patrones de asentamiento?

Los patrones de asentamiento se adaptaron a la protección climática y la disponibilidad de recursos:

- **Asentamientos Clave:** Utilizaron cuevas o "casas de piedra" (alerones rocosos), que brindaban resguardo contra el viento y el agua.
- **Uso del Refugio:** Dentro de las cuevas, el espacio se acondicionaba para aprovechar la circulación de aire, la luz natural, la calefacción y la cocción. Colocaban capas de pieles de animales sobre el piso para dormir.
- **Campamentos Abiertos:** También se establecieron campamentos a cielo abierto o en campos abiertos, especialmente en la Etapa Inicial. Estos asentamientos podían ser más temporales o estacionales, moviéndose para aprovechar los recursos locales.

4- ¿Cómo fueron los modos de subsistencia?

La subsistencia de los pueblos indígenas patagónicos se basaba en la caza y la recolección de productos naturales.

- **Organización Temporal:** El año se dividía en dos temporadas largas: la veranada (verano/primavera) y la invernada (invierno/otoño).
 - Durante la invernada, se asentaban en tierras bajas o valles protegidos.
 - Durante la veranada, migraban a planicies más elevadas en busca de recursos.
- **Recurso Principal:** El guanaco era el recurso principal, proporcionando carne, hueso, tendones y cuero. Se valoraba mucho el consumo de su grasa.
- **Caza:** Las técnicas de caza incluían el encierro de animales en corrales y el uso de un ritual previo a la partida liderado por el jefe. También empleaban el engaño de la caza, como el uso de un guanaco cautivo para atraer a los animales, o el disfraz para confundirlos.
- **Dieta Complementaria:** La dieta se complementaba con el ñandú, otros animales, y la recolección de vegetales comestibles y moluscos

3) Isla Grande de Tierra del Fuego: Evidencias arqueológicas de poblamiento (Texto 3)

1- Señala las evidencias halladas más antiguas hasta el momento de cazadores en la Isla Grande de Tierra del Fuego.

Los primeros pobladores de la región del Estrecho de Magallanes y el norte de la Isla Grande de Tierra del Fuego eran cazadores que se movilizaban a pie. Las evidencias más antiguas de la ocupación se sitúan, según el fechado radiocarbónico, alrededor de 7.000 o 6.700 años AP.

- **Sitio Clave:** Túnel I.
- **Restos Hallados:** En el sitio Túnel I se encontraron restos de este paso, los cuales tuvieron una distribución excepcionalmente bien preservada debido a una lluvia de ceniza volcánica que actuó como manto protector.
- **Ajuar (Evidencia Tecnológica):** El ajuar encontrado incluía puntas de arma de piedra muy cuidadosamente talladas, trinchetes con una cara y dos biseles pulimentados, y otros utensilios más sencillos.
- **Actividad:** A pesar de la breve duración de la ocupación, se hallaron pruebas de intensa actividad de talla en el lugar

UNIDAD DOCE

Carlos del Solar Aldunate – Estadio alfarero en el sur de Chile (500 a ca. 1800 d. C.)

La reconstrucción de la **historia cultural del sur de Chile** durante el largo **período alfarero** —que se extiende aproximadamente desde el **500 a.C. hasta el 1800 d.C.**— se enfrenta a obstáculos metodológicos considerables. La información arqueológica disponible es abundante, pero a la vez fragmentaria y desigual en su calidad. **Gran parte de los datos procede de hallazgos ocasionales o de excavaciones de rescate, realizadas sin un marco teórico unificado que permita abordar los grandes problemas de la secuencia cultural.** Esta carencia ha llevado a que, tradicionalmente, las interpretaciones cronológicas se basaran en criterios poco rigurosos, como la mera presencia o ausencia de supuestas “influencias” visibles en la cerámica. El desafío es mayor en una región que, por sus condiciones ambientales y su trayectoria histórica, muestra un notable conservadurismo en sus tradiciones tecnológicas. Solo en las últimas décadas, con la realización de excavaciones sistemáticas y el empleo de métodos más refinados, ha comenzado a delinearse una visión más coherente de este pasado, aunque la escasez de materiales orgánicos para datación absoluta sigue siendo una limitación crucial.

El territorio donde se desarrollaron estos procesos no es una unidad homogénea, sino un mosaico de paisajes con recursos y condicionantes muy distintos. **Para comprender las adaptaciones humanas, es indispensable dividir este espacio en grandes sectores biogeográficos.** El **sector septentrional**, que se extiende desde el río Aconcagua hasta el cordón transversal de Mahuidanche, está dominado por el **bosque caducifolio** de roble (*Nothofagus obliqua*). Este ambiente, aunque frondoso, permite una considerable insolación del suelo, creando **condiciones excepcionales para el asentamiento humano**. Ofrece una **riqueza extraordinaria en recursos de recolección**: una veintena de especies de árboles y arbustos que producen frutos comestibles —como el maqui, el avellano, el quellén y la güerta—, además de gran variedad de tubérculos silvestres, papas nativas, hongos y plantas medicinales. La geomorfología, un plano inclinado hacia el océano con un valle central abierto, y el papel de la cordillera de la Costa como biombo climático, generaban un **entorno idóneo para la práctica de la horticultura y la ganadería incipiente**, complementadas por los abundantes recursos del litoral.

Al sur de este sector, las condiciones cambian radicalmente. En el **sector meridional**, que llega hasta el golfo de Reloncaví, las **altas precipitaciones y temperaturas favorecen el predominio del bosque siempreverde, un ecosistema denso, húmedo, oscuro y de difícil penetración, mucho menos apto para una ocupación humana extensiva**. Solo en el valle central, donde la cordillera de la Costa crea un microclima más seco, persiste el bosque de roble. La topografía aquí es más abrupta, con escasas llanuras accesibles, siendo la amplia cuenca del río Valdivia una excepción notable. Sin embargo, **la evidencia arqueológica demuestra que los procesos culturales no se limitaron a las zonas más favorables, sino que también se desarrollaron en este entorno complejo**. Es necesario añadir un tercer escenario, el **sector oriental o trasandino**, que comprende la **precordillera y las pampas argentinas de Neuquén**. Este territorio, con sus **bosques de araucaria** (*Araucaria araucana*) y **extensas estepas de gramíneas, ofrecía recursos excepcionales para la caza y la recolección**. Sus numerosos y accesibles pasos cordilleranos funcionaron como rutas vitales de comunicación e intercambio a través de la cordillera de los Andes, **integrando dinámicamente ambos lados de la montaña**.

Las fuentes históricas y etnográficas, que se remontan a los primeros contactos con los **españoles en el siglo XVI**, proporcionan una base fundamental para interpretar el registro arqueológico tardío. Los cronistas **describen un pueblo numeroso y belicoso, al que denominaron genéricamente “araucanos”**. Su economía era mixta y

altamente adaptada: **practicaban una horticultura estacional basada en el maíz, la papa, los porotos y la quinoa, mediante el sistema de roza y quema en claros del bosque de roble.** Complementaban esta base con una **recolección intensiva y especializada de los frutos del bosque, la pesca en ríos y litoral, y la caza.** La organización social se estructuraba en familias extensas y linajes patrilineales, formando una sociedad de tipo igualitario, **sin una jerarquía rígida.** En tiempos de conflicto, esta estructura se cohesionaba bajo la autoridad temporal de un toqui, jefe guerrero elegido por su valor y capacidad. El chamán o machi cumplía un papel central no solo en la salud, sino en la explicación del mundo y en la preservación de la identidad y los valores del grupo.

Desde el punto de vista arqueológico, la reconstrucción de la secuencia cultural se ha basado tradicionalmente en el estudio de los contextos funerarios, dado que los cementerios han sido los sitios más frecuentemente excavados. Para organizar este registro, los investigadores han definido **“complejos funerarios”, conjuntos de prácticas de entierro y ofrendas que permiten agrupar sitios y proponer una cronología relativa.**

☆El **complejo Pitrén**, cuyas manifestaciones se datan **entre el 500 y el 1000 d.C.**, es identificado como **la primera ocupación agroalfarera del sur de Chile.** Su distribución es amplia, desde el río Bío Bío hasta el seno de Reloncaví, con presencia también en el sector trasandino. Se caracteriza por los **entierros en urnas cerámicas, acompañadas de ofrendas que incluyen jarros globulares de asa única y asimétrica, pipas y artefactos de piedra tallada y pulida.** La economía asociada debió basarse en una **horticultura incipiente, complementada por una recolección intensiva** que denota una larga y profunda adaptación al entorno boscoso. Pitrén parece representar un desarrollo cultural fundamentalmente local, con raíces en sustratos recolectores anteriores.

☆Un salto cualitativo se observa con el **complejo El Vergel**, que florece aproximadamente **entre el 1000 y el 1500 d.C.** Este complejo muestra una **expansión geográfica aún mayor y una mayor complejidad social.** Las prácticas funerarias **se diversifican**, incluyendo no sólo urnas, sino también **tumbas de cista (cajas de piedra) e inhumaciones directas en tierra.** La **cerámica alcanza un notable desarrollo técnico y estético**, destacando la aparición del **estilo Valdivia**, caracterizado por una decoración de pintura negra sobre un engobe blanco, con motivos geométricos complejos y simétricos. La economía evidencia una **agricultura más consolidada y la posible incorporación de una ganadería incipiente de camélidos.** Hacia el final de este período, **se registran influencias inequívocas del Imperio inca**, perceptibles en ciertos motivos decorativos y, probablemente, en algunos aspectos de la organización social. **El Vergel representa, con alta probabilidad, el sustrato cultural inmediato que encontraron los conquistadores españoles a su llegada.**

☆**El contacto y la conquista hispana a mediados del siglo XVI no significaron el fin de estos desarrollos, sino el inicio de un proceso de transformación y redefinición étnica que permitiría hablar propiamente de la cultura mapuche histórica.** Los sitios funerarios de este período postcontacto son de una escala sin precedentes: **grandes cementerios con decenas o incluso centenares de individuos**, con tumbas que se superponen a lo largo del tiempo. **Se distribuyen por todos los sectores –septentrional, meridional y oriental–**, demostrando la expansión y consolidación de este grupo. **El ajuar funerario es rico y homogéneo**, mostrando tanto la persistencia de las tradiciones cerámicas locales, ahora más estilizadas, como la **incorporación masiva de elementos europeos**: cuentas de vidrio, herramientas de hierro, adornos de plata y, de manera absolutamente crucial, restos de caballo.

La adopción del caballo fue quizás el factor de cambio más revolucionario. Asimilado con rapidez y maestría tras el contacto, **transformó por completo la movilidad, la economía y la capacidad militar mapuche.** Este período, que se extiende desde fines del siglo XVI hasta el siglo XIX, no es una mera continuación pasiva del mundo prehispánico. Por el contrario, constituye un **dinámico proceso de etnogénesis, desencadenado por la confrontación colonial.** La gran rebelión mapuche, que culminó en el desastre de Curalaba (1598) y la destrucción de las ciudades españolas al sur del río Bío Bío, estableció una **frontera militar que se mantendría durante casi tres siglos.** En este espacio fronterizo, **los mapuches no solo resistieron, sino que se reinventaron.** Incorporaron estratégicamente elementos culturales hispanos –el caballo, la ganadería vacuna, nuevas técnicas– y los integraron de forma creativa a su propio sistema. **El comercio trasandino, especialmente de ganado desde las pampas argentinas, el mestizaje y un intenso intercambio cultural, homogeneizaron y fortalecieron una identidad común entre los grupos** que habitaban entre el Bío Bío y el seno de Reloncaví. **Fue en este crisol de la frontera**

donde se consolidó definitivamente la etnia mapuche, imponiendo su lengua, sus estructuras sociales y su cosmovisión, demostrando una extraordinaria capacidad de resiliencia y adaptación.

En definitiva, la historia cultural del sur de Chile durante el período alfarero y colonial es la narrativa de una profunda simbiosis entre las sociedades humanas y diversos entornos biogeográficos. Es la historia del desarrollo de tradiciones tecnológicas y simbólicas distintivas, visibles sobre todo en la cerámica y las prácticas funerarias. Y, de manera fundamental, es la historia de una capacidad de agencia histórica excepcional: la de unas sociedades que, frente al impacto devastador de la conquista, no se limitaron a resistir, sino que emprendieron un activo proceso de reconfiguración identitaria, forjando en la frontera colonial una cultura nueva, vigorosa y perdurable.

Guillaume Boccara – Etnogénesis mapuche: resistencia y restructuración entre los indígenas del centro-sur de Chile (siglos XVI-XVIII)

El estudio sobre la etnogénesis mapuche se inscribe en un giro historiográfico y antropológico que busca superar la visión colonial de los pueblos indígenas de frontera como entidades "sin historia", "sin Rey, sin fe, sin ley". Frente a esta mirada, el análisis propone entender las zonas fronterizas como laboratorios dinámicos de interacción sociocultural, donde el prolongado conflicto y contacto dieron forma a nuevos sujetos históricos. El caso mapuche es paradigmático, ya que su famosa resistencia no fue un mero acto de conservación, sino el motor de una profunda transformación interna que culminó en la emergencia de una nueva formación social e identitaria en el siglo XVIII.

La investigación se centra en el grupo conocido inicialmente como reche (hombres verdaderos), que habitaba entre los ríos Itata y Toltén. Su organización sociopolítica prehispánica y del primer siglo de conquista se caracterizaba por una **estructura acéfala y dispersa**. La unidad social fundamental era la **ruca** (casa familiar), que se agrupaba en caseríos. Estos, a su vez, se integraban en el **quinlebo**, un núcleo endogámico de cooperación económica y defensiva. **El nivel crucial de integración sociopolítica e identitaria era el lebo o rebue**, un agregado de varios caseríos que funcionaba como centro ceremonial, jurídico y político. En el rebue se dirimían conflictos, se organizaban rituales y se tomaban decisiones sobre guerra y paz. **La guerra (weichan) no era un mero hecho militar, sino un hecho social total que estructuraba la reproducción material y simbólica de la sociedad**. A través de ella se generaban liderazgos, se definían jerarquías y se gestionaba la relación con el "otro". Alianzas superiores como el **ayllarebue** (nueve rebue) y el **futamapu** (tierra grande) eran agregados temporales, principalmente bélicos, sin carácter político permanente en sus orígenes.

La lógica de la guerra reche era peculiar: una guerra de captación de la diferencia. Esto implicaba un movimiento paradójico de apertura caníbal hacia el enemigo, donde la resistencia se combinaba con la asimilación de sus elementos. Rituales como la decapitación, la antropofagia selectiva de guerreros valientes y la fabricación de trofeos con sus restos (flautas de hueso, gorros con mandíbulas) buscaban apropiarse simbólicamente de las cualidades del adversario. La recheización de cautivos –prohibirles el castellano, vestirlos a la usanza local, integrar a sus hijos– y la adopción masiva de elementos exógenos (caballos, hierro, técnicas) eran prácticas fundamentales. Esta flexibilidad y capacidad de incorporar lo ajeno desde una posición de fuerza es lo que **explica, en parte, la efectividad y duración de su resistencia**. No se trataba de rechazar todo contacto, sino de gestionarlo y digerirlo en sus propios términos.

El siglo XVII marca el inicio de una gran transformación económica. Los reche pasaron de una economía de horticultura y recolección a una basada en tres pilares: la **ganadería de animales introducidos** (equinos, bovinos, ovinos), la **maloca** (razzia o **pillaje sistemático** contra estancias hispano-criollas) y **el comercio**, especialmente de ponchos. Este cambio alteró radicalmente la división del trabajo. La mujer quedó a cargo de la economía doméstica y, sobre todo, de la producción textil a gran escala para el mercado. El hombre se dedicó a actividades "exteriores": maloquero y conchavador (comerciante). Este nuevo modelo **generaba excedentes considerables y potenció la autonomía indígena**. El **flujo de ganado desde los territorios españoles hacia la Araucanía a cambio de ponchos** fortaleció económicamente a los mapuche y alarmó a las autoridades coloniales, que veían en este comercio la causa de su empobrecimiento y del fortalecimiento indígena.

Estas transformaciones económicas fueron la base de profundas restructuraciones sociopolíticas, caracterizadas por un doble movimiento: concentración del poder y cristalización de las jerarquías. La figura del **ulmen** (cacique) se transformó. Dejó de ser principalmente un "gran hombre" cuyo prestigio dependía del valor guerrero y la oratoria, para convertirse en un jefe con poder permanente cuya autoridad se basaba en la acumulación de capital económico (ganado, mujeres tejedoras, bienes), capital político (participación en parlamentos, redes con los españoles) y capital relacional (alianzas matrimoniales y políticas con otros grupos). El ulmen **tendió a acumular las funciones que antes ejercían figuras separadas**: el genvoye (jefe civil), el gentoqui (jefe de guerra) y el boquivoye (jefe religioso). Su poder, aunque no coercitivo en el sentido estatal, se legitimaba mediante la redistribución obligatoria de bienes en grandes fiestas (cahuín) y reuniones políticas (coyan).

Paralelamente, las estructuras políticas se consolidaron y volvieron permanentes. El ayllarebue dejó de ser una alianza bética temporal para convertirse en un distrito político estable, encabezado por un apoulmen (gran ulmen). Del mismo modo, los futamapu (originalmente tres, luego cuatro) se **institucionalizaron como macrorregiones políticas que dividían y organizaban todo el territorio mapuche**. Este proceso de centralización se refleja en la reducción, a lo largo del siglo XVIII, del número de caciques que participaban en los parlamentos con los españoles, pasando de centenares a unos doscientos representantes, lo que evidencia una mayor delegación y concentración del poder.

Este nuevo orden político fue acompañado por una **redefinición identitaria**. En el siglo XVI, la identidad se construía en relación al rehue local. Para el siglo XVIII, la lealtad y autopercepción se desplazaron hacia el futamapu y, en un nivel más amplio, hacia la **categoría emergente de mapuche (gente de la tierra)**. Este etnónimo, que comienza a aparecer en documentos de la década de 1760, **expresa una conciencia étnica unificada que trasciende las divisiones locales anteriores**. La identidad ahora se define en gran medida por oposición al huinca (el no mapuche, español o criollo). El proceso fue, así, simultáneamente de etnogénesis (surgimiento de una nueva entidad sociocultural) y de etnificación (efecto de las políticas y categorizaciones coloniales sobre la autopercepción indígena).

Un dispositivo colonial clave en este proceso fue el **parlamento general**. Más allá de ser un simple tratado de paz, funcionó como una institución que moldeó la política mapuche. Al exigir representantes estables y una organización espacial fija (asignando lugares a cada futamapu y parcialidad), el parlamento **fomentó la jerarquización, la centralización del poder de negociación y una visión "mapeada" y ordenada del territorio araucano**. Se convirtió en una suerte de congreso pantribal mediado por los españoles, donde también se resolvían conflictos interindígenas. Así, los propios mecanismos de interacción y negociación fronteriza contribuyeron a **estructurar la nueva formación sociopolítica mapuche**.

En conclusión, el estudio muestra que la resistencia mapuche no puede entenderse como la mera persistencia de una cultura intacta. Por el contrario, fue un fenómeno dinámico y adaptativo donde la guerra, la economía y la política se reconfiguraron profundamente a través del contacto colonial. La etnia mapuche del siglo XVIII es el producto histórico de este complejo proceso de etnogénesis, en el que la capacidad de asimilar elementos externos, reorganizar el poder interno y forjar una nueva identidad macroregional resultó ser la fórmula de su supervivencia y afirmación frente al imperio español. Este caso subraya la importancia de un enfoque histórico-antropológico que entienda las identidades étnicas no como esencias fijas, sino como construcciones en permanente devenir, forjadas en la tensión entre la agencia indígena y las estructuras del poder colonial.

Daniel Villar – Las poblaciones indígenas, desde la invasión española hasta nuestros días

A continuación se examina la historia de las poblaciones indígenas de la región pampeana y áreas vinculadas desde 1536, año que marca el inicio de una invasión española que desencadenó transformaciones profundas y duraderas. Para comprender estos procesos se propone una unidad de análisis denominada **área panaraucana**, un espacio amplio que trasciende las jurisdicciones políticas modernas y abarca desde la Pampa central y oriental hasta la Araucanía y el norte de la Patagonia. Esta perspectiva es esencial, ya que la historia de los indios de las pampas es indisociable de la de los mapuche de Araucanía.

★1) El encuentro con los españoles representó un choque entre sociedades sin Estado, donde el poder se distribuía entre líderes cuya autoridad dependía del consenso y la persuasión, y un imperio que exigía obediencia unilateral.

Esta incompatibilidad fundamental explica la **inmediata militarización de los nativos**, quienes incrementaron la **violencia armada colectiva y adaptaron con rapidez tecnologías como el caballo y las armas de metal para enfrentar la amenaza de la expansión estatal**.

Las transformaciones que siguieron fueron de múltiples órdenes. **Biológicamente, las epidemias introducidas causaron una devastación demográfica. Socioculturalmente, se produjo una incorporación generalizada, aunque selectiva, de elementos europeos**: animales domésticos, objetos de metal y nuevas lógicas económicas. Estos bienes se volvieron deseables, reconfigurando **las economías indígenas y generando nuevas formas de dependencia y conflicto en el marco de relaciones asimétricas**. **La vida social organizada en torno al parentesco y los rituales comunitarios fue atacada por la evangelización**, que demonizó prácticas como la poliginia y los festines ritualizados, con una intensidad mayor al oeste de los Andes que en las pampas.

Las reacciones indígenas ante la invasión fueron diversas y dinámicas: huida, resistencia armada y alianza. Con el tiempo, estas estrategias se combinaron o alternaron. **La prolongación del contacto y la imposibilidad de expulsar a los invasores llevaron a algunos sectores a considerar formas de coexistencia que mitigaran el conflicto bélico permanente, un proceso cargado de tensiones internas**.

En la Araucanía, la resistencia de los reche (luego mapuche) fue feroz y exitosa durante el siglo XVI, fijando una frontera en el río Bío Bío tras la victoria en Curalaba (1598). Este conflicto, sin embargo, generó una **economía de la guerra**. La Corona española, a pesar de los ingentes esfuerzos, vio cómo **la guerra se perpetuaba**, alimentada localmente por **actividades lucrativas como las malocas: expediciones de captura de indígenas** justificadas por su “rebeldía”, que luego eran reducidos a esclavitud y vendidos, por ejemplo, en Perú. Estas prácticas, aunque criticadas, rara vez fueron sancionadas.

Paralelamente, se intensificaron los movimientos transandinos. Grupos provenientes de los valles orientales de la cordillera comenzaron a desplazarse hacia las pampas, ya sea para escapar del conflicto, buscar nuevos recursos, establecer alianzas o integrarse a los emergentes circuitos de intercambio regional. Testimonios de la época ya registraban la presencia de “indios de la guerra de Chile” en la región pampeana y la circulación de productos como textiles de factura trasandina.

En la pampa centro-oriental, tras el abandono y repoblación de Buenos Aires (1580), la convivencia fue precaria. Los querandíes, inicialmente proclives al intercambio pacífico, fueron empujados a la resistencia. La falta de un sistema de encomiendas eficaz llevó a los colonos a expandir lentamente una “campaña” dedicada a la agricultura y la ganadería. **Un factor crucial fue la proliferación de ganado cimarrón (yeguarizos y vacunos), cuyas manadas, originadas a partir de animales escapados o introducidos, crecieron exponencialmente en la llanura**. Este recurso atrajo a indígenas y cristianos por igual, dando lugar a actividades como las vaquerías y potreadas. El río Salado se consolidó como el límite de facto de la expansión hispano-criolla durante siglos.

☆2) **El siglo XVIII trajo un cambio de dinámica**. La guerra en Chile cedió en intensidad y se exploraron políticas de coexistencia. La administración colonial promovió la unificación de la representación indígena para facilitar las negociaciones, lo que generó competición entre líderes indígenas por ese rol privilegiado y conflictos internos, ya que otros veían en esta concentración de poder una amenaza a las carreras políticas tradicionales. **Surgieron también actores al margen de estos acuerdos**: los llamados “caciques corsarios”, a menudo jóvenes sin parentescos influyentes, que organizaban incursiones desde los Andes contra estancias y caravanas en la frontera de Buenos Aires, buscando abrirse camino y siendo antepasados de los ranqueles.

No obstante, **en la pampa oriental, la situación se deterioró por los errores de la administración local**. Estancieros y funcionarios con intereses ganaderos, afectados por el arreo de animales, iniciaron acciones punitivas indiscriminadas contra grupos pampeanos, violando la política real que buscaba evitar provocar una **alianza general con los belicosos mapuche de Chile**. Este ciclo de violencia, iniciado con incidentes como la deportación arbitraria de un líder pampa en 1705 y los asesinatos posteriores de líderes indígenas incluso bajo protección de asilo eclesiástico, generó décadas de represalias y venganzas. La respuesta indígena no se basaba únicamente en motivaciones económicas; desde su lógica, la violencia injustificada (“usar del palo”) creaba una deuda social que era inexcusable saldar. **Las incursiones y el saqueo eran, en gran medida, réplicas sistemáticas dentro de esta economía moral del conflicto**.

La creación del Virreinato del Río de la Plata (1776) introdujo una relativa moderación, con funcionarios desde Madrid que pusieron cierto límite a los excesos locales. Se consolidó la frontera del Salado mediante pactos, iniciándose un período de mayor concordia que se extendió más allá de 1810.

★3) La era post-revolucionaria frustró las expectativas indígenas de mejorar la convivencia. La creciente demanda internacional de productos ganaderos convirtió las tierras al sur del Salado en un objetivo económico crucial. El avance fronterizo se reanudó con fundaciones como el Fuerte Independencia en Tandil (1823). Paralelamente, en Chile, la Guerra a Muerte (1818-1824) tras la independencia llevó a que grupos mapuche y misioneras realistas e independentistas se desplazaran hacia las pampas, añadiendo nueva complejidad y violencia a la frontera bonaerense.

En este escenario, **Juan Manuel de Rosas, asumiendo el gobierno en 1829, implementó el “negocio pacífico de los indios”**. Este sistema, financiado y organizado, buscaba cooptar grupos mediante la entrega periódica de raciones (animales, tabaco, yerba) a cambio de su alianza militar contra los grupos hostiles. La estrategia era crear un escudo de aliados nativos, particularmente en Salinas Grandes, para proteger la pradera. **Rosas también ejecutó acciones directas como la Campaña al Desierto de 1833, que causó gran destrucción entre grupos norpatagónicos y ranqueles, y estuvo marcada por fusilamientos y la toma de cautivos.**

El colapso de los boroganos, aliados clave de Rosas en Salinas Grandes, creó un vacío que fue llenado por el cacique **Calfucura**. Este líder, de origen trasandino y con experiencia en las pampas, propuso un proyecto basado en la inclusión y la pacificación, convocando a personas afectadas por la violencia a formar una nueva comunidad. Rosas aceptó, y Calfucura, controlando y redistribuyendo las raciones gubernamentales, construyó un extenso cacicazgo y una red de alianzas que abarcaba pampas, Patagonia y Araucanía. Mientras, en el caldenal, los ranqueles se reconstituyeron como una comunidad heterogénea y más confrontativa. Ambos cacicazgos integraron a una diversidad de personas: indígenas de distintos orígenes, cautivos, refugiados políticos, desertores y fugitivos, reflejando la compleja reelaboración de las sociedades fronterizas.

La caída de Rosas (1852) y la guerra entre Buenos Aires y la Confederación rompieron el equilibrio. Los salineros, descontentos con el incumplimiento de los acuerdos, intensificaron sus incursiones con un éxito notable. Tras la Guerra de la Triple Alianza (1865-1870), el estado argentino, impulsado por una propaganda que presentaba a los indígenas como el último obstáculo para el progreso nacional, optó por la conquista militar total. La Campaña de 1879, con un ejército moderno y muy superior en tecnología y número, aniquiló la resistencia armada en pocos años. **Para 1885, la autonomía política y militar de las sociedades indígenas de la región había concluido.**

Las consecuencias fueron catastróficas: muerte en combate, fusilamientos, huida, captura masiva, separación familiar y apropiación de personas para el servicio. Los sobrevivientes enfrentaron una prolongada etapa de desarticulación y subalternización. **Forzados a incorporarse a la economía regional, combinaron prácticas de subsistencia tradicionales con el trabajo asalariado en estancias o como peones urbanos. El estado, con una política orientada a la asimilación y disolución cultural, ignoró sus demandas. El reclamo central por la tierra recibió respuestas insuficientes: asignaciones de pequeñas fracciones en zonas marginales, sujetas a regímenes legales complejos que los dejaron expuestos al despojo y la especulación.**

★4) El marco legal del siglo XX fue, en el mejor de los casos, deficiente. **La Constitución de 1853 mantuvo hasta 1949 un mandato anacrónico de conversión al catolicismo, mientras que la de 1949 omitió toda referencia a los indígenas, pretendiendo una igualdad abstracta que negaba su existencia específica.** Los gobiernos de facto, especialmente la última dictadura militar (1976-1983), profundizaron el retroceso. **El retorno a la democracia en 1983 permitió avances significativos. La Ley 23.302 (1985) reconoció a las comunidades indígenas.** La reforma constitucional de 1994 (artículo 75, inciso 17) reconoció la preexistencia étnica y cultural de los pueblos indígenas, su personería jurídica, y garantizó derechos a la identidad, la educación bilingüe e intercultural y la posesión de las tierras que tradicionalmente ocupan. La Ley 26.160 (2006) declaró la emergencia territorial, suspendió los desalojos y ordenó un relevamiento catastral, aunque su aplicación ha sido lenta y conflictiva.

En el contexto actual, estos avances legales e institucionales, junto con la adhesión a pactos internacionales como el Convenio 169 de la OIT, han creado un marco más propicio. No obstante, la efectividad de estas

normas y el cierre de la brecha entre el reconocimiento formal y la realidad dependen, en gran medida, del ejercicio de la autodeterminación, la autogestión y la capacidad de las comunidades organizadas para llevar adelante sus propias propuestas y acciones reivindicativas. La historia de los últimos ciento treinta años es la de una lucha por recomponer la vida social y política en condiciones radicalmente adversas, una tarea que continúa en el presente.

Daniel Villar y Juan Francisco Jiménez – La tempestad de la guerra: conflictos indígenas y circuitos de intercambio. Elementos para una periodización (Araucanía y las pampas)

A continuación un esfuerzo analítico por periodizar y explicar los **ciclos de guerra indígena que sacudieron la región panaraucana**—abarcando Araucanía, Pampas y norte de la Patagonia—entre 1780 y 1840. Este lapso es identificado como el de **mayor dinamismo migratorio, asentamiento y etnogénesis**. La tesis central sostiene que **estos conflictos, lejos de ser meras expresiones de salvajismo o respuestas reactivas a la expansión criolla, fueron empresas políticas complejas impulsadas por la competencia entre grupos y líderes indígenas** por establecer **hegemonías regionales**. El objetivo último de esta competencia era el control de sectores estratégicos dentro de los circuitos de intercambio que, como una red cada vez más tupida, vinculaban la llanura oriental, la cordillera, la Araucanía y los mercados de Chile central. Para comprender esta dinámica, los autores proponen trascender deliberadamente la **historiografía fronteriza tradicional**—epitomada en la periodización de Sergio Villalobos, **criticada por dejar fuera los conflictos intra-indígenas lejanos a las fronteras**—, integrando en cambio fuentes de archivo de ambos lados de los Andes y colocando en el centro del análisis la agencia y las motivaciones políticas y económicas de los actores nativos.

El análisis se funda en una cuidadosa distinción conceptual de los **tipos de violencia organizada**. Retomando y adaptando tipologías como la de Boccara para el mundo mapuche, se diferencia entre el **tautulum** (equivalente al feud), un **acto limitado de venganza por una ofensa específica** (un homicidio, un robo), gestionado dentro de la lógica del grupo parental y a menudo saldado con compensaciones; el **malón o raid**, una **incursión sorpresiva dirigida fundamentalmente a la apropiación de bienes** (ganado, mujeres) evitando el combate abierto y priorizando la astucia y la huida rápida; y el **weichan o guerra propiamente dicha**, un **conflicto prolongado que comprometía a comunidades enteras en la defensa del territorio o la autonomía**, y que requería de ceremonias ritualizadas y un amplio consenso social para su inicio. **En la práctica del período estudiado, estos tipos rara vez se presentaban aislados, sino que se integraban en un continuum donde un incidente menor**—como la disputa por un perro que derivó en el homicidio de un kona, detonante de la guerra entre Venancio Koñwepan y Chokori—**podía escalar rápidamente, mediante una sucesión de malones y contra malones, hacia una guerra de gran escala y alta intensidad**. La clave para distinguirlos reside, por tanto, no solo en la causa inmediata, sino en la escala (número de combatientes y recursos movilizados), la intensidad (duración y frecuencia de las operaciones) y, de manera crucial, en los mecanismos sociales de gestión: mientras el tautulum y el malón podían ser emprendidos por grupos de parientes o aliados sin un consenso comunitario amplio, el weichan lo demandaba de manera inexcusable.

Estos patrones tradicionales de violencia se vieron radical y sostenidamente transformados por el contacto prolongado y asimétrico con sociedades estatales, primero el Imperio español y luego las repúblicas criollas. Según el enfoque de "**zona tribal**" propuesto por Ferguson y Whitehead, **la proximidad continua de una sociedad colonizadora, incluso sin ejercer una administración directa, genera una militarización generalizada entre las sociedades indígenas, definida como un incremento sostenido de la violencia armada colectiva y una rápida adaptación de sus propósitos y medios tecnológicos a la nueva amenaza**. Hay críticas a esta teoría, como las de Lawrence Keeley, quien argumenta que la "guerra primitiva" y sus motivaciones esenciales preexistían al contacto. No obstante, los autores se alinean con la réplica de Ferguson: **el contacto europeo alteró profundamente la forma en que se libraba la guerra, intensificándola y agregando nuevos elementos decisivos**. En el caso estudiado, esto se tradujo en que **la demanda de bienes europeos—especialmente armas de fuego, pero también metal, textiles y otros bienes de consumo—se insertó en las motivaciones tradicionales, reconfigurando las economías de la guerra**. El acceso a operadores cristianos de armas de fuego se volvió un factor estratégico de vida o muerte, dada la endémica dificultad indígena para mantener y operar este armamento de manera autónoma debido a las estrictas prohibiciones coloniales. Este contraste con la experiencia norteamericana, donde las potencias coloniales en competencia proveían activamente de herreros y armas a sus aliados nativos, subraya la **singularidad de la dependencia indígena en el cono sur**. Así, la "**zona tribal**" se caracterizó por una cultura militar híbrida, donde

la caballería indígena y las tácticas de malón se combinaban con el poder de fuego de pequeños contingentes de tiradores, a menudo "aindiados" o adaptados a la vida fronteriza, como Juan de Dios Montero o el ex-realista José Zúñiga.

El análisis histórico se estructura en cuatro fases sucesivas de conflicto, cada una protagonizada por alianzas cambiantes y centrada en el control de nodos geográficos específicos de la red de intercambio regional, y cada una ilustrando la intervención, con distintos grados de intensidad, de las sociedades estatales.

★1) La primera fase (décadas de 1770 y 1780) se desarrolló **en los confines sur de Cuyo y norte de Neuquén**, y enfrentó a **pewenches de Malargüe y huilliches**. Ambos **grupos eran migrantes recientes cuyos movimientos transformaron el mapa étnico regional**. Los pewenches, liderados por el carismático y agresivo Ancán Amún, se habían abierto paso violentamente desde la vertiente occidental de los Andes (de donde fueron expulsados tras cambiar las alianzas coloniales) hacia el sur de Mendoza, en un proceso que los autores, siguiendo a Blick y León Solís, califican de genocida contra los puelches locales, abandonando las viejas convenciones que respetaban a los no combatientes. Los huilliches, por su parte, liderados por figuras como Llanketruz, habían cruzado la cordillera apoyándose en lazos de parentesco con grupos del Limay, estableciéndose primero allí y luego proyectándose hacia el Mamil Mapu (País del Monte). **El núcleo del conflicto fue el control de los pasos cordilleranos** (Villacura, Antuco, Alico), **rutas vitales para el comercio de ganado y otros bienes entre el Valle Central de Chile y las pampas**. La administración colonial española, con Ambrosio Higgins a la cabeza, intervino de manera **calculada y decisiva**. Percibiendo a Ancán Amún como una amenaza pero también como un potencial instrumento, lo cooptó mediante el Tratado de Los Ángeles (1782), donde a cambio de reconocerse "vasallo", **bloquear los pasos a sus enemigos y entregar cautivos, obtuvo permisos comerciales y, lo más crucial, apoyo militar español**. La guerra culminó con la derrota y muerte de Llanketruz en 1788, lograda gracias a una coalición que incluía a los pewenches de Balbarco, milicianos de Concepción y, de manera decisiva, piquetes de tiradores españoles con una pieza de artillería. Esta **intervención directa con tecnología bélica superior marcó un precedente**. Sin embargo, la victoria fue efímera y costosa para los pewenches, quienes, agotados por esta guerra y por el conflicto subsiguiente con los de Balbarco, sufrieron una drástica reducción demográfica y territorial, retrocediendo al norte de los pinales de araucaria. Este vacío relativo allanó el camino para el ascenso de nuevos actores en la región, como los ranqueles, un grupo de etnogénesis reciente en el Mamil Mapu integrado por huilliches, llanistas, puelches y pewenches dispersos.

★2) La segunda fase (principios del siglo XIX hasta mediados de la década de 1820) tiene **dos escenarios principales** que reflejan la diversidad de conflictos. En las **cuenas de los ríos Colorado y Negro, grupos huilliches del área de Valdivia, nuevamente en colaboración con tiradores cristianos** (como el comerciante Ignacio Aguirre), **lanzaron una ofensiva devastadora contra los tehuelches que controlaban el estratégico nudo de Choele Choele**. La derrota tehuelche, documentada en el informe del comandante De la Oyuela (1822) y recordada en su tradición oral por la intervención de "chilenos con armas de fuego", transfirió el control de las rastrelladas que vinculaban la llanura bonaerense con la cordillera sur, la Patagonia y Cuyo a estos grupos de origen trasandino.

Paralelamente, **en la Araucanía, el estallido de la Guerra a Muerte (1819-1824) tras las independencias involucró masivamente a los indígenas en la disputa entre los estados emergentes**. Como señala Jorge Pinto Rodríguez, la mayoría de los líderes mapuche, cuyos intereses estaban profundamente entrelazados con el orden colonial a través de tratados, parlamentos y un comercio floreciente, se alinearon con los realistas para preservar el **statu quo**. Una minoría, sin embargo, vio en los independentistas una oportunidad para socavar a sus rivales **internos y construir nuevos predominios**. El conflicto adquirió características híbridas propias de la "zona tribal": se formaron ejércitos multiétnicos donde combatían codo a codo soldados regulares y guerreros indígenas; la guerra se volvió estacional, con incursiones en Chile durante la primavera-verano y retiradas a "invernar" en las pampas, una práctica que data del siglo XVIII; y la combinación de la caballería indígena con el poder de fuego de los operadores cristianos se volvió determinante, al punto que los oficiales criollos confiaban en la artillería para frenar las cargas de lanceros nativos. Líderes como Martín Toriano (aliado realista, vinculado a los Pincheira) y Luis Melipán (aliado patriota, apoyado por el oficial Juan de Dios Montero y sus tiradores) dirimieron sus propias disputas hegemónicas por el control de pasos cordilleranos en el marco de esta guerra civil, ilustrando cómo **los conflictos internos se articulaban con la lucha entre los estados**.

☆3) La tercera fase (finales de la década de 1820 hasta 1832) vio el desplazamiento del epicentro del conflicto hacia las **pampas orientales**, siguiendo la retirada de los derrotados. **Las montoneras realistas**, en particular la famosa banda de los hermanos Pincheira, acosadas en la cordillera por expediciones chilenas y con su red de aprovisionamiento de pólvora desarticulada, se replegaron hacia el este. **Se establecieron en Chasileo, un punto nodal junto al Río Colorado** donde convergían las rastrilladas hacia la llanura, la Patagonia y Cuyo. Allí **forjaron una poderosa alianza con los boroganos** (instalados en el estratégico Salinas Grandes, puerta de acceso a la pampa interserrana entre Tandilia y Ventania) **y con los ranqueles**. Frente a esta coalición se encontraban los llamados "indios comarcanos" del suroeste bonaerense, un conjunto heterogéneo de grupos locales (con componentes gununa kenne, pampeanos de etnogénesis reciente e incluso cordilleranos) que, alentados y apoyados por líderes del sur neuquino como los hermanos Chokori y Cheuketa—antiguos enemigos de Venancio Koñwepan—, intentaron resistir esta hegemonía. **En este contexto crítico, el gobierno de Juan Manuel de Rosas en Buenos Aires optó por una neutralidad calculada**. Más interesado en evitar abrir un nuevo frente mientras se enfrentaba a la **Liga del Interior**, y con la esperanza de negociar con los Pincheira y aislar a los ranqueles (a los que consideraba pro-unitarios), **Rosas ordenó a sus fuertes (Bahía Blanca, Tandil) abstenerse de intervenir**. Los comarcanos, **privados de apoyo estatal y del crucial auxilio de armas de fuego, fueron derrotados de manera decisiva** en 1830 en enfrentamientos como el del Arroyo Curamalal, donde perdieron a varios de sus principales líderes, como el cacique Tetrue. Esta derrota, narrada en el Diario del Cantón de Bahía Blanca, marcó el ocaso de su autonomía política, **forzando a la mayoría a incorporarse como "indios amigos" o soldados étnicos del gobierno provincial, con una importante merma de su independencia**.

☆4) La cuarta y última fase (1833-1840) está marcada por la acción directa de Rosas, la desintegración violenta de alianzas previas y la emergencia, desde las cenizas del conflicto, de las grandes jefaturas que dominarían la segunda mitad del siglo. Las campañas de Rosas al desierto en 1833-34 lograron debilitar significativamente a los ranqueles y eliminar a aliados clave como Cayupán, suegro de Chokori. Esto permitió a algunos grupos tehuelches, como los de Niguinile y Qüellocoy, regresar a Choele Choel bajo la órbita de Buenos Aires, cumpliendo el viejo anhelo de Rosas de tener un aliado en ese nudo estratégico, aunque su debilidad militar los hacía instrumentos poco confiables.

La política hacia los boroganos en Salinas Grandes fue, sin embargo, el epicentro de un fracaso estratégico. Rosas deseaba mantenerlos como un grupo aliado-barrera contra los ranqueles y los ingresos desde la cordillera, pero la profunda división interna del grupo entre una facción proclive a Rosas (liderada por Rondeau y Melín) y otra más renuente y cercana a los ranqueles (encabezada por Juan Ignacio Cañiuquir) generó una inestabilidad crónica. La crisis estalló en 1834 cuando, ante la indecisión boroga, una facción convocó al cacique cordillerano Juan Calfucura, cuñado de Cheuketa. Cuando Rondeau y Melín intentaron echarse atrás ante la llegada de Calfucura y sus 500 mocetones, fueron asesinados en el episodio conocido como la matanza de Masallé. El papel de Rosas en este homicidio es objeto de debate (señalado por el lenguaz Pablo Millalicán, pero considerado poco coherente con sus objetivos por análisis como el de Silvia Ratto), pero el evento inició la desintegración del grupo boroga. Esta fue acelerada por los ataques punitivos del violento operador de Rosas, Francisco "Pancho" Sosa, quien en 1836 degolló a Cañiuquir, exhibiendo su cabeza en una pica. **Los años siguientes (1834-1836) fueron de una violencia extrema y cíclica: incursiones de indígenas cordilleranos y trasandinos aliados con ranqueles y boroganos remanentes arreciaban sobre la frontera; las represalias de las tropas provinciales, incapaces de alcanzar a los incursores que huían rápidamente, se descargaban principalmente sobre los grupos pampeanos más accesibles; y Rosas veía cómo sus principales aliados indígenas (Venancio Kofiwepan, asesinado en venganza en 1836; Santiago Llanquelen, degollado por ranqueles) caían uno tras otro**, mientras su operador clave en la zona, Sosa, también fallecía.

Esta situación de desgaste mutuo y vacío de poder, sumada a la creciente complejidad de la política nacional e internacional de Rosas (bloqueo francés, avance de Lavalle, la "gran crisis del sistema federal"), lo impulsó a buscar una recomposición radical de su política indígena hacia 1840. Así, se concretaron dos acuerdos fundamentales que marcan el fin del período de guerra generalizada y el inicio de un nuevo orden. Por un lado, se consolidó la instalación de Juan Calfucura en Salinas Grandes, ahora con el consentimiento y apoyo activo de Rosas, quien veía en él al líder fuerte y pragmático que necesitaba para controlar definitivamente el acceso a la llanura oriental e interponer una valla a los ranqueles. Por otro, se establecieron paces con Chokori y Cheuketa en la región de las Manzanas, sentando las bases del futuro gran cacicazgo manzanero que, bajo el mando de Valentín

Shaiveke (nieto de Cayupán e hijo de Chokori), dominaría las rutas del norte patagónico. La sincronía de estos acuerdos, facilitada por los lazos de parentesco entre estos líderes y la mediación de caciques tehuelches como Chagallo, sugiere la existencia de acuerdos intertribales que reconfiguraron el mapa de poder indígena.

En conclusión, la "tempestad de la guerra" en la región entre 1780 y 1840 fue un fenómeno intrincado y multicausal, donde se entrecruzaron la lógica política indígena de competencia por el prestigio y el poder, la transformación estructural inducida por el contacto con sociedades estatales (que proveyó nuevas tecnologías, motivos y una demanda de bienes), y los cálculos estratégicos de administraciones coloniales y republicanas en busca de seguridad y control. Lejos de cualquier visión simplista, estas guerras fueron empresas estratégicas mediante las cuales distintos liderazgos indígenas buscaron posicionarse, controlar recursos y asegurar su participación dominante en las redes económicas regionales en expansión. La intervención de los estados fue un factor siempre presente y a menudo decisivo en su desarrollo, ya sea como proveedor del decisivo apoyo de armas de fuego, como mediador interesado o como fuerza punitiva, pero no determinó unilateralmente su curso ni sus objetivos últimos. La comprensión cabal de este período exige, por tanto, una mirada integradora que, superando los límites de la historia fronteriza, combine la dinámica interna indígena con la interacción interestatal, reconozca la centralidad de la economía política en la generación del conflicto y aprecie la complejidad de las culturas militares híbridas que surgieron en esta singular zona tribal sudamericana.

Ingrid de Jong y Silvia Ratto – Redes políticas en el área arauco-pampeana: la Confederación indígena de Calfucurá.

Este trabajo se propone reinterpretar la figura del cacique **Calfucurá** y la denominada "**Confederación Indígena**" en el área arauco-pampeana entre 1830 y 1870, desafiando las narrativas historiográficas tradicionales. **La visión dominante**, impulsada inicialmente por Estanislao Zeballos y luego retomada por autores como Kristine Jones, presenta a Calfucurá como el organizador de un poderoso y estable "imperio de la pampa" que bloqueó por décadas la expansión nacional. Este artículo, en diálogo crítico con esa perspectiva y con la postura de Martha Bechis —quien considera dicha confederación una ficción efímera—, argumenta que **ninguna de estas visiones capta la complejidad del fenómeno**. Para superar este impasse, se introduce una distinción analítica fundamental: por un lado, la Confederación, entendida como la movilización coyuntural y variable de fuerzas aliadas; por otro, el Cacicazgo, referido al tipo de liderazgo, basado en la autoridad y el consenso, que Calfucurá ejercía sobre su propia unidad política.

El análisis se enmarca en una concepción del área arauco-pampeano-patagónica como un sistema interconectado, un "complejo fronterizo" donde interactuaban sociedades indígenas y agentes estatales. Se parte del carácter segmentario de la organización política indígena, donde las alianzas eran por naturaleza flexibles, fluctuantes y reactivas a las coyunturas. El "sesgante efecto de las situaciones secundarias", es decir, la transformación de las sociedades indígenas por su contacto con un Estado, se evidencia en procesos de tribalización y creciente militarización. La investigación se basa en un seguimiento minucioso de las coyunturas que permitieron o limitaron las alianzas de Calfucurá, prestando especial atención al papel disruptivo de la diplomacia estatal y el sistema de tratados de paz.

La trayectoria de Calfucurá puede periodizarse en varias fases claras. Sus primeras incursiones en las pampas durante la década de 1830 respondieron a convocatorias de otros líderes, como Toriano o los boroganos, para realizar malones en busca de ganado. Estas coaliciones, marcadas por tensiones internas, se disolvían una vez cumplido el objetivo. Un punto de inflexión fue en 1841, cuando Calfucurá se estableció permanentemente en el estratégico enclave de Salinas Grandes. Desde allí, y gracias a las generosas raciones mensuales de ganado y bienes que recibía del gobierno de Juan Manuel de Rosas bajo la política del "negocio pacífico", construyó una extensa red de influencia. Esta red se tejía mediante alianzas matrimoniales (como con los ranqueles), el emplazamiento de parientes de confianza en pasos cordilleranos (su hermano Neuquecurá) y contactos diplomáticos. **Las raciones, que superaban en volumen a las de cualquier otro cacique, le permitieron actuar como un gran redistribuidor, consolidando su autoridad a través de la reciprocidad y la generosidad.** Un episodio revelador de este período es el del capitanejo Necul, perteneciente a los ranqueles, a quien Calfucurá apresó e intentó impedir que abandonara su campamento, evidenciando su deseo de control exclusivo sobre Salinas Grandes y sus recursos.

Sin embargo, este ascendiente encontró sus límites. **A fines de la década de 1840, el avance de poblaciones criollas generó el primer intento fallido de Calfucurá por convocar una coalición ofensiva. El momento de mayor alcance de su capacidad confederativa llegó en 1855.** En un contexto de cambios en las autoridades fronterizas y agravios como el desalojo de tierras y la suspensión de raciones, Calfucurá logró unificar a ranqueles, huilliches, pampas y norpatagónicos en una serie de grandes invasiones. Este episodio suele ser citado como la expresión máxima de la Confederación. No obstante, **su unidad fue efímera.**

A partir de 1856, la provincia de Buenos Aires, y luego el gobierno nacional, desplegaron una política sistemática de tratados de paz individuales con distintos caciques. Esta estrategia, destinada a "ganar tiempo" y aislar a los sectores más resistentes, resultó profundamente disruptiva. Caciques como Catriel, Yanquetruz y luego Chingoleo firmaron acuerdos que les otorgaban reconocimiento, sueldos y raciones a cambio de su mediación y **desvinculación de Calfucurá.** Este proceso de desgranamiento fue constante: hijos y allegados de Calfucurá, como Millacurá o Cañumil, buscaron sus propios tratados, argumentando a veces que el cacique no les redistribuía adecuadamente las raciones recibidas. Las quejas del propio Calfucurá, como en una carta al comandante de Bahía Blanca donde reconocía: "soy chileno... aquí hay ranqueleros que gobierna otro cacquis... estos no los puedo sujetar", son un testimonio elocuente de los límites de su autoridad en tiempos de paz.

Durante las décadas de 1860 y 1870, las alianzas de Calfucurá se vieron reducidas y se reactivaban de manera intermitente, principalmente con ranqueles, grupos cordilleranos liderados por su hermano Reuquecurá, y algunos caciques "chilenos". Amenazas de grandes invasiones, como las seguidas a la ocupación de la isla de Choele Choel, no siempre se concretaban. La batalla de San Carlos (1872) simboliza el nuevo panorama: Calfucurá pudo reunir una fuerza importante, pero fue derrotada con el apoyo decisivo de indígenas aliados al Estado, como las tribus de Catriel y Coliqueo. La fragmentación inducida por los tratados había surtido efecto.

En conclusión, **no existió una "Confederación Indígena" estable y permanente bajo Calfucurá. Lo que persistió fue la potencialidad, inherente a la estructura política segmentaria, de activar alianzas coyunturales para la acción conjunta,** potencialidad que encontró en Calfucurá a su conductor más prominente durante ciertas coyunturas críticas. Su cacicazgo se fundamentó en su habilidad como gestor de recursos y tejedor de consensos, pero ese poder era limitado y se erosionó ante la estrategia estatal de fragmentación. El contraste con el caso del cacique Sayhueque, cuyo liderazgo sí se fortaleció mediante los tratados, subraya que los efectos de la diplomacia estatal no fueron homogéneos. Este análisis invita a abandonar la visión de bloques monolíticos en conflicto para comprender la frontera como un espacio dinámico de negociación, donde las lealtades eran variables y las identidades políticas se reconfiguraban constantemente bajo la presión del avance estatal.

Sebastián Alioto – Las yeguas y las chacras de Calfucurá. Economía y política del cacicato Salinero.

Este estudio ofrece un análisis profundo de la **organización económica del grupo salinero liderado por el cacique Calfucurá durante la década de 1850**, un período crucial de transición política marcado por la caída de Juan Manuel de Rosas. El trabajo se posiciona críticamente frente a una historiografía tradicional que, fascinada por la figura de Calfucurá, **ha privilegiado una perspectiva biográfica centrada en su astucia política y su capacidad bélica, descuidando el examen sistemático de las bases materiales que sostenían su liderazgo y su agrupación.** Superando esa visión limitada, el artículo argumenta que la política y la economía constituyan esferas indisolubles, y que solo comprendiendo la lógica interna de la economía salinera se puede interpretar adecuadamente las decisiones y la evolución del poder de este líder.

La investigación se inscribe en un corpus de estudios que, desde la década de 1980, ha desmantelado la imagen simplista de una economía indígena nómada y depredadora. En su lugar, **se revela un complejo sistema económico diversificado y notablemente flexible, capaz de ajustar la importancia relativa de sus distintas actividades –pastoreo, cultivo, caza, recolección, tejido, comercio– en respuesta a las cambiantes circunstancias históricas y ecológicas.** La agrupación de Calfucurá no era una excepción. **Durante el largo gobierno de Rosas, su economía se integró a un circuito de intercambio y dependencia a través del copioso racionamiento estatal**, que llegó a sumar dos mil cabezas de ganado mensuales. Este flujo de recursos, **lejos de crear una dependencia pasiva, fue habilidosamente utilizado por Calfucurá como herramienta política.** Al actuar como un gran redistribuidor, consolidaba su autoridad interna y cementaba una extensa red de alianzas que conectaba las pampas, la cordillera y los territorios trasandinos.

El punto de inflexión ocurrió en 1852, con la caída de Rosas. El nuevo gobierno bonaerense, con una visión radicalmente distinta de la frontera, cortó abruptamente el suministro de raciones. Frente a esta crisis impuesta, los salineros demostraron una resiliencia económica ejemplar. La evidencia, particularmente los escritos del ex cautivo Santiago Avendaño, indica que **el grupo respondió intensificando y reorientando sus actividades productivas autónomas. La agricultura**, práctica conocida pero relegada durante la bonanza anterior, **adquirió un nuevo protagonismo**. Este no fue un giro hacia la mera subsistencia, sino una reafirmación estratégica de la autonomía económica frente a un recurso externo que se había vuelto políticamente inestable.

La **expedición militar bonaerense a Salinas Grandes en el verano de 1857-1858**, concebida como una invasión punitiva, se convirtió, sin quererlo, en una fuente etnográfica de primer orden. **Los partes militares y diarios de campaña dibujan un panorama revelador**. Las tropas no encontraron un campamento nómada, sino un **paisaje de asentamiento estable y productivo**. A lo largo de treinta leguas, descubrieron y destruyeron **trescientos toldos**, y el detalle crucial es que **cada uno de ellos poseía su propia huerta o chacra asociada**. El coronel Wenceslao Paunero informó con asombro que "todos tenían chacras de maíz, zapallos, sandías, y melones". Además de estos cultivos, **los soldados registraron la presencia de gallinas, avestruces mansos, un guanaco criado a mano, ovejas, vacas lecheras, morteros, ollas, lana hilada e incluso instrumentos musicales**. Esta descripción minuciosa desmiente categóricamente el estereotipo del indígena dedicado exclusivamente al pillaje; por el contrario, revela una economía doméstica variada, orientada a la producción y con signos de una cierta prosperidad.

El ganado, por supuesto, seguía siendo un pilar central. Los informes mencionan miles de caballos "orejanos y gordos", bien cuidados, cuyo estado contrastaba con la penuria equina de los fortines fronterizos estatales. Este ganado no solo se criaba, sino que se integraba a un activo circuito comercial. **Los salineros intercambiaban vacas y yeguas con grupos chilenos a cambio de plata, y con los poblados criollos** de Bahía Blanca, Patagones o Río Cuarto por aguardiente, tabaco, yerba y ropa. Esta actividad comercial demuestra su inserción en redes económicas regionales y su capacidad de negociación.

Aquí reside uno de los argumentos centrales del artículo: es necesario distinguir rigurosamente entre la economía de guerra (el malón) y la economía de subsistencia y prosperidad. El malón era una actividad estratégica y política, a menudo una respuesta a agravios o un medio de presión. Pero la base de la vida cotidiana y del prestigio del liderazgo descansaba en la paz. Testimonios recogidos posteriormente del propio hijo de Calfucurá, Namuncurá, son elocuentes: **la paz permitía el comercio fluido, el cuidado del ganado, el desarrollo de los cultivos y la estabilidad residencial**. Las raciones estatales eran percibidas como un complemento irregular y a menudo insuficiente, nunca como el fundamento de la subsistencia.

Por lo tanto, el papel económico de Calfucurá era más complejo y profundo que el de un mero redistribuidor de bienes estatales. Su función primordial era la de garante de las condiciones para la prosperidad. A través de una diplomacia astuta con los gobiernos criollos, de alianzas políticas con otros grupos indígenas y de una gestión interna orientada a la estabilidad, **su liderazgo buscaba crear el contexto seguro y previsible en el que la economía diversificada de su gente pudiera florecer**. Su discurso, reflejado en sus cartas y en el relato de Avendaño, no apelaba a la gloria guerrera, sino a la generosidad y a la paz como fuentes de abundancia compartida y tranquilidad familiar.

Desde esta perspectiva, **la invasión bonaerense de 1858**, aunque tácticamente inconclusa y considerada un fracaso militar porteño, **representó una catástrofe política para el proyecto de liderazgo de Calfucurá. La paz fue brutalmente quebrada, las huertas saqueadas, las familias dispersadas y la estabilidad destruida**. Este evento marcó un punto de no retorno. **El cacique que había construido su autoridad como mediador privilegiado y garante de la abundancia a través de la negociación se vio irrevocablemente transformado en el símbolo de la resistencia indígena. Para los sucesivos gobiernos argentinos, dejaría de ser un interlocutor con el que negociar para convertirse en un obstáculo que había que eliminar**. Así, la década de 1850 no fue el apogeo de un imperio militar, sino el escenario de una adaptación económica brillante y, al mismo tiempo, el prólogo de una transformación política forzada, donde la resiliencia productiva de los salineros chocó con el proyecto expansionista de un Estado que ya solo veía en ellos un enemigo a desalojar.

